
3 1761 05255086 0

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA



foto Woodbury

Don Quijote en la venta

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE
DE LA MANCHA

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

CON ILUSTRACIONES DE
GUSTAVO DORÉ, E. GAMBA, C. R. LESLIE,
ANGEL LIZCANO, E. OLIVA, RECIO Y GIL,
MARIANO DE LA ROCA Y R. WHEELWRIGHT

TOMO SEGUNDO

W. M. JACKSON, INC., EDITORES

LONDRES — MADRID — NUEVA YORK
BUENOS AIRES — MONTEVIDEO — HABANA
MEJICO — SAN JUAN DE PUERTO RICO



THE HADDON CRAFTSMEN, INC., IMPRESORES, CAMDEN, N. J.
ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMERICA

ILUSTRACIONES PARA EL TOMO II





PRIMERA PARTE

DEL

INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPÍTULO XXIX

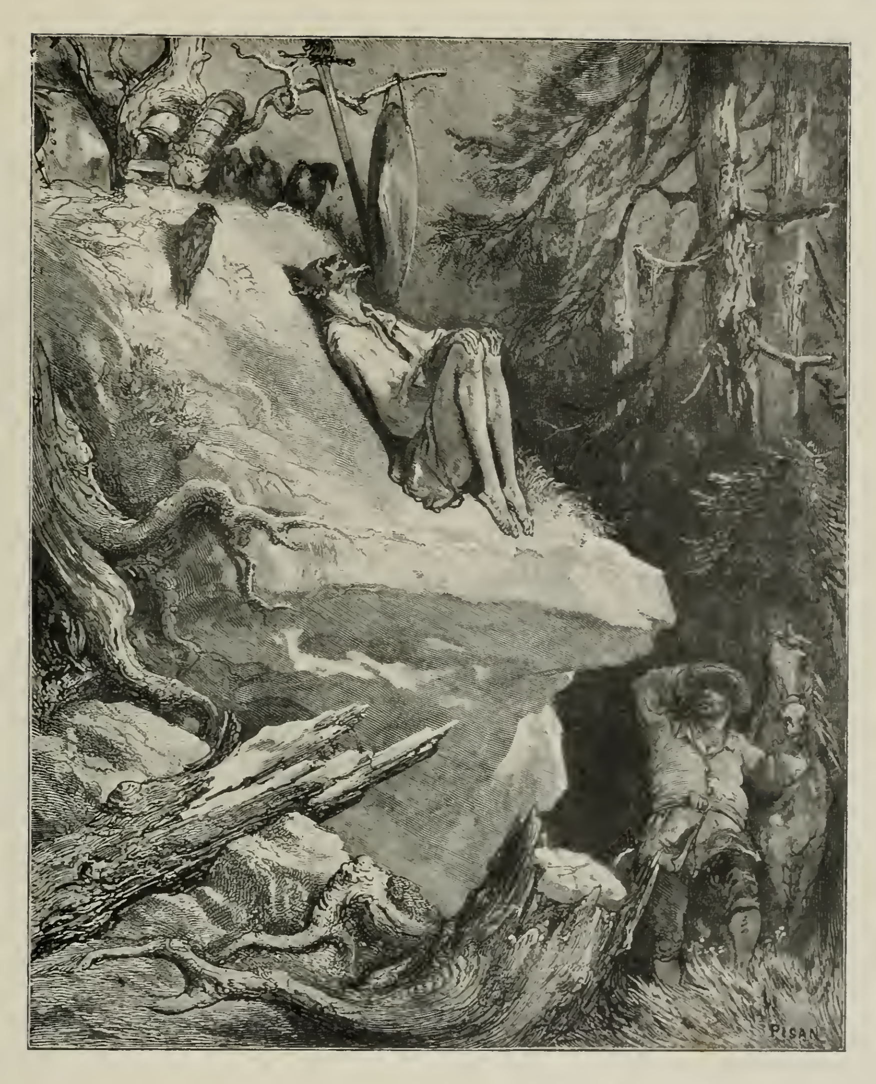
QUE TRATA DEL GRACIOSO ARTIFICIO Y ÓRDEN QUE SE TUVO EN SACAR Á NUESTRO ENAMORADO CABALLERO DE LA ASPERÍSIMA PENITENCIA EN QUE SE HABIA PUESTO

"ESTA es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oistes, y las lágrimas que de mis ojos salian, tenian ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia; y, considerada la calidad de mi desgracia, vereis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Solo os ruego (lo que con facilidad podreis y debeis hacer) que me aconsejeis dónde podré pasar la vida, sin que me acabe el temor

y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan; que aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen me asegura que seré dellos bien recebida, es tanta la vergüenza que me ocupa solo el pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser vista, que no verles el rostro con pensamiento que ellos miran el mio ajeno de la honestidad que de mí se debian de tener prometida." Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habian tanta lástima como admiracion de su desgracia; y aunque luego quisiera el cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo: "En fin, señora, que ¿tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo?" Admirada quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuán de poco era el que le nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido, y así le dijo: "¿Y quién sois vos, hermano, que así sabeis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado.—Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos, señora, habeis dicho, Luscinda dijo que era su esposo: soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel que á vos os ha puesto en el que estais, me ha traido á que me veais cual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y, lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino cuando al cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á las sinrazones de Don

Fernando, y el que aguardó á oir el *sí* que de ser su esposa pronunció Luscinda: yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas, y así dejé la casa y la paciencia, y una carta que dejé á un huésped mio, á quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese, y víneme á estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mia; mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros; pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habeis contado, aun podria ser que á entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos: porque, presupuesto que Luscinda no puede casarse con Don Fernando, por ser mia, ni Don Fernando con ella, por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser, y no se ha enajenado ni deshecho: y pues este consuelo tenemos, nacido, no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplícoos, señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodándoos á esperar mejor fortuna; que yo os juro por la fe de caballero y de cristiano de no desampararos hasta veros en poder de Don Fernando; y, que cuando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entonces la libertad que me concede el ser caballero y poder con justo título desafialle en

razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo por acudir en la tierra á los vuestros." Con lo que Cardenio dijo se acabó de admirar Dorotea, y por no saber qué gracias volver á tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los piés para besárselos, mas no lo consintió Cardenio, y el licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió que se fuesen con él á su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daria órden cómo buscar á Don Fernando, ó cómo llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que mas les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y acetaron la merced que se les ofrecia. El barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no menos voluntad que el cura á todo aquello que fuese bueno para servirles: contó asimismo con brevedad la causa que allí los habia traido, con la extrañeza de la locura de Don Quijote, y cómo aguardaban á su escudero, que habia ido á buscalle. Vínosele á la memoria á Cardenio, como por sueños, la pendencia que con Don Quijote habia tenido, y contóla á los demás; mas no supo decir por qué causa fué su cuestion. En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que, por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó, los llamaba á voces: saliéronle al encuentro, y preguntándole por Don Quijote, les dijo cómo le habia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea; y que, puesto que le habia dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar, y se fuese al del Toboso, donde le quedaba espe-



Le habia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea

rando, habia respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura fasta que hobiese fecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia ; y, que si aquello pasaba adelante, corria peligro de no venir á ser emperador, como estaba obligado, ni aun arzobispo, que era lo menos que podia ser : por eso, que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de allí. El licenciado le respondió que no tuviese pena, que ellos le sacarian de allí mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenian pensado para remedio de Don Quijote, á lo menos para llevarle á su casa ; á lo cual dijo Dorotea, que ella haria la doncella menesterosa mejor que el barbero, y mas que tenia allí vestidos con qué hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella habia leido muchos libros de caballerías, y sabia bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas cuando pedian sus dones á los andantes caballeros. "Pues no es menester mas, dijo el cura, sino que luego se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra en favor mio, pues, tan sin pensarlo, á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habíamos menester." Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de manera, que una rica y gran señora parecia. Todo aquello, y mas, dijo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entonces no se le habia ofrecido ocasion de habello menester. Á todos contentó en extremo su mucha gracia, donaire y her-

mosura, y confirmaron á Don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba; pero el que mas se admiró fué Sancho Panza, por parecerle (como era así verdad) que en todos los dias de su vida habia visto tan hermosa criatura; y así preguntó al cura con grande ahinco le dijese quién era aquella tan fermosa señora, y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales. "Esta hermosa señora, respondió el cura, Sancho hermano, es, como quien no dice nada, es la heredera, por línea recta de varon, del gran reino de Micomicon, la cual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don, el cual es que le desfaga un tuerto ó agravio que un mal gigante le tiene fecho; y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido á buscarle esta princesa.—¡ Dichosa buscada y dichoso hallazgo! dijo á esta sazon Sancho Panza, y mas si mi amo es tan venturoso que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto matando á ese hi de puta dese gigante que vuestra merced dice, que sí matará si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor licenciado, y es, que porque á mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta princesa, y así quedará imposibilitado de recebir órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis deseos: que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues soy casado, y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, teniendo como tengo mujer y hijos,

seria nunca acabar : así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y así no la llamo por su nombre. —Llámase, respondió el cura, la princesa Micomicona, porque, llamándose su reino Micomicon, claro está que ella se ha de llamar así.—No hay duda en eso, respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Úbeda y Diego de Valladolid, y esto mesmo se debe de usar allá en Guinea, tomar las reinas los nombres de sus reinos.—Así debe de ser, dijo el cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos : " con lo que quedó tan contento Sancho, cuanto el cura admirado de su simplicidad, y de ver cuán encajados tenia en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender que habia de venir á ser emperador. Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del cura, y el barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dijeron á Sancho que los guiase adonde Don Quijote estaba, al cual advirtieron que no dijese que conocia al licenciado ni al barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser emperador su amo, puesto que ni el cura ni Cardenio quisieron ir con ellos porque no se le acordase á Don Quijote la pendencia que con Cardenio habia tenido, y el cura porque no era menester por entonces su presencia, y así los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pié, poco á poco. No dejó de avisar el cura lo que habia de hacer Dorotea ; á lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haria sin faltar punto como lo pedian y pintaban los libros de caballerías. Tres cuartos de legua habrian andado,

cuando descubrieron á Don Quijote entre unas intricadas peñas, ya vestido, aunque no armado; y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho que aquel era Don Quijote, dió del azote á su palafren, siguiéndole el bien barbado barbero; y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual, apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de Don Quijote; y aunque él pugnaba por levantarla, ella, sin levantarse, le fabló en esta guisa: "De aquí no me levantaré, ¡oh valeroso y esforzado caballero! fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto: y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre buscándoos para remedio de sus desdichas.—No os responderé palabra, fermosa señora, respondió Don Quijote, ni oiré mas cosa de vuestra facienda fasta que os levanteis de tierra.—No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido.—Yo vos le otorgo y concedo, respondió Don Quijote, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave.—No será en daño ni en mengua de los que decís, mi buen señor," replicó la dolorosa doncella; y estando en esto se llegó Sancho Panza al oido de su señor, y muy pasito le dijo: "Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada; solo



Descubrieron á Don Quijote entre unas intricadas peñas, ya vestido, aunque no armado

es matar á un gigantazo, y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicon de Etiopia.—Sea quien fuere, respondió Don Quijote, que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia conforme á lo que profesado tengo;" y volviéndose á la doncella, dijo: "La vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere.—Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna hasta darme venganza de un traidor que, contra todo derecho divino y humano, me tiene usurpado mi reino.—Digo que así lo otorgo, respondió Don Quijote; y así podeis, señora, desde hoy mas, desechar la malencolía que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios y fuerzas vuestra desmayada esperanza; que, con el ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os vereis presto restituida en vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren; y manos á la labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro." La menesterosa doncella pugnó con mucha porfía por besarle las manos; mas Don Quijote, que en todo era comedido y cortés caballero, jamás lo consintió; antes la hizo levantar, y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas, que, como trofeo, de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el cual, viéndose armado, dijo: "Vamos de aquí, en el nombre de Dios, á favorecer esta gran señora."

Estábase el barbero aun de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa y de que no se le cayese la barba, con cuya caida quizá quedaran todos sin conseguir su buena intencion ; y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que Don Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula : luego subió Don Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pié, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio con la falta que entonces le hacia ; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy á pique de ser emperador ; porque sin duda alguna pensaba que se habia de casar con aquella princesa, y ser por lo menos rey de Micomicon : solo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen habian de ser todos negros : á lo cual hizo luego en su imaginacion un buen remedio, y díjose á sí mismo : " ¿ Qué se me da á mí que mis vasallos sean negros ? ¿ habrá mas que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algun título ó algun oficio con qué vivir descansado todos los dias de mi vida ? No sino dormíos, y no tengais ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta ó diez mil vasallos en dácame esas pajas : par Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que, por negros que sean, los he de volver blancos ó amarillos : llegaos, que me mamo el dedo." Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pié. Todo esto miraban de

entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabian qué hacerse para juntarse con ellos ; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban ; y fué que, con unas tijeras que traia en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traia, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon, y quedó tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que él mismo no se conociera aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habian pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedian que anduviesen tanto los de á caballo como los de á pié. En efecto, ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra ; y así como salió della Don Quijote y sus camaradas, el cura se le puso á mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fué á él, abiertos los brazos, y diciendo á voces : " Para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota Don Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes ; " y diciendo esto, tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á Don Quijote, el cual, espantado de lo que veia y oia decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atencion, y al fin le conoció, y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse ; mas el cura no lo consintió, por lo cual Don Quijote decia : " Déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razon que yo esté á caballo, y una tan reverenda

persona como vuestra merced esté á pié.—Eso no consentiré yo en ningun modo, dijo el cura; estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto: que á mí, aunque indigno sacerdote, bastaráme subir en las ancas de una destas mulas destos señores que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo, y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto.—Aun no caia yo en tanto, mi señor licenciado, respondió Don Quijote; y yo sé que mi señora la princesa será servida por mi amor de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre.—Sí sufre, á lo que yo creo, respondió la princesa; y tambien sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortés y tan cortesano, que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pié pudiendo ir á caballo.—Así es," respondió el barbero; y apeándose en un punto, convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar; y fué el mal que, al subir á las ancas el barbero, la mula, que en efecto era de alquiler, que, para decir que era mala, esto basta, alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que, á darlas en el pecho de maese Nicolás, ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por Don Quijote. Con todo eso, le sobresaltaron de manera que cayó en el suelo, con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron; y, como se vió sin ellas, no tuvo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ambas



"Vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere"

manos, y á quejarse que le habian derribado las muelas. Don Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas sin quijadas y sin sangre lejos del rostro del escudero caido, dijo: "¡Vive Dios, que es gran milagro este! ¡las barbas le ha derribado y arrancado del rostro como si las quitaran aposta!" El cura, que vió el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuese con ellas donde yacia maese Nicolás dando aun voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian; y cuando se las tuvo puestas se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró Don Quijote sobremanera, y rogó al cura que, cuando tuviese lugar, le enseñase aquel ensalmo, que él entendia que su virtud á mas que pegar barbas se debia de extender; pues estaba claro que de donde las barbas se quitasen habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que, pues todo lo sanaba, á mas que barbas aprovechaba. "Así es," dijo el cura; y prometió de enseñársele en la primera ocasion. Concertáronse que por entonces subiese el cura, y á trechos se fuesen los tres mudando hasta que llegasen á la venta, que estaria hasta dos leguas de allí. Puestos los tres á caballo, es á saber, Don Quijote, la princesa y el cura, y los tres á pié, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, Don Quijote dijo á la doncella: "Vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere;" y antes que ella respondiese, dijo el licenciado: "¿Hácia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿es por ventura hácia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo sé

poco de reinos." Ella, que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí, y así dijo: "Sí señor, hácia ese reino es mi camino.—Si así es, dijo el cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo Meótides, que está poco mas de cien jornadas mas acá del reino de vuestra grandeza.—Vuestra merced está engañado, señor mio, dijo ella, porque no há dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es el señor Don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oidos así como puse los piés en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo.—No mas; cesen mis alabanzas, dijo á esta sazon Don Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulacion; y aunque esta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas: lo que yo sé decir, señora mia, que, ahora tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y así, dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga qué es la causa que le ha traido por estas partes tan solo, tan sin criados, y tan á la ligera, que me pone espanto.—Á eso yo responderé con brevedad, respondió el cura; porque sabrá vuestra merced, señor Don Quijote, que yo y maese Nicolás, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla á cobrar cierto dinero que un pariente

mio, que há muchos años que pasó á Indias, me habia enviado, y no tan pocos que no pasan de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal; y pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro cuatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas; y de modo nos las quitaron, que le convino al barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aquí va (señalando á Cardenio), le pusieron como de nuevo; y es lo bueno, que es pública fama por todos estos contornos, que los que nos saltearon son de unos galeotes que dicen que libertó, casi en este mismo sitio, un hombre tan valiente, que, á pesar del comisario y de las guardas, los soltó á todos; y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, á la mosca entre la miel; quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos; quiso, digo, quitar á las galeras sus piés, poner en alboroto la Santa Hermandad, que habia muchos años que reposaba; quiso, finalmente, hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo." Habíales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura, refiriéndola, por ver lo que hacia ó decia Don Quijote, al cual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. "Estos, pues, dijo el cura, fueron los que nos robaron; que Dios, por su misericordia, se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio."



CAPÍTULO XXX

QUE TRATA DE LA DISCRECÍON DE LA HERMOSA DOROTEA, CON OTRAS COSAS DE MUCHO GUSTO Y PASATIEMPO

No hubo bien acabado el cura, cuando Sancho dijo: "Pues mia fe, señor licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo; y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos.—¡ Majadero! dijo á esta sazon Don Quijote; á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera, ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus gracias; solo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías: yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demás allá se avenga; y á quien mal le ha parecido, salvo

la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hi de puta y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada donde mas largamente se contiene:" y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrion, porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabia el menguado humor de Don Quijote, y que todos hacian burla dél, si no Sancho Panza, no quiso ser para menos, y viéndole tan enojado, le dijo: "Señor caballero, miémbresele á vuestra merced el don que me tiene prometido, y que, conforme á él, no puede entremeterse en otra aventura, por urgente que sea: sosiegue vuestra merced el pecho; que si el señor licenciado supiera que por ese invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua antes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara.—Eso juro yo bien, dijo el cura, y aun me hubiera quitado un bigote.—Yo callaré, señora mia, dijo Don Quijote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se habia levantado, y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero, en pago deste buen deseo, os suplico me digais, si no se os hace de mal, cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza.—Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oir lástimas y desgracias.—No enfadará, señora mia," respondió Don Quijote; á lo

que respondió Dorotea: "Pues así es, esténme vuestras mercedes atentos." No hubo ella dicho esto, cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cómo fingia su historia la discreta Dorotea; y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo; y ella, despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenídose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó á decir desta manera:

"Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores mios, que á mí me llaman . . ." y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el cura le habia puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo: "No es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras; que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera que aun de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecno con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicon; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere.—Así es la verdad, respondió la doncella; y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia; la cual es, que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Jaramilla, habia de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él tambien habia de pasar desta vida, y yo

habia de quedar huérfana de padre y madre; pero decia él que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponia en confusion saber por cosa muy cierta que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca Vista (porque es cosa averiguada que, aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés, como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira); digo que supo que este gigante, en sabiendo mi orfandad, habia de pasar con gran poderío sobre mi reino, y me lo habia de quitar todo, sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podia excusar toda esta ruina y desgracia si yo me quisiese casar con él; mas, á lo que él entendia, jamás pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamás me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuese. Dijo tambien mi padre, que despues que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reino, que no aguardase á ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino si queria excusar la muerte y total destruicion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego, con algunos de los mios, me pusiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extenderia por todo este reino, el cual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, Don Azote, ó Don Jigote.—Don Quijote diria, señora, dijo á esta

sazon Sancho Panza, ó, por otro nombre, el Caballero de la Triste Figura.—Así es la verdad, dijo Dorotea: dijo mas, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debajo del hombro izquierdo, ó por allí junto, habia de tener un lunar pardo, con ciertos cabellos á manera de cerdas." En oyendo esto Don Quijote, dijo á su escudero: "Ten aquí, Sancho hijo, ayúdame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sábio rey dejó profetizado.

Pues ¿ para qué quiere vuestra merced desnudarse ? dijo Dorotea.—Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo, respondió Don Quijote.—No hay para qué desnudarse, dijo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte.—Eso basta, dijo Dorotea; porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro, ó que esté en el espinazo, importa poco; basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una misma carne: y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quijote, que él es por quien mi padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene, no solo en España, pero en toda la Mancha; pues apenas me hube desembarcado en Osuna cuando oí decir tantas hazañas suyas, que luego me dió el alma que era el mismo que venia á buscar.—Pues ¿ cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntó Don Quijote, si no es puerto de mar ?" Mas antes que Dorotea respondiese, tomó el cura la mano, y dijo: "Debe de querer decir la señora princesa, que, despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas



Hácia el reino de Micomicon

de vuestra merced, fué en Osuna.—Eso quise decir, dijo Dorotea.—Y esto lleva camino, dijo el cura; y prosiga vuestra majestad adelante.—No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que, finalmente, mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor Don Quijote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues él, por su cortesía y magnificencia, me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandafilando de la Fosca Vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado: que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre, el cual tambien dejó dicho y escrito en letras caldeas ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, despues de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legítima esposa, y le diese la posesion de mi reino junto con la de mi persona.—¿Qué te parece, Sancho amigo? dijo á este punto Don Quijote; ¿no oyes lo que pasa? ¿no te lo dije yo? mira si tenemos ya reino qué mandar y reina con quién casar.—Eso juro yo, dijo Sancho; ¡para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado! ¡pues monta que es mala la reina! así se me vuelvan las pulgas de la cama;" y diciendo esto, dió dos zapatetas en el aire con muestras de grandísimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas, en señal que la recibia por su reina y señora. ¡Quién no habia de reir de los circunstantes, viendo la locura del amo y la simplicidad

del criado ! En efecto, Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino cuando el cielo le hiciese tanto bien que se lo dejase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos. " Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia : solo resta por deciros, que, de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino, no me ha quedado sino solo este buen barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto ; y él y yo salimos en dos tablas á tierra, como por milagro, y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habeis notado ; y si en alguna cosa he andado demasiada, ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento, que los trabajos contínuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece.—Esa no me quitarán á mí, ¡ oh alta y valerosa señora ! dijo Don Quijote, cuantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean ; y así, de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso, con el ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero decir buena espada, merced á Ginés de Pasamonte, que me llevó la mia." Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo : " Y despues de habérsela tajado, y puéstoos en pacífica posesion de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere ; porque, mientras que yo tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella . . . y no digo mas, no es posible que yo arrostre ni por pienso el casarme, aunque fuese

con el ave fénix." Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo, alzando la voz, dijo: "¡Voto á mí, y juro á mí, que no tiene vuestra merced, señor Don Quijote, cabal juicio! pues cómo, ¿es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta? ¿piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante: así noramala alcanzaré yo el condado que espero si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo: cásese, cásese luego, encomiéndole yo á Satanás, y tome ese reino que se le viene á las manos de vobis vobis, y en siendo rey hágame marqués ó adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo." Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir; y alzando el lanzon, sin hablalle palabra á Sancho y sin decirle *esta boca es mia*, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra; y, si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera mas, sin duda le quitara allí la vida. "¿Pensais, le dijo á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo? pues no lo penseis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea; y ¿no sabeis vos, gañan, faquin, belitre, que, si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? Decid, socarron de lengua viperina; y ¿quién pensais que ha ganado este reino, y cortado la cabeza á este

gigante, y héchoos á vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada), si no es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y sér. ¡Oh hi de puta, bellaco, y cómo sois desagradecido, que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondeis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo!" No estaba tan maltrecho Sancho que no oyese todo cuanto su amo le decia; y, levantándose con un poco de presteza, se fué á poner detrás del palafren de Dorotea, y desde allí dijo á su amo: "Dígame, señor: si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo; y, no siéndolo, ¿qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo; cásese vuestra merced una por una con esta reina, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y despues puede volverse con mi señora Dulcinea, que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si va á decirla, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea.—¿Cómo que no la has visto, traidor blasfemo? dijo Don Quijote; pues ¿no acabas de traerme ahora un recado de su parte?—Digo que no la he visto tan despacio, dijo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero así, á bulto, me parece bien.—Ahora te disculpo, dijo Don Quijote; y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres.—Ya yo lo veo, respondió Sancho; y así en

mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dejar de decir por una vez siquiera lo que me viene á la lengua.—Con todo eso, dijo Don Quijote, mira, Sancho, lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente . . . y no te digo mas.—Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que ve las trampas, y será juez de quién hace mas mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrallo.—No haya mas, dijo Dorotea; corred, Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedilde perdon, y de aquí adelante andad mas atentado en vuestras alabanzas y vituperios, y no digais mal de aquella señora Toboso, á quien yo no conozco si no es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde vivais como un príncipe." Fué Sancho, cabizbajo, y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente; y despues que se la hubo besado le echó la bendicion, y dijo á Sancho que se adelantasen un poco, que tenia que preguntalle y que departir con él cosas de mucha importancia. Hízolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y díjole Don Quijote: "Despues que veniste, no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste, y de la respuesta que trujiste; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. —Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada; pero suplico á vuestra merced, señor mio, que no sea de aquí adelante tan vengativo.—¿ Por qué lo dices, Sancho? dijo Don Quijote.—Dígolo, respondió, porque estos palos de agora mas fueron por

la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, solo por ser cosa de vuestra merced. —No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dijo Don Quijote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entonces, y bien sabes tú que suele decirse: *á pecado nuevo, penitencia nueva.*"

Mientras esto pasaba vieron venir, por el camino donde ellos iban, á un hombre caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca, les pareció que era gitano; pero Sancho Panza, que doquiera que vía asnos se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre cuando conoció que era Ginés de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venia; el cual, por no ser conocido, y por vender el asno, se habia puesto en traje de gitano, cuya lengua, y otras muchas, sabia muy bien hablar, como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho, y conocióle; y apenas le hubo visto y conocido, cuando á grandes voces le dijo: "¡Ah ladron Ginesillo! ¡deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo, huye puto, auséntate ladron, y desampara lo que no es tuyo!" No fueron menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Ginés, y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y, abrazándole, le dijo: "¿Cómo has estado, bien mio, rucio de mis ojos, compañero mio?" y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona: el asno callaba, y se dejaba besar y acariciar de Sancho, sin responderle palabra alguna. Llegaron

todos, y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente Don Quijote, el cual le dijo, que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas, dijo el cura á Dorotea que habia andado muy discreta, así en el cuento, como en la brevedad dél, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dijo, que muchos ratos se habia entretenido en leellos; pero que no sabia ella dónde eran las provincias ni puertos de mar, y que, así, habia dicho á tiento que se habia desembarcado en Osuna. "Yo lo entendí así, dijo el cura, y por eso acudí luego á decir lo que dije, con que se acomodó todo. Pero ¿no es cosa extraña, ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, solo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros?—Sí es, dijo Cardenio; y tan rara y nunca vista, que yo no sé si, queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ello.—Pues otra cosa hay en ello, dijo el cura, que, fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que, como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento." En tanto que ellos iban en esta conversacion, prosiguió Don Quijote con la suya, y dijo á Sancho: "Echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, dónde, cómo y cuándo hallaste á Dulcinea. ¿Qué hacia? ¿qué le dijiste? ¿qué te respondió?

¿ qué rostro hizo cuando leia mi carta ? ¿ quién te la trasladó ? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas ó mientas por darme gusto, ni menos te acortes por no quitármele.—Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna.—Así es como tú dices, dijo Don Quijote, porque el librillo de memoria donde yo la escribí, le hallé en mi poder á cabo de dos dias de tu partida, lo cual me causó grandísima pena, por no saber lo que habias tú de hacer cuando te vieses sin carta, y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras menos.—Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria cuando vuestra merced me la leyó ; de manera que se la dije á un sacristan, que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dijo que en todos los dias de su vida, aunque habia leido muchas cartas de descomunion, no habia visto ni leido tan linda carta como aquella. —Y ¿ tiénesla todavía en la memoria, Sancho ? dijo Don Quijote.—No señor, respondió Sancho, porque, despues que la dí, como ví que no habia de ser de mas provecho, dí en olvidalla ; y, si algo se me acuerda, es aquello del *Sobajada*, digo, del *Soberana señora*, y lo último : *Vuestro hasta la muerte, El Caballero de la Triste Figura :* y en medio destas dos cosas, le puse mas de trecientas almas y vidas y ojos mios."





CAPÍTULO XXXI

DE LOS SABROSOS RAZONAMIENTOS QUE PASARON ENTRE DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA SU ESCUDERO, CON OTROS SUCESOS

"Todo eso no me descontenta; prosigue adelante, dijo Don Quijote. Llegaste, y ¿qué hacia aquella reina de la hermosura? Á buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero.—No la hallé, respondió Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.—Pues haz cuenta, dijo Don Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos: y si miraste, amigo, el trigo ¿era candeal ó trechel?—No era sino rubion, respondió Sancho.—Pues yo te aseguro, dijo Don Quijote, que, ahechado por sus manos, hizo pan candeal sin duda alguna; pero pasa adelante: cuando

le diste mi carta, ¿ besóla ? ¿ púsosela sobre la cabeza ? ¿ hizo alguna ceremonia digna de tal carta ? ó ¿ qué hizo ?—Cuando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenia en la criba, y díjome : Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está.—¡ Discreta señora ! dijo Don Quijote ; eso debió de ser por leella despacio y recrearse con ella : adelante, Sancho ; y en tanto que estaba en su menester, ¿ qué coloquios pasó contigo ? ¿ qué te preguntó de mí ? y tú, ¿ qué le respondiste ? acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima.—Ella no me preguntó nada, dijo Sancho ; mas yo le dije de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, ni sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna.—En decir que maldecia mi fortuna dijiste mal, dijo Don Quijote, porque antes la bendigo y bendeciré todos los dias de mi vida por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso.—Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe que me lleva á mí mas de un coto.—¡ Pues cómo, Sancho ! dijo Don Quijote ; ¿ háste medido tú con ella ?—Medíme en esta manera, respondió Sancho ; que, llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver que me llevaba mas de un gran palmo.—Pues es verdad, replicó Don Quijote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma. Pero no me negarás, Sancho, una cosa : cuando

llegaste junto á ella, ¿ no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno que yo no acierto á dalle nombre, digo un tuho ó tufo, como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero ? —Lo que sé decir, dijo Sancho, es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debia de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.—No seria eso, respondió Don Quijote, sino que tú debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á tí mismo ; porque yo sé bien lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleido.—Todo puede ser, respondió Sancho ; que muchas veces sale de mí aquel olor que entonces me pareció que salia de su merced de la señora Dulcinea ; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo parece á otro.—Y bien, prosiguió Don Quijote ; hé aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino ; ¿ qué hizo cuando leyó la carta ?—La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabia leer ni escribir ; antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, por que no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le habia dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo ; y finalmente, me dijo que dijese á vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con mas deseo de verle que de escribirle ; y que así le suplicaba y mandaba que, vista la presente, saliese de aquellos matorrales, y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á vuestra merced : rióse mucho cuando le dije cómo se

llamaba vuestra merced *El Caballero de la Triste Figura:* preguntéle si habia ido allá el vizcaino de marras; díjome que sí, y que era un hombre muy de bien: tambien le pregunté por los galeotes; mas díjome que no habia visto hasta entonces alguno.—Todo va bien hasta agora, dijo Don Quijote; pero dime: ¿qué joya fué la que te dió al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas ó enanos que les llevan nuevas de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias en agradecimiento de su recado.—Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debia de ser en los tiempos pasados; que ahora solo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea, por las bardas de un corral, cuando della me despedí; y aun, por mas señas, era el queso ovejuno.—Es liberal en extremo, dijo Don Quijote; y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendria allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas despues de pascua; yo la veré, y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? de que me parece que fuiste y veniste por los aires; pues poco mas de tres dias has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá mas de treinta leguas; por lo cual me doy á entender que aquel sábio nigromante que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber, so pena que yo no seria buen caballero andante, digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses: que hay sábio destos que coge á un caballero andante



Este Diego Garcia, puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército

durmiendo en su cama, y sin saber cómo ó en qué manera amanece otro dia mas de mil leguas de donde anocheció; y, si no fuese por esto, no se podrian socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso: que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algun endriago, ó con algun fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla, y está ya á punto de muerte, y cuando no os me cato asoma por acullá, encima de una nube ó sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo, que poco antes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de la muerte, y á la noche se halla en su posada cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas; y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sábios encantadores que tienen cuidado destos valerosos caballeros: así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso; pues, como tengo dicho, algun sábio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses.—Así seria, dijo Sancho, porque á buena fe, que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oidos.—Y ¡cómo si llevaba azogue! dijo Don Quijote; y aun una legion de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja; pero, dejando esto aparte, ¿qué te parece á tí que debo yo de hacer ahora, cerca de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? que, aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tambien imposibilitado del don que he prometido á la princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caballería á cumplir mi palabra

antes que mi gusto: por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora; por otra me incita y llama la prometida fe, y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero, lo que pienso hacer, será caminar apriesa, y llegar presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré á la princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta á ver á la luz que mis sentidos alumbra; á la cual daré tales disculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama; pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo.—¡Ay! dijo Sancho; y ¡cómo está vuestra merced lastimado de esos cascos! Pues dígame, señor; ¿piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dejar pasar y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un reino, que á buena verdad que he oido decir que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle, por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cásese luego en el primer lugar que haya cura; y si no, ahí está nuestro licenciado, que lo hará de perlas: y advierta, que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, que mas vale pájaro en mano que buitre volando, porque, quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja no se venga.—Mira, Sancho, respondió Don Quijote; si el consejo que me das, de que me case, es por que sea luego rey, en

matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber que, sin casarme, podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque yo sacaré de adahala, antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino, para que la pueda dar á quien yo quisiere; y, en dándomela, ¿ á quién quieres tú que la dé, si no á tí?—Eso está claro, respondió Sancho; pero, mire vuestra merced, que la escoja hácia la marina, por que, si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que ya he dicho: y vuestra merced no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho.—Dígote, Sancho, dijo Don Quijote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo, en cuanto el ir antes con la princesa que á ver á Dulcinea; y avísote, que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado; que, pues Dulcinea es tan recatada que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo, ni otro por mí, los descubra.—Pues si eso es así, dijo Sancho, ¿ cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre, que la quiere bien, y que es su enamorado? y siendo forzoso que los que fuesen se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á dalle la obediencia, ¿ cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos?—¡ Oh qué necio y qué simple que eres! dijo Don Quijote; ¿ tú no ves,

Sancho, que eso todo redunda en su mayor ensalzamiento? porque has de saber que, en este nuestro estilo de caballería, es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan mas sus pensamientos que á servilla, por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros.—Con esa manera de amor, dijo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á Nuestro Señor, por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria ó temor de pena, aunque yo le querria amar y servir por lo que pudiese.—¡ Válate el diablo por villano, dijo Don Quijote, y qué de discreciones dices á las veces! ¡ no parece sino que has estudiado! —Pues á fe mia, que no sé leer," respondió Sancho. En esto, les dió voces maese Nicolás, que esperasen un poco, que querian detenerse á beber en una fuentecilla que allí estaba. Detúvose Don Quijote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo á palabras, porque, puesto que él sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traia cuando la hallaron, que, aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dejaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el cura se acomodó en la venta satisficieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traian. Estando en esto, acertó á pasar por allí un muchacho que iba de camino, el cual, poniéndose á mirar con mucha atencion á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á Don Quijote, y, abrazándole por las piernas, comenzó á llorar muy de propósito,

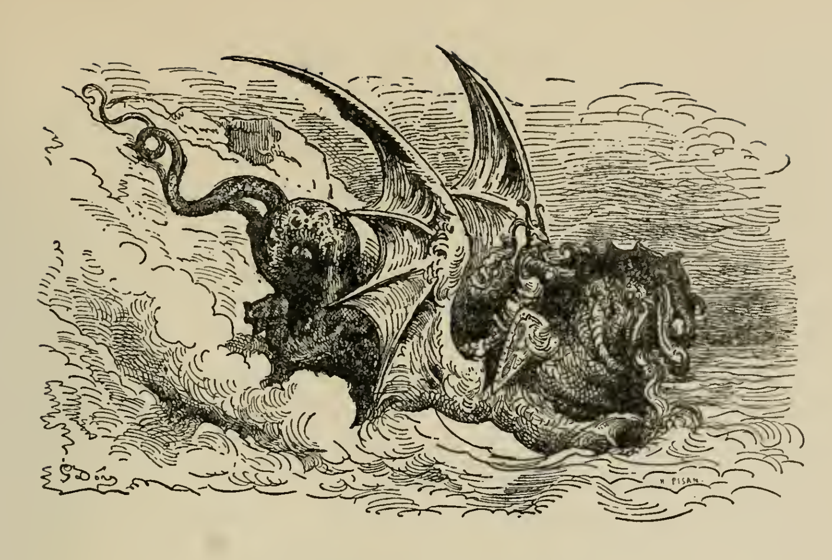
diciendo : " ¡ Ay señor mio ! ¿ no me conoce vuestra merced ? pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andrés que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado." Reconocióle Don Quijote, y, asiéndole por la mano, se volvió á los que allí estaban, y dijo : " Por que vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los dias pasados, pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa : acudí luego, llevado de mi obligacion, hácia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada. Digo que estaba atado á la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes, con las riendas de una yegua, un villano, que despues supe que era amo suyo ; y, así como yo le ví, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento : respondió el zafio, que le azotaba porque era su criado, y que, ciertos descuidos que tenia, nacian mas de ladron que de simple ; á lo cual este niño dijo : Señor, no me azota sino porque le pido mi salario : el amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales, aunque de mí fueron oidas, no fueron admitidas : en resolucion, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro, y aun sahumados. ¿ No es verdad todo esto, hijo Andrés ? ¿ no notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué

y quise ? Responde ; no te turbes ni dudes en nada ; dí lo que pasó á estos señores, por que se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos.—Todo lo que vuestra merced ha dicho, es mucha verdad, respondió el muchacho ; pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina.—¡ Cómo al revés ! replicó Don Quijote ; luego ¿ no te pagó el villano ?—No solo no me pagó, respondió el muchacho, pero, así como vuestra merced traspuso del bosque, y quedamos solos, me volvió á atar á la mesma encina, y me dió de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un San Bartolomé desollado ; y, á cada azote que me daba, me decia un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que, á no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decia. En efecto, él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo : de todo lo cual tiene vuestra merced la culpa ; porque, si se fuera su camino adelante, y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debia ; mas, como vuestra merced le deshonró tan sin propósito, y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y, como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo descargó sobre mí el nublado, de modo que me parece que no seré mas hombre en toda mi vida.—El daño estuvo, dijo Don Quijote, en irme yo de allí, que no me habia de ir hasta dejarte pagado ; porque bien debia yo de saber, por luengas experiencias, que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardalla ; pero ya te acuerdas,

Andrés, que yo juré, que si no te pagaba, que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar aunque se escondiese en el vientre de la ballena.—Así es la verdad, dijo Andrés ; pero no aprovechó nada.—Ahora verás si aprovecha," dijo Don Quijote ; y diciendo esto, se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comian. Preguntóle Dorotea, qué era lo que hacer queria. Él le respondió, que queria ir á buscar al villano, y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andrés hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. Á lo que ella respondió, que advirtiese que no podia, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya ; y, que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino. " Así es verdad, respondió Don Quijote, y es forzoso que Andrés tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís, que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado.—No me creo desos juramentos, dijo Andrés ; mas quisiera tener agora con qué llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo : déme, si tiene ahí, algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo." Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dijo : " Toma, hermano Andrés, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia.—Pues ¿ qué parte os alcanza á vos ? preguntó Andrés.—Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no ;

porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen." Andrés asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza, y tomó el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad que, al partirse, dijo á Don Quijote: "¡Por amor de Dios, señor caballero andante! que, si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga, y á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo." Íbase á levantar Don Quijote para castigalle; mas él se puso á correr de modo, que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo Don Quijote del cuento de Andrés, y fué menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acaballe de correr del todo.





CAPÍTULO XXXII

QUE TRATA DE LO QUE SUCEDIÓ EN LA VENTA Á TODA LA CUADRILLA DE DON QUIJOTE

Acabóse la buena comida; ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar llegaron otro dia á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza; y, aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir á Don Quijote y á Sancho, le salieron á recibir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y aplauso, y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; á lo cual le respondió la huéspeda que, como le pagase mejor que la otra vez, que ella se le daria de príncipes. Don Quijote dijo que sí haria; y así, le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchon de marras, y él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y falto de juicio. No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al barbero, y asiéndole de la barba,

dijo: "Para mi santiguada, que no se ha aun de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza, digo, el peine que solia yo colgar de mi buena cola." No se la queria dar el barbero, aunque ella mas tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dijese á Don Quijote que cuando le despojaron los ladrones galeotes se habia venido á aquella venta huyendo; y que, si preguntase por el escudero de la princesa, le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reino cómo ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto, dió de buena gana la cola á la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de Don Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer, de lo que en la venta hubiese, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormia Don Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haria por entonces el dormir que el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritornes y todos los pasajeros, de la extraña locura de Don Quijote, y del modo que le habian hallado: la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido, mirando si acaso estaba allí Sancho: como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron; y como el cura dijese que los libros de caballerías que

Don Quijote habia leido, le habian vuelto el juicio, dijo el ventero : " No sé yo cómo puede ser eso ; que en verdad que, á lo que yo entiendo, no hay mejor letura en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí, sino á otros muchos ; porque, cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél mas de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas : á lo menos, de mí sé decir, que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias.—Y yo, ni mas ni menos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estais escuchando leer, que estais tan embobado, que no os acordais de reñir por entonces.—Así es la verdad, dijo Maritornes ; y á buena fe, que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas, y mas, cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos, abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto : digo que todo esto es cosa de mieles.—Y á vos ¿ qué os parece, señora doncella ? dijo el cura, hablando con la hija del ventero.—No sé, señor, en mi ánima, respondió ella ; tambien yo lo escucho, y en verdad, que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oillo ; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar, de compasion que

les tengo.—Luego ¿ bien las remediárades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran ?—No sé lo que me hiciera, respondió la moza ; solo sé que hay algunas señoras de aquellas, tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones, y otras mil inmundicias ; y ¡ Jesús ! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que, por no mirar á un hombre honrado, le dejan que se muera, ó que se vuelva loco : yo no sé para qué es tanto melindre : si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa.—Calla, niña, dijo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto.—Como me lo pregunta este señor, respondió ella, no pude dejar de respondelle.—Ahora bien, dijo el cura, traedme, señor huésped, aquesos libros, que los quiero ver.—Que me place," respondió él ; y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primer libro que abrió, vió que era *Don Cirongilio de Tracia,* y el otro de *Félixmarte de Hircania,* y el otro la *Historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdova,* con la *Vida de Diego García de Paredes.* Así como el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero, y dijo : " Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo, y su sobrina.—No hacen, respondió el barbero ; que tambien sé yo llevarlos al corral ó á la chimenea, que en verdad, que hay muy buen fuego en ella.—Luego ¿ quiere vuestra merced quemar mis libros ? dijo el ventero.—No mas, dijo el cura, que estos dos : el de *Don Cirongilio,* y el de *Félixmarte.*—Pues, por ventura, dijo el ventero, mis

libros ¿ son herejes ó flemáticos, que los quiere quemar ? —Cismáticos quereis decir, amigo, dijo el barbero, que no flemáticos.—Así es, replicó el ventero ; mas, si alguno quiere quemar, sea ese del *Gran Capitan* y dese *Diego García,* que antes dejaré quemar un hijo, que dejar quemar ninguno desotros.—Hermano mio, dijo el cura, estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparates y devaneos ; y este del *Gran Capitan* es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdova, el cual, por sus muchas y grandes hazañas, mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitan ; renombre famoso y claro, y dél solo merecido ; y este *Diego García de Paredes* fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia ; y, puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si, como él las cuenta, y las escribe él asimismo, con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro, libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquiles y Roldanes.—Tomaos con mi padre, dijo el dicho ventero ; ¡ mirad de qué se espanta ! ¡ de detener una rueda de molino ! ¡ por Dios ! ahora habia vuestra merced de leer lo que leí yo de Félixmarte de Hircania, que, de un revés solo, partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños ; y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde llevó mas de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pié hasta la cabeza, y los

desbarató á todos, como si fueran manadas de ovejas. Pues ¡ qué me dirán del bueno de Don Cirongilio de Tracia, que fué tan valiente y animoso como se verá en el libro, donde cuenta que, navegando por un rio, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él, así como la vió, se arrojó sobre ella, y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta, con tanta fuerza que, viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del rio, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar ; y, cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego, la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas, que no hay mas qué oir ! ¡ Calle, señor ! que, si oyese esto, se volveria loco de placer : ¡ dos higas para el Gran Capitan y para ese Diego García que dice ! " Oyendo esto Dorotea, dijo callando á Cardenio : " Poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de Don Quijote.—Así me parece á mí, respondió Cardenio ; porque, segun da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni mas ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos.—Mirad, hermanos, tornó á decir el cura, que no hubo en el mundo Félixmarte de Hircania, ni Don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen, leyéndolos, vuestros segadores ; porque, realmente, os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron

en él.—Á otro perro con ese hueso, respondió el ventero; ¡como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato! no piense vuestra merced darme papilla, porque, por Dios, que no soy nada blanco: ¡bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que, todo aquello que estos buenos libros dicen, sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real! ¡como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamentos, que quitan el juicio!—Ya os he dicho, amigo, replicó el cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y, así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos, para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir, y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna destos libros; y, si me fuera lícito ahora, y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas, acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho, y aun de gusto, para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo; y, en este entretanto, creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeeis del pié que cojea vuestro huésped Don Quijote.—Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante; que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el

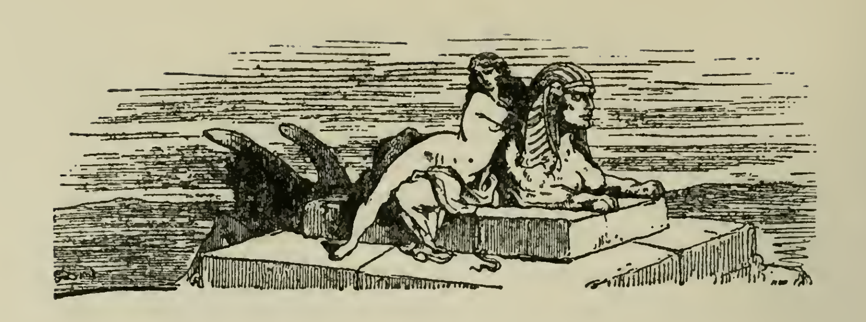
mundo estos famosos caballeros." Á la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habia oido decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazon de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que, si no salia con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle, y volverse con su mujer y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero ; mas el cura le dijo : " Esperad, que quiero ver qué papeles son esos, que de tan buena letra están escritos." Sacólos el huésped, y, dándoselos á leer, vió hasta obra de ocho pliegos, escritos de mano, y al principio tenian un título grande, que decia : *Novela del Curioso Impertinente.* Leyó el cura para sí tres ó cuatro renglones, y dijo : " Cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda." Á lo que respondió el ventero : " Pues bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que, á algunos huéspedes que aquí la han leido, les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras ; mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela á quien aquí dejó esta maleta olvidada, con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo ; y, aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de volver ; que, aunque ventero, todavía soy cristiano.—Vos teneis mucha razon, amigo, dijo el cura ; mas, con todo eso, si la novela me contenta, me la habeis de dejar trasladar.—De muy buena gana," respondió el ventero. Mientras los dos esto decian, habia tomado Cardenio la novela, y comenzado á leer en ella ; y, pareciéndole lo mismo



FÉLIXMARTE DE HIRCANIA, DE UN REVÉS SOLO, PARTIÓ CINCO GIGANTES POR LA CINTURA, COMO SI FUERAN HECHOS DE HABAS

que al cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen. "Sí leyera, dijo el cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer.—Harto reposo será para mí, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir cuando fuera razon.—Pues desa manera, dijo el cura, quiero leerla por curiosidad siquiera; quizá tendrá alguna de gusto." Acudió maese Nicolás á rogarle lo mismo, y Sancho tambien; lo cual visto del cura, y entendiendo que á todos daria gusto, y él le recebiria, dijo: "Pues así es, esténme todos atentos, que la novela comienza desta manera:





CAPÍTULO XXXIII

DONDE SE CUENTA LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos que, por excelencia y antonomasia, de todos los que los conocian, *los dos amigos* eran llamados: eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres; todo lo cual era bastante causa á que los dos, con recíproca amistad, se correspondiesen: bien es verdad, que el Anselmo era algo mas inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras sí los de la caza; pero, cuando se ofrecia, dejaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y desta manera andaban tan á una sus voluntades, que no habia concertado reloj que así lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres, y tan buena ella por sí, que se determinó, con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacia, de pedilla por esposa á sus padres; y así, lo puso en ejecucion, y el

que llevó la embajada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario, como solia, la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que á él le fué posible; pero, acabadas las bodas, y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razon que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros; porque, aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto, es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mismos hermanos, cuanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciéndole, que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamás lo hubiera hecho; y que, si por la buena correspondencia que los dos tenian mientras él fué soltero, habian alcanzado tan dulce nombre como el ser llamados *los dos amigos*, que no permitiese, por querer hacer del circunspecto sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese; y que así le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese á ser señor de su casa, y á entrar y salir en ella como de antes,

asegurándole que su esposa Camila no tenia otro gusto ni otra voluntad que la que él queria que tuviese, y que, por haber sabido ella con cuántas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquiveza. Á todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo á Lotario para persuadille volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discrecion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana, y las fiestas, fuese Lotario á comer con él; y, aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer mas de aquello que viese que mas convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito le estaba en mas que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado á quien el cielo habia concedido mujer hermosa, tanto cuidado habia de tener qué amigos llevaba á su casa, como en mirar con qué amigas su mujer conversaba; porque, lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mujeres), se concierta y facilita en casa de la amiga ó la parienta de quien mas satisfaccion se tiene. Tambien decia Lotario, que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hiciese, porque suele acontecer que, con el mucho amor que el marido á la mujer tiene, ó no le advierte, ó no le dice, por no enojalla, que haga ó deje de hacer algunas cosas; que el hacellas, ó no le seria de honra ó de vituperio; de lo cual, siendo del amigo advertido, fácilmente pondria remedio en todo. Pero ¿ dónde se hallará amigo tan discreto y tan leal y verdadero

como aquí Lotario le pide? No lo sé yo por cierto; solo Lotario era este, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, frisar y acortar los dias del concierto del ir á su casa, por que no pareciese mal al vulgo ocioso y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentil hombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una mujer tan hermosa como Camila: que, puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavía no queria poner en duda su crédito ni el de su amigo, y por esto, los mas de los dias del concierto, los ocupaba y entretenia en otras cosas que él daba á entender ser inexcusables: así que, en quejas del uno y disculpas del otro, se pasaban muchos ratos y partes del dia. Sucedió pues, que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo á Lotario las semejantes razones:

"¿Pensabas, amigo Lotario, que, á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los mios, y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recebido y sóbre al que me hizo en darme á tí por amigo y á Camila por mujer propia, dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, en el que puedo? Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo; porque, no sé de qué dias á esta parte, me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y

tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrillo de mis propios pensamientos, y así me ha sido posible salir con este secreto como si de industria procurara decillo á todo el mundo; y pues que, en efecto, él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él, y con la diligencia que pondrás como mi amigo verdadero en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría, por tu solicitud, al grado que ha llegado mi descontento por mi locura." Suspenso tenian á Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en qué habia de parar tan larga prevencion ó preámbulo; y, aunque iba revolviendo en su imaginacion qué deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy lejos del blanco de la verdad; y, por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspension, le dijo que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podria prometer dél, ó ya consejos para entretenellos, ó ya remedio para cumplillos. "Así es la verdad, respondió Anselmo; y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camila mi esposa es tan buena y tan perfeta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad si no es probándola de manera que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro: porque yo tengo para mí, ¡oh amigo! que no es una mujer mas buena de cuanto es ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas y á las contínuas importu-

nidades de los solícitos amantes: porque ¿ qué hay que agradecer (decia él) que una mujer sea buena, si nadie le dice que sea mala ? ¿ qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que, en cogiéndola en la primera desenvoltura, la ha de quitar la vida ? Ansí que, la que es buena por temor ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida que salió con la corona del vencimiento ; de modo que, por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, deseo que Camila mi esposa pase por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos : y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma de esta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura ; podré yo decir que está colmo el vacío de mis deseos ; diré que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el sábio dice, que *quién la hallará.* Y, cuando esto suceda al revés de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion, llevaré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia : y, prosupuesto que ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi deseo ha de ser de algun provecho para dejar de ponerle por la obra, quiero, ¡ oh amigo Lotario ! que te dispongas á ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una mujer honesta, honrada, recogida y desinteresada ; y muéveme, entre otras cosas, á fiar de tí esta tan árdua empresa, el ver que, si de tí es vencida Camila, no ha de llegar el

vencimiento á todo trance y rigor, sino á solo tener por hecho lo que se ha de hacer por buen respeto, y así no quedaré yo ofendido mas de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que, en lo que me tocare, ha de ser eterno como el de la muerte ; así que, si quieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente, sino con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura." Estas fueron las razones que Anselmo dijo á Lotario, á todas las cuales estuvo tan atento, que, si no fueron las que quedan escritas que le dijo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado ; y, viendo que no decia mas, despues que le estuvo mirando un buen espacio, como si mirara otra cosa que jamás hubiera visto que le causara admiracion y espanto, le dijo : " No me puedo persuadir, ¡ oh amigo Anselmo ! á que no sean burlas las cosas que me has dicho ; que, á pensar que de veras las decias, no consintiera que tan adelante pasaras, porque, con no escucharte, previniera tu larga arenga : sin duda imagino, ó que no me conoces, ó que yo no te conozco ; pero no, que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario : el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser ; porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces, porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos como dijo un poeta, *usque ad aras*, que quiso decir, que no se habian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra

Dios. Pues si esto sintió un gentil, de la amistad, ¡cuánto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina! y cuando el amigo tirase tanto la barra que pusiese aparte los respetos del cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo: ¿cuál destas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure á complacerte, y á hacer una cosa tan detestable como me pides? ninguna, por cierto; antes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela á mí juntamente; porque, si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto; y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, yo vengo á quedar deshonrado, y, por el mismo consiguiente, sin vida. Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche.—Que me place, dijo Anselmo; di lo que quisieres." Y Lotario prosiguió, diciendo: "Paréceme, ¡oh Anselmo! que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, á los cuales no se les puede dar á entender el error de su secta con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer ejemplos palpables, fáciles, intelegibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como

cuando dicen : *si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales :* y cuando esto no entiendan de palabra, como en efecto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos, y ponérselo delante de los ojos, y aun, con todo esto, no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de nuestra sacra religion ; y este mismo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en tí ha nacido va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo mal gastado el que ocupare en darte á entender tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dejarte en tu desatino, en pena de tu mal deseo ; mas no me deja usar deste rigor la amistad que te tengo, la cual no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte ; y, por que claro lo veas, dime, Anselmo : tú ¿ no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada ? ¿ persuadir á una honesta ? ¿ ofrecer á una desinteresada ? ¿ servir á una prudente ? sí que me lo has dicho : pues si tú sabes que tienes mujer retirada, honesta, desinteresada y prudente, ¿ qué buscas ? y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, ¿ qué mejores títulos piensas darle despues que los que ahora tiene ? ¿ ó qué será mas despues de lo que es ahora ? Ó es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides : si no la tienes por la que dices, ¿ para qué quieres probarla, sino, como á mala, hacer della lo que mas te viniere en gusto ? mas, si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la misma verdad, pues, despues de hecha, se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Así, que es razon con-

cluyente que el intentar las cosas, de las cuales antes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y mas cuando quieren intentar aquellas á que no son forzados ni compelidos, y que de muy lejos traen descubierto que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios ó por el mundo, ó por entrambos á dos: las que se acometen por Dios, son las que acometieron los santos acometiendo á vivir vida de ángeles en cuerpos humanos; las que se acometen por respeto del mundo, son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes, por adquirir estos que llaman bienes de fortuna; y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente, son aquellas de los valerosos soldados, que apenas ven en el contrario muro abierto tanto espacio cuanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando, puesto aparte todo temor, sin hacer discurso, ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fe, por su nacion y por su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres; porque, puesto que salgas con ella como deseas, no has de quedar ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que estás ahora; y, si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginar se pueda, porque no te ha de aprovechar pensar entonces que no sabe nadie la

desgracia que te ha sucedido; porque bastará, para afligirte y deshacerte, que la sepas tú mismo. Y, para confirmacion desta verdad, te quiero decir una estancia que hizo el famoso poeta Luis Tansilo, en el fin de su primera parte de *Las Lágrimas de San Pedro,* que dice así:

Crece el dolor, y crece la vergüenza
En Pedro, cuando el dia se ha mostrado,
Y aunque allí no ve á nadie, se avergüenza
De sí mismo, por ver que habia pecado:
Que á un magnánimo pecho á haber vergüenza
No solo ha de moverle el ser mirado,
Que de sí se avergüenza cuando yerra,
Si bien otro no ve que cielo y tierra.

Así, que no excusarás con el secreto tu dolor; antes tendrás que llorar contino, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazon, como las lloraba aquel simple doctor, que nuestro poeta nos cuenta, que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente Reinaldos; que, puesto que aquello sea ficcion poética, tiene en sí encerrados secretos morales dignos de ser advertidos y entendidos é imitados: cuanto mas que, con lo que ahora pienso decirte, acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime, Anselmo: si el cielo, ó la suerte buena, te hubiera hecho señor y legítimo posesor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos cuantos lapidarios le viesen, que todos á una voz y de comun parecer dijesen que llegaba en quilates, bondad y fineza á cuanto se podia extender la naturaleza de tal piedra, y tú mismo lo creyeses así, sin saber otra cosa en contrario, ¿seria justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque

y un martillo, y allí, á pura fuerza de golpes y brazos, probar si es tan duro y tan fino como dicen ? Y mas si lo pusieses por obra, que puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prueba, no por eso se le añadiria mas valor ni mas fama ; y si se rompiese, cosa que podria ser, ¿ no se perdia todo ? Sí, por cierto, dejando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, así en tu estimacion como en la ajena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre ; pues, aunque se quede con su entereza, no puede subir á mas valor del que ahora tiene ; y, si faltase y no resistiese, considera desde ahora cuál quedaria sin ella, y con cuánta razon te podrias quejar de tí mismo por haber sido causa de su perdicion y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene ; y pues la de tu esposa es tal, que llega al extremo de bondad que sabes, ¿ para qué quieres poner esta verdad en duda ? Mira, amigo, que la mujer es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales, que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que, cuando quieren cazarle los cazadores, usan deste artificio : que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y despues, ojeándole, le encaminan hácia aquel lugar ; y así como el arminio llega al lodo, se está quedo, y se deja prender y cautivar, á trueco de no

pasar por el cieno y perder y ensuciar su blancura, que la estima en mas que la libertad y la vida. La honesta y casta mujer es arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad ; y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural que pueda por sí misma atropellar y pasar por aquellos embarazos ; y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimismo la buena mujer, como espejo de cristal luciente y claro ; pero está sujeto á empañarse y escurecerse con cualquiera aliento que le toque. Háse de usar con la honesta mujer el estilo que con las reliquias : adorarlas y no tocarlas : háse de guardar y estimar la mujer buena, como se guarda y estima un hermoso jardin que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee ; basta que desde lejos, y por entre las verjas de hierro, gocen de su fragrancia y hermosura. Finalmente, quiero decirte unos versos que se me han venido á la memoria, que los oí en una comedia moderna, que me parece que hacen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase ; y, entre otras razones, le dijo estas :

Es de vidrio la mujer ;
pero no se ha de probar
si se puede ó no quebrar,
porque todo podria ser.

Y es mas fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
á peligro de romperse
lo que no puede soldarse.
Y en esta opinion estén
todos, y en razon la fundo,
que si hay Dánaes en el mundo,
hay pluvias de oro tambien.

Cuanto hasta aquí te he dicho, ¡ oh Anselmo ! ha sido por lo que á tí te toca ; y ahora es bien que se oiga algo de lo que á mí me conviene ; y, si fuere largo, perdóname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado y de donde quieres que yo te saque. Tú me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad ; y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á tí. Que me la quieres quitar á mí, está claro ; pues, cuando Camila vea que yo la solicito como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á tí, no hay duda ; porque, viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal deseo ; y, teniéndose por deshonrada, te toca á tí, como á cosa suya, su misma deshonra ; y de aquí nace lo que comunmente se platica, que el marido de la mujer adúltera, puesto que él no lo sepa ni haya dado ocasion para que su mujer no sea la que debe, ni haya sido en su mano ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo, le llaman y le nombran con nombre de vituperio y bajo, y en cierta manera le miran, los que la maldad de su mujer saben, con ojos de menosprecio, en cambio

de mirarle con los de lástima, viendo que, no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera, está en aquella desventura. Pero quiérote decir la causa por qué con justa razon es deshonrado el marido de la mujer mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea ; y no te canses de oirme, que todo ha de redundar en tu provecho. Cuando Dios crió á nuestro primero padre en el Paraiso terrenal, dice la Divina Escritura que infundió Dios sueño en Adan, y que, estando durmiendo, le sacó una costilla del lado siniestro, de la cual formó á nuestra madre Eva ; y, así como Adan despertó y la miró, dijo : *Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos.* Y Dios dijo : *Por esta dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma :* y entonces fué instituido el divino sacramento del matrimonio, con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne ; y aun hace mas en los buenos casados, que, aunque tienen dos almas, no tienen mas de una voluntad ; y de aquí viene que, como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos que se procuran, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño : porque, así como el dolor del pié, ó de cualquier miembro del cuerpo humano, le siente todo el cuerpo, por ser todo de una carne misma, y la cabeza siente el daño del tobillo, sin que ella se le haya causado, así el marido es participante de la deshonra de la mujer, por ser una misma cosa con ella ; y como las honras y deshonras del

mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la mujer mala sean deste género, es forzoso que al marido le quepa parte dellas, y sea tenido por deshonrado, sin que él lo sepa. Mira, pues, ¡oh Anselmo! al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive; mira por cuán vana é impertinente curiosidad quieres revolver los humores que ahora están sosegados en el pecho de tu casta esposa; advierte, que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dejaré en su punto porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta á moverte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura, que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo." Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo, que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero, en fin, le dijo: "Con la atencion que has visto, he escuchado, Lotario amigo, cuanto has querido decirme, y en tus razones, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes, y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas; y asimismo veo y confieso que, si no sigo tu parecer, y me voy tras el mio, voy huyendo del bien, y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto, has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres que se les antoja comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, cuanto mas para comerse: así, que es menester usar de algun artificio para que yo sane, y esto se podia hacer con facilidad solo con que comiences, aunque tibia y fingidamente, á solicitar á Camila, la

cual no ha de ser tan tierna que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra ; y con solo este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome de no verme sin honra ; y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es, que estando yo, como estoy, determinado de poner en plática esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondria en aventura el honor que tú procuras que no pierda ; y cuando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila, en tanto que la solicitares, importa poco ó nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu crédito al sér primero ; y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dejes de hacer, aunque mas inconvenientes se te pongan delante, pues, como ya he dicho, con solo que comiences daré por concluida la causa." Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo qué mas ejemplos traerle, ni qué mas razones mostrarle para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba que daria á otro cuenta de su mal deseo, por evitar mayor mal determinó de contentarle y hacer lo que le pedia, con propósito é intencion de guiar aquel negocio de modo que, sin alterar los pensamientos de Camila, quedase Anselmo satisfecho ; y así le respondió, que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que él tomaba á su cargo aquella empresa, la cual comenzaria cuando á él le diese mas gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento como si alguna grande merced le hubiera

hecho; y quedaron de acuerdo entre los dos, que desde otro dia siguiente se comenzase la obra, que él le daria lugar y tiempo cómo á sus solas pudiese hablar á Camila, y asimismo le daria dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que, cuando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mismo los haria. Á todo se ofreció Lotario, bien con diferente intencion que Anselmo pensaba; y con este acuerdo se volvieron á casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ansia y cuidado esperando á su esposo, porque aquel dia tardaba en venir mas de lo acostumbrado. Fuése Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento como Lotario fué pensativo, no sabiendo qué traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio; pero aquella noche pensó el modo que tendria para engañar á Anselmo, sin ofender á Camila, y otro dia vino á comer con su amigo, y fué bien recibido de Camila, la cual le recibia y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer; levantaron los manteles, y Anselmo dijo á Lotario que se quedase allí con Camila en tanto que él iba á un negocio forzoso, que dentro de hora y media volveria. Rogóle Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció á hacerle compañía; mas nada aprovechó con Anselmo; antes importunó á Lotario que se quedase y le aguardase, porque tenia que tratar con él una cosa de mucha importancia. Dijo tambien á Camila, que no dejase solo á Lotario en tanto que él volviese. En efecto, él supo tan bien fingir la necesidad ó necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuése Anselmo, y quedaron solos á la mesa Camila y Lotario, porque

la demás gente de casa toda se habia ido á comer. Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un escuadron de caballeros armados. Mirad si era razon que le temiera Lotario; pero lo que hizo fué poner el codo sobre el brazo de la silla, y la mano abierta en la mejilla, y, pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dijo que queria reposar un poco, en tanto que Anselmo volvia. Camila le respondió, que mejor reposaria en el estrado que en la silla, y así le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el cual, como halló á Camila en su aposento, y á Lotario durmiendo, creyó que, como se habia tardado tanto, ya habrian tenido los dos lugar para hablar, y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase, para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura. Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y así le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario, que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y así no habia hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discrecion, y que este le habia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiéndola á que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa cuando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se trasforma en ángel de luz, siéndolo él de tinieblas, y, poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quién es, y sale con su intencion, si á los principios no es descubierto su engaño.

Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dijo que cada dia daria el mismo lugar, aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio. Sucedió, pues, que se pasaron muchos dias que, sin decir Lotario palabra á Camila, respondia á Anselmo que la hablaba, y jamás podia sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza; antes decia, que le amenazaba que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo habia de decir á su esposo. "Bien está, dijo Anselmo; hasta aquí ha resistido Camila á las palabras; es menester ver cómo resiste á las obras: yo os daré mañana dos mil escudos de oro, para que se los ofrezcais, y aun se los deis, y otros tantos para que compreis joyas con qué cebarla; que las mujeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas; y si ella resiste á esta tentacion, yo quedaré satisfecho, y no os daré mas pesadumbre." Lotario respondió, que ya que habia comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones, porque no sabia qué decirse para mentir de nuevo; pero, en efecto, determinó de decirle que Camila estaba tan entera á las dádivas y promesas como á las palabras, y que no habia para qué cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaba en balde. Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que, habiendo dejado Anselmo solos á Lotario y á Camila, como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo

mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que, en mas de media hora, Lotario no habló palabra á Camila, ni se la hablara si allí estuviera un siglo, y cayó en la cuenta de que, cuanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion y mentira; y para ver si esto era ansí, salió del aposento, y, llamando á Lotario aparte, le preguntó qué nuevas habia, y de qué temple estaba Camila. Lotario respondió, que no pensaba mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan áspera y desabridamente, que no tendria ánimo para volver á decirle cosa alguna. "¡Ah, dijo Anselmo, Lotario, Lotario, y cuán mal correspondes á lo que me debes, y á lo mucho que de tí confio! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender que aun las primeras le tienes por decir; y si esto es así, como sin duda lo es, ¿para qué me engañas, ó por qué quieres quitarme con tu industria los medios que yo podria hallar para conseguir mi deseo?" No dijo mas Anselmo; pero bastó lo que habia dicho para dejar corrido y confuso á Lotario, el cual, casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que, desde aquel momento, tomaba tan á su cargo el contentalle y no mentille, cual lo veria si con curiosidad lo espiaba: cuanto mas, que no seria menester usar de ninguna diligencia, porque, la que él pensaba poner en satisfacelle, le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo; y, para dalle comodidad mas segura y menos sobresaltada, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yéndose á la de un amigo suyo que estaba en una aldea, no lejos de la ciudad; con

el cual amigo concertó que le enviase á llamar con muchas veras, para tener ocasion con Camila de su partida. ¡ Desdichado y mal advertido de tí, Anselmo ! ¿ qué es lo que haces ? ¿ qué es lo que trazas ? ¿ qué es lo que ordenas ? Mira que haces contra tí mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila ; quieta y sosegadamente la posees ; nadie sobresalta tu gusto ; sus pensamientos no salen de las paredes de su casa ; tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo : pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿ para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro que toda venga abajo, pues, en fin, se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza ? Mira que, el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta, diciendo :

Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prision libertad,
en lo cerrado salida,
y en el traidor lealtad.
Pero mi suerte, de quien
jamás espero algun bien,
con el cielo ha estatuido
que, pues lo imposible pido,
lo posible aun no me den."

Fuése otro dia Anselmo á la aldea, dejando dicho á Camila que, el tiempo que él estuviese ausente, vendria

Lotario á mirar por su casa y á comer con ella, que tuviese cuidado de tratalle como á su misma persona. Afligióse Camila, como mujer discreta y honrada, de la órden que su marido le dejaba, y díjole, que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa ; y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabria gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por experiencia cómo para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hacer que bajar la cabeza y obedecelle. Camila dijo que ansí lo haria, aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y otro dia vino á su casa Lotario, donde fué recibido de Camila con amoroso y honesto acogimiento ; la cual jamás se puso en parte donde Lotario la viese á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, á quien ella mucho queria, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y, cuando se casó con Anselmo, la trujo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera cuando se levantaban los manteles y la gente se iba á comer con mucha priesa, porque así se lo tenia mandado Camila ; y aun tenia órden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamás se quitase ; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su señora ; antes los dejaba solos, como si aquello le hubieran mandado ; mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponia freno á la

lengua de Lotario; pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos, porque, si la lengua callaba, el pensamiento discurria y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar una estátua de mármol, no un corazon de carne. Mirábala Lotario en el lugar y espacio que habia de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada; y esta consideracion comenzó poco á poco á dar asalto á los respetos que á Anselmo tenia, y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, y irse donde jamás Anselmo le viese á él, ni él viese á Camila; mas ya le hacia impedimento y detenia el gusto que hallaba en mirarla. Hacíase fuerza, y peleaba consigo mismo, por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila: culpábase á solas de su desatino; llamábase mal amigo, y aun mal cristiano; hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir, que mas habia sido la locura y confianza de Anselmo que su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion que el ignorante marido le habia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra; y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en contínua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila, con tanta turbacion y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse

de donde estaba, y entrarse en su aposento sin respondelle palabra alguna: mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor; antes tuvo en mas á Camila; la cual, habiendo visto en Lotario lo que jamás pensara, no sabia qué hacerse; y, pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasion ni lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella misma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas razones:





CAPÍTULO XXXIV

DONDE SE PROSIGUE LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE

"Así como suele decirse que parece mal el ejército sin su general y el castillo sin su castellano, digo yo que parece muy peor la mujer casada y moza sin su marido, cuando justísimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que, si presto no venís, me habré de ir á entretener en casa de mis padres, aunque deje sin guarda la vuestra, porque la que me dejastes, si es que quedó con tal título, creo que mira mas por su gusto que por lo que á vos os toca; y pues sois discreto, no tengo mas que deciros, ni aun es bien que mas os diga."

ESTA carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba; y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió á Camila de palabra que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volveria con mucha

brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atrevia á estar en su casa, ni menos irse á la de sus padres; porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin, se resolvió en lo que le estuvo peor, que fué en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario por no dar qué decir á sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura que le hubiese movido á no guardalle el decoro que debia; pero, fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar mas cuenta á su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo; y aun andaba buscando manera cómo disculpar á Lotario con Anselmo cuando le preguntase la ocasion que le habia movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro dia escuchando á Lotario, el cual cargó la mano de manera, que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir á los ojos para que no diesen muestras de alguna amorosa compasion que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente, á él le pareció que era menester, en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco á aquella fortaleza, y así, acometió á su presuncion con las alabanzas de su hermosura, porque no hay cosa que mas presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas,

que la misma vanidad puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto, él, con toda diligencia, minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que, aunque Camila fuera toda de bronce, viniera al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dió al través con el recato de Camila, y vino á triunfar de lo que menos se pensaba y mas deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió ; pero ¿ qué mucho, si la amistad de Lotario no quedó en pié ? Ejemplo claro que nos muestra, que solo se vence la pasion amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretension de Anselmo, ni que él le habia dado lugar para llegar á aquel punto, por que no tuviese en menos su amor, y pensase que así, acaso y sin pensar, y no de propósito, la habia solicitado. Volvió de allí á pocos dias Anselmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en menos tenia y mas estimaba. Fuése luego á ver á Lotario, y hallóle en su casa ; abrazáronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida ó de su muerte. " Las nuevas que te podré dar, ¡ oh amigo Anselmo ! dijo Lotario, son, de que tienes una mujer que dignamente puede ser ejemplo y corona de todas las mujeres buenas : las palabras que le he dicho, se las ha llevado el aire ; los ofrecimientos se han tenido en poco ; las dádivas no se han admitido ; de algunas lágrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, así como Camila es cifra de toda belleza,

es archivo donde asiste la honestidad, y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada mujer. Vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo, sin haber tenido necesidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan bajas como son dádivas ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer mas pruebas de las hechas ; y, pues á pié enjuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas que de las mujeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navío que el cielo te dió en suerte para que en él pasases la mar deste mundo, sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las áncoras de la buena consideracion, y déjate estar hasta que te vengan á pedir la deuda, que no hay hidalguía humana que de pagarla se excuse." Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algun oráculo ; pero, con todo eso, le rogó que no dejase la empresa, aunque no fuese mas de por curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entonces ; y que solo queria que le escribiese algunos versos en su alabanza, debajo del nombre de *Clori*, porque él le daria á entender á Camila que andaba enamorado de una dama á quien le habia puesto aquel nombre, por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debia ; y que, cuando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haria. " No será menester eso, dijo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas,

que algunos ratos del año no me visiten: díle tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré, si no tan buenos como el sujeto merece, serán por lo menos los mejores que yo pudiere." Quedaron deste acuerdo el impertinente y el traidor amigo, y, vuelto Anselmo á su casa, preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado, que fué que le dijese la ocasion por qué le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondió, que le habia parecido que Lotario la miraba un poco mas desenvueltamente que cuando él estaba en casa; pero que ya estaba desengañada, y creia que habia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huia de vella y de estar con ella á solas. Díjole Anselmo, que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebraba debajo del nombre de *Clori*, y que, aunque no lo estuviera, no habia qué temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrambos; y, á no estar avisada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho á Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos; mas, por estar ya advertida, pasó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobremesa, rogó Anselmo á Lotario dijese alguna cosa de las que habia compuesto á su amada Clori, que, pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiese. "Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada; porque, cuando algun amante loa á su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningun oprobrio hace á su

buen crédito ; pero, sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto á la ingratitud desta Clori, que dice ansí :

SONETO

En el silencio de la noche, cuando
Ocupa el dulce sueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al cielo y á mi Clori dando.
Y al tiempo cuando el sol se va mostrando
Por las rosadas puertas orientales,
Con suspiros y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando.
Y cuando el sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envia,
El llanto crece y doblo los gemidos.
Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfía
Al cielo sordo, á Clori sin oidos."

Bien le pareció el soneto á Camila ; pero mejor á Anselmo, pues le alabó, y dijo que era demasiadamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondia. Á lo que dijo Camila : " Luego, todo aquello que los poetas enamorados dicen, ¿ es verdad ?—En cuanto poetas, no la dicen, respondió Lotario ; mas, en cuanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos.—No hay duda deso," replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario ; y así, con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que, si otro soneto ó otros versos sabia, los dijese.

" Sí sé, respondió Lotario ; pero no creo que es tan bueno como el primero, ó, por mejor decir, menos malo, y podréislo bien juzgar, pues es este :

SONETO

Yo sé que muero ; y si no soy creido,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto
Verme á tus piés, ¡ oh bella ingrata ! muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.
Podré yo verme en la region de olvido,
De vida y gloria y de favor desierto,
Y allí verse podrá en mi pecho abierto
Cómo tu rostro hermoso está esculpido.
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance que me amenaza mi porfía,
Que en tu mismo rigor se fortalece.
¡ Ay de aquel que navega, el cielo escuro,
Por mar no usado y peligrosa via,
Adonde norte ó puerto no se ofrece ! "

Tambien alabó este segundo soneto Anselmo, como habia hecho el primero, y desta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra ; pues, cuando mas Lotario le deshonraba, entonces le decia que estaba mas honrado ; y con esto, todos los escalones que Camila bajaba hácia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido hácia la cumbre de la virtud y de su buena fama. Sucedió en esto que, hallándose una vez, entre otras, sola Camila con su doncella, le dijo : " Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en cuán poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesion que le dí tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar mi presteza ó ligereza, sin que eche de ver la

fuerza que él me hizo para no poder resistirle.—No te dé pena eso, señora mia, respondió Leonela, que no está la monta ni es causa para menguar la estimacion darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno, y ello por sí digno de estimarse ; y aun suele decirse, que *el que luego da, da dos veces.*—Tambien se suele decir, dijo Camila, que *lo que cuesta poco, se estima en menos.*—No corre por tí esa razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela, y otras anda ; con éste corre, y con aquel va despacio ; á unos entibia, y á otros abrasa ; á unos hiere, y á otros mata ; en un mismo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mismo punto la acaba y concluye ; por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista ; y siendo así, ¿ de qué te espantas, ó de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros la ausencia de mi señor ? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuviese de volver, y con su presencia quedase imperfecta la obra, porque el amor no tiene otro mejor ministro, para ejecutar lo que desea, que es la ocasion : de la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto sé yo muy bien, mas de experiencia que de oidas, y algun dia te lo diré, señora, que yo tambien soy de carne y de sangre moza : cuanto mas, señora Camila, que no te entregaste ni diste tan luego que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes cuán

digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es ansí, no te asalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfaccion de que, ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima; y que no solo tiene las cuatro *ss* que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un A B C entero: si no, escúchame, y verás cómo te le digo de coro. Él es, segun yo veo, y á mí me parece, *agradecido, bueno, caballero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, onesto, principal, quantioso, rico,* y las *ss* que dicen, y luego *tácito, verdadero:* la *x* no le cuadra, porque es letra áspera; la *y* ya está dicha; la *z, zelador* de tu honra." Rióse Camila del A B C de su doncella, y túvola por mas plática en las cosas de amor que ella decia; y así lo confesó ella, descubriendo á Camila cómo trataba amores con un mancebo bien nacido de la misma ciudad, de lo cual se turbó Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla, si pasaban sus pláticas á mas que serlo. Ella, con poca vergüenza y mucha desenvoltura, le respondió que sí pasaban: porque es cosa ya cierta, que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las cuales, cuando ven á las amas echar traspiés, no se les da nada á ellas de cojear, ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila sino rogar á Leonela no dijese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, por que no viniesen á noticia de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haria; mas cumplióla de manera, que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella habia de

perder su crédito; porque la deshonesta y atrevida Leonela, despues que vió que el proceder de su ama no era el que solia, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que, aunque su señora le viese, no habia de osar descubrille: que este daño acarrean, entre otros, los pecados de las señoras, que se hacen esclavas de sus mismas criadas, y se obligan á encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila, que, aunque vió una y muchas veces que su Leonela estaba con su galan en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, mas dábale lugar á que lo encerrase, y quitábale todos los estorbos para que no fuese visto de su marido; pero no los pudo quitar que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba; el cual, sin conocer quién era, pensó primero que debia de ser alguna fantasma; mas, cuando le vió caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdicion de todos, si Camila no lo remediara. Pensó Lotario, que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo, no habia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo; solo creyó que Camila, de la misma manera que habia sido fácil y ligera con él, lo era para otro: que estas añadiduras trae consigo la maldad de la mujer mala, que pierde el crédito de su honra con el mismo á quien se entregó rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible crédito á cualquiera sospecha que desto le venga; y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues, sin hacer alguno que bueno fuese, ni aun razonable, sin

mas ni mas, antes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la zelosa rabia que las entrañas le roia, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le habia ofendido, se fué á Anselmo, y le dijo: "Sábete, Anselmo, que há muchos dias que he andado peleando conmigo mismo, haciéndome fuerza á no decirte lo que ya no es posible ni justo que mas te encubra: sábete que la fortaleza de Camila está ya rendida y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer della; y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme y ver si eran con propósito firme tratados los amores que, con tu licencia, con ella he comenzado: creí ansimismo que ella, si fuera la que debia y la que entrambos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero, habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado de que, cuando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recámara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad que allí le solia hablar Camila); y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aun cometido el pecado sino con pensamiento, y podria ser que deste, haste el tiempo de ponerle por obra, se mudase el de Camila, y naciese en su lugar el arrepentimiento: y así, ya que en todo ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te daré, para que, sin engaño y con medroso advertimiento, te satisfagas de aquello que mas vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos ó tres dias, como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que allí hay y otras cosas con que te puedas

encubrir te ofrecen mucha comodidad, y entonces verás por tus mismos ojos, y yo por los mios, lo que Camila quiere ; y si fuere la maldad, que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad y discrecion podrás ser el verdugo de tu agravio." Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaba oir, porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dijo : " Tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad ; en todo he de seguir tu consejo ; haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado." Prometióselo Lotario, y, en apartándose dél, se arrepintió totalmente de cuanto le habia dicho, viendo cuán neciamente habia andado, pues pudiera él vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonrado. Maldecia su entendimiento, afeaba su ligera determinacion, y no sabia qué medio tomarse para deshacer lo hecho ó para dalle alguna razonable salida. Al fin acordó de dar cuenta de todo á Camila ; y, como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola, y ella, así como vió que le podia hablar, le dijo : " Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de suerte que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace, pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia, tan á costa de mi crédito, cuanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir

á horas tan inusitadas de mi casa ; y lo que me fatiga es, que no la puedo castigar ni reñir ; que, el ser ella secretario de nuestros tratos, me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal suceso." Al principio que Camila esto decia, creyó Lotario que era artificio para desmentille que el hombre que habia visto salir era de Leonela, y no suyo ; pero, viéndola llorar y afligirse, y pedirle remedio, vino á creer la verdad, y, en creyéndola, acabó de estar confuso y arrepentido del todo ; pero, con todo esto, respondió á Camila que no tuviese pena, que él ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela : díjole asimismo lo que, instigado de la furiosa rabia de los zelos, habia dicho á Anselmo, y cómo estaba concertado de esconderse en la recámara, para ver desde allí, á la clara, la poca lealtad que ella le guardaba : pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto como su mal discurso le habia puesto. Espantada quedó Camila de oir lo que Lotario le decia, y con mucho enojo y muchas y discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento y la simple y mala determinacion que habia tenido ; pero, como naturalmente tiene la mujer ingenio presto para el bien y para el mal mas que el varon, puesto que le va faltando cuando de propósito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dijo á Lotario que procurase que otro dia se escondiese Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que, desde allí en adelante, los dos se gozasen sin sobresalto alguno ; y, sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado,

que en estando Anselmo escondido, él viniese cuando Leonela le llamase, y que, á cuanto ella le dijese, le respondiese como respondiera aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario que le acabase de declarar su intencion, por que con mas seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario. "Digo, dijo Camila, que no hay mas qué guardar, si no fuere responderme como yo os preguntare;" no queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y siguiese ó buscase otros que no podian ser tan buenos. Con esto se fué Lotario, y Anselmo otro dia, con la excusa de ir á aquella aldea de su amigo, se partió, y volvió á esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela. Escondido, pues, Anselmo, con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendria el que esperaba ver por sus ojos hacer notomía de las entrañas de su honra, íbase á pique de perder el sumo bien que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escondido, entraron en la recámara, y apenas hubo puesto los piés en ella Camila, cuando, dando un grande suspiro, dijo: "¡Ay, Leonela amiga! ¿no seria mejor que antes que llegase á poner en ejecucion lo que no quiero que sepas, por que no procures estorbarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido, y pasases con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razon que yo lleve la pena de la ajena culpa. Primero quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo como es el que me

ha descubierto, en desprecio de su amigo y en deshonra mia. Ponte, Leonela, á esa ventana, y llámale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle, esperando poner en efecto su mala intencion ; pero primero se pondrá la cruel cuanto honrada mia.—¡ Ay, señora mia ! respondió la sagaz y advertida Leonela ; y ¿ qué es lo que quieres hacer con esta daga ? ¿ quieres, por ventura, quitarte la vida, ó quitársela á Lotario ? que, cualquiera destas cosas que quieras, ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no des lugar que este mal hombre entre ahora en esta casa, y nos halle solas : mira, señora, que somos flacas mujeres, y él es hombre y determinado, y como viene con aquel mal propósito ciego y apasionado, quizá, antes que tú pongas en ejecucion el tuyo, hará él lo que te estaria mas mal que quitarte la vida. ¡ Mal haya mi señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar á este desuellacaras en su casa ! y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿ qué hemos de hacer dél despues de muerto ?—¿ Qué, amiga ? respondió Camila ; dejarémosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo." Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia se le mudaban los pensamientos ; mas, cuando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse por que tal cosa no se hiciese ; pero detúvole el deseo de ver en qué paraba tanta gallardía y honesta resolucion, con propósito de salir á tiempo que la estor-

base. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una cama que allí estaba, comenzó Leonela á llorar muy amargamente, y á decir: "¡Ay, desdichada de mí, si fuese tan sin ventura, que se me muriese aquí, entre mis brazos, la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el ejemplo de la castidad!" con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuviera por la mas lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí, dijo: "¿Por qué no vas, Leonela, á llamar al mas desleal amigo de amigo que vió el sol ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina; no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero.—Ya voy á llamarle, señora mia, dijo Leonela; mas hásme de dar primero esa daga, por que no hagas cosa, en tanto que falto, que dejes con ella qué llorar toda la vida á todos los que bien te quieren.—Ve segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila, porque, ya que sea atrevida y simple á tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la culpa de su desgracia: yo moriré, si muero, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia." Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliese á llamar á Lotario; pero, en fin, salió; y, entre tanto que volvia, quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: "¡Válame Dios! ¿no

fuera mas acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda; pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron: pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo), de que Camila, no solo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió á ofendelle; mas, con todo, creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo; pero ya se la apunté á dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que, el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé, debió de ser que, de puro bueno y confiado, no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber género de pensamiento que contra su honra fuese, ni aun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamás, si su insolencia no llegara á tanto que las manifiestas dádivas y las largas promesas y las contínuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas, ¿para qué hago yo ahora estos discursos? ¿tiene, por ventura, una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? no, por cierto. ¡Afuera pues traidores! ¡aquí, venganzas! entre el falso; venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el cielo me dió por mio, y limpia he de salir dél, y, cuando mucho, saldré bañada en mi casta sangre, y en la impura del mas falso amigo que vió la amistad en el mundo;" y diciendo esto, se paseaba por la sala con la daga desenvainada,

dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio, y que no era mujer delicada, sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo, cubierto detrás de unos tapices donde se habia escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecia que lo que habia visto y oido era bastante satisfaccion para mayores sospechas; y ya quisiera que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de algun mal repentino suceso; y, estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo, porque vió que Leonela volvia con Lotario de la mano; y, así como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della, le dijo: "Lotario, advierte lo que te digo: si á dicha te atrevieres á pasar desta raya que ves, ni aun llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo; y, antes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderás lo que mas te agradare. Lo primero, quiero, Lotario, que me digas si conoces á Anselmo, mi marido, y en qué opinion le tienes; y lo segundo, quiero saber tambien si me conoces á mí. Respóndeme á esto, y no te turbes ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto." No era tan ignorante Lotario que, desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder á Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y así, correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por mas que cierta verdad; y así respondió á Camila desta manera: "No pensé yo,

hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo: si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde mas lejos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deseado, cuanto la esperanza está mas cerca de poseello; pero, por que no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos de nuestros mas tiernos años; y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad, por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. Á tí te conozco y tengo en la misma posesion que él te tiene; que á no ser así, por menos prendas que las tuyas no habia yo de ir, contra lo que debo, á ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora, por tan poderoso enemigo como el amor, por mí rompidas y violadas.— Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿ con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar, para que vieras con cuán poca ocasion le agravias? Pero ya caigo, ¡ ay desdichada de mí! en la cuenta de quién te ha hecho tener tan poca con lo que á tí mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mujeres, que piensan que no tienen de quién recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no, dime: ¿ cuándo, ¡ oh traidor! respondí á tus ruegos con alguna palabra ó señal que pudiese despertar en tí alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿ cuándo

tus amorosas palabras no fueron deshechas y reprendidas de las mias con rigor y con aspereza ? ¿ cuándo tus muchas promesas y mayores dádivas fueron de mí creidas ni admitidas ? Pero, por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu impertinencia, pues sin duda algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y así, quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece : y por que vieses que, siendo conmigo tan inhumana, no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí tambien con el poco recato que he tenido del huir la ocasion, si alguna te dí, para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir que la sospecha que tengo, que algun descuido mio engendró en tí tan desvariados pensamientos, es la que mas me fatiga, y la que yo mas deseo castigar con mis propias manos, porque, castigándome otro verdugo, quizá seria mas pública mi culpa ; pero, antes que esto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá, donde quiera que fuere, la pena que da la justicia desinteresada, y que no se dobla al que en términos tan desesperados me ha puesto." Y diciendo estas razones, con una increible fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que casi él estuvo en duda si aquellas demostraciones eran falsas ó verdaderas, porque le fué forzoso valerse de su in-

dustria y de su fuerza para estorbar que Camila no le diese; la cual tan vivamente fingia aquel extraño embuste y falsedad, que, por dalle color de verdad, la quiso matizar con su misma sangre; porque, viendo que no podia herir á Lotario, ó fingiendo que no podia, dijo: "Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, á lo menos no será tan poderosa que en parte me quite que no le satisfaga;" y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga que Lotario la tenia asida, la sacó, y, guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por mas arriba de la islilla del lado izquierdo, junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo, como desmayada. Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza, despavorido y sin aliento, á sacar la daga, y en ver la pequeña herida salió del temor que hasta entonces tenia, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila; y, por acudir con lo que á él le tocaba, comenzó á hacer una larga y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no solo á él, sino al que habia sido causa de habelle puesto en aquel término; y, como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas que, el que le oyera, le tuviera mucha mas lástima que á Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quién secretamente á Camila curase; pedíale asimismo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora, si

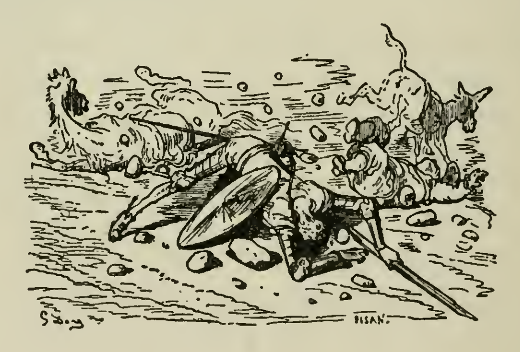
acaso viniese antes que estuviese sana. Él respondió que dijesen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese: solo le dijo que procurase tomarle la sangre, porque él se iba adonde gentes no le viesen; y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y cuando se vió solo, y en parte donde nadie le veia, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba cuán enterado habia de quedar Anselmo de que tenia por mujer á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad mas disimulada que jamás pudiera imaginarse. Leonela tomó, como se ha dicho, la sangre á su señora, que no era mas de aquello que bastó para acreditar su embuste, y, lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que, aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le habia faltado al tiempo que fuera mas necesario tenerle para quitarse la vida que tan aborrecida tenia. Pedia consejo á su doncella, si diria ó no todo aquel suceso á su querido esposo, la cual le dijo que no se lo dijese, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo cual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena mujer estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que riñese, sino á quitalle todas aquellas que le fuese posible. Respondió Camila que le parecia muy bien su parecer, y que ella le siguiria; pero que, en todo caso, convenia buscar qué decir á Anselmo de la causa



Luego se dejó caer en el suelo, como desmayada

de aquella herida, que él no podia dejar de ver; á lo que Leonela respondia que ella, ni aun burlando, no sabia mentir. "Pues yo, hermana, replicó Camila, ¿qué tengo de saber? que no me atreveré á forjar ni sustentar una mentira si me fuese en ello la vida. Y, si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta.—No tengas pena, señora: de aquí á mañana, respondió Leonela, yo pensaré qué le digamos; y quizá que, por ser la herida donde es, se podrá encubrir sin que él la vea, y el cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiégate, señora mia, y procura sosegar tu alteracion, por que mi señor no te halle sobresaltada; y lo demás déjalo á mi cargo y al de Dios, que siempre acude á los buenos deseos." Atentísimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra; la cual, con tan extraños y eficaces afectos la representaron los personajes della, que pareció que se habian trasformado en la misma verdad de lo que fingian. Deseaba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa y ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese, y él sin perdella salió, y luego fué á buscar á Lotario, el cual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dijo, las alabanzas que dió á Camila: todo lo cual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba á la memoria cuán engañado estaba su amigo, y cuán injustamente él le agraviaba;

y aunque Anselmo veia que Lotario no se alegraba, creia ya ser la causa por haber dejado á Camila herida, y haber él sido la causa; y así, entre otras razones, le dijo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrírsela á él, y que, segun esto, no habia de qué temer, sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veia levantado á la mas alta felicidad que acertara desearse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos que en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dijo que él por su parte ayudaria á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama: recebíale Camila, con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que, al cabo de pocos meses, volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad con tanto artificio hasta allí encubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad."





CAPÍTULO XXXV

QUE TRATA DE LA BRAVA Y DESCOMUNAL BATALLA QUE DON QUIJOTE TUVO CON UNOS CUEROS DE VINO TINTO, Y SE DA FIN Á LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE

Poco mas quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchon donde reposaba Don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: "Acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: ¡vive Dios, que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen, como si fuera un nabo!—¿Qué dices, hermano? dijo el cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba; ¿estais en vos, Sancho? ¿cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí?" En

esto, oyeron un gran ruido en el aposento, y que Don Quijote decia á voces: "¡Tente, ladron, malandrin, follon, que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra!" y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes; y dijo Sancho: "No tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto, y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida; que yo ví correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caida á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.—Que me maten, dijo á esta sazon el ventero, si Don Quijote ó Don Diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre:" y con esto, entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron á Don Quijote en el mas extraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenia seis dedos menos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias; tenia en la cabeza un bonetillo colorado, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama, con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabia bien el por qué, y en la derecha, desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante: y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya

habia llegado al reino de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo, y habia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino ; lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con Don Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que, si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante : y con todo aquello, no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trujo un gran caldero de agua fria del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó Don Quijote, mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuán corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y, como no la hallaba, dijo : " Ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamento ; que la otra vez, en este mesmo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que ví cortar por mis mesmos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente.—¿ Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus Santos ? dijo el ventero ; ¿ no ves, ladron, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que náda en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó ?—No sé nada, respondió Sancho ; solo sé que vendré á ser tan desdichado, que, por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado, como la sal en el agua." Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo :

tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no habia de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el cura de las manos á Don Quijote, el cual, creyendo que ya habia acabado la aventura y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura diciendo: "Bien puede la vuestra grandeza, alta y fermosa señora, vivir de hoy mas segura, sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo tambien, de hoy mas, soy quito de la palabra que os dí, pues con ayuda del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tambien la he cumplido.—¿No lo dije yo? dijo oyendo esto Sancho; sí, que no estaba yo borracho; mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante; ciertos son los toros, mi condado está de molde." ¡Quién no habia de reir con los disparates de los dos, amo y mozo! Todos reian, si no el ventero, que se daba á Satanás; pero, en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que, con no poco trabajo, dieron con Don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido, con muestras de grandísimo cansancio. Dejáronle dormir, y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque mas tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la ventera decia en voz y en grito: "En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero

andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta: la vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala aventura le dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo, y que, por esto, no estaba obligado á pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca; y ahora, por su respeto, vino estotro señor y me llevó mi cola, y hámela vuelto con mas de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y, por fin y remate de todo, romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre: pues no se piense, que por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy." Estas y otras razones tales decia la ventera, con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreia. El cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza, diciéndole que, cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia, en viéndose pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la princesa que tuviese por cierto que él habia visto la cabeza del gigante, y que, por mas señas, tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia era porque, todo cuanto en aquella casa pasaba, era

por via de encantamento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dijo que así lo creia, y que no tuviese pena, que todo se haria bien y sucederia á pedir de boca. Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela, porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demás le rogaron la acabase: él, que á todos quiso dar gusto, y por el que él tenia de leerla, prosiguió el cuento, que así decia:

"Sucedió pues, que, por la satisfaccion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta y descuidada, y Camila, de industria, hacia mal rostro á Lotario, por que Anselmo entendiese al revés de la voluntad que le tenia; y, para mas confirmacion de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recebia; mas el engañado Anselmo le dijo que en ninguna manera tal hiciese; y desta manera, por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto, el gozo que tenia Leonela de verse calificada en sus amores, llegó á tanto, que, sin mirar á otra cosa, se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco rezelo pudiese ponerle en ejecucion. En fin, una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y, queriendo entrar á ver quién los daba, sintió que le detenian la puerta, cosa que le puso mas voluntad de abrirla; y tanta fuerza hizo, que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle; y, acudiendo con presteza á alcanzarle ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él, diciéndole;

" Sosiégate, señor mio, y no te alborotes ni sigas al que de aquí saltó : es cosa mia, y tanto, que es mi esposo." No lo quiso creer Anselmo ; antes, ciego de enojo, sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciéndole que le dijese la verdad ; si no, que la mataria. Ella, con el miedo, sin saber lo que se decia, le dijo : " No me mates, señor, que yo te diré cosas de mas importancia de las que puedes imaginar.—Dílas luego, dijo Anselmo ; si no, muerta eres.—Por ahora será imposible, dijo Leonela, segun estoy de turbada ; déjame hasta mañana, que entonces sabrás de mí lo que te ha de admirar ; y está seguro, que el que saltó por esta ventana es un mancebo de esta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo." Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedia, porque no pensaba oir cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro, y así se salió del aposento, y dejó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldria hasta que le dijese lo que tenia que decirle. Fué luego á ver á Camila, y á decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila ó no, no hay para qué decirlo, porque fué tanto el temor y espanto que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salia falsa ó no ; y aquella misma noche, cuando le pareció que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los

dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion en que Camila puso á Lotario fué tal, que no le sabia responder palabra, ni menos sabia resolverse en lo que haria. En fin, acordó de llevar á Camila á un monasterio en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia la llevó Lotario y la dejó en el monasterio, y él ansimismo se ausentó luego de la ciudad sin dar parte á nadie de su ausencia. Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó, y fué adonde la habia dejado encerrada. Abrió, y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela; solo halló puestas unas sábanas añudadas á la ventana, indicio y señal que por allí se habia descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decírselo á Camila, y, no hallándola en la cama ni en toda la casa, quedó asombrado. Preguntó á los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razon de lo que pedia. Acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vió sus cofres abiertos, y que dellos faltaban las mas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura; y ansí como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas cuando no le halló, y sus criados le dijeron que aquella noche habia faltado de casa, y habia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensó perder el juicio; y, para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa, no halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenia, sino la casa desierta y sola. No sabia qué pensar, qué decir ni qué hacer, y poco á poco se le iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábase en un instante sin mujer, sin amigo y sin criados,

desamparado á su parecer del cielo que le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion. Resolvióse, en fin, á cabo de una gran pieza, de irse á la aldea de su amigo, donde habia estado cuando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino; y, apenas hubo andado la mitad, cuando, acosado de sus pensamientos, le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dejó caer, dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta casi que anochecia, y aquella hora vió que venia un hombre á caballo, de la ciudad, y, despues de haberle saludado, le preguntó qué nuevas habia en Florencia. El ciudadano respondió: "Las mas extrañas que muchos dias há se han oido en ella, porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo, el rico, que vivia á San Juan, se llevó esta noche á Camila, mujer de Anselmo, el cual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto, no sé puntualmente cómo pasó el negocio; solo sé que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban *los dos amigos*.—¿ Sábese, por ventura, dijo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? —Ni por pienso, dijo el ciudadano, puesto que el gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. —Á Dios vais, señor, dijo Anselmo.—Con él quedeis," respondió el ciudadano; y fuése.

Con tan desdichadas nuevas, casi casi llegó á términos Anselmo, no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á

casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia ; mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir. Hízose así, y dejáronle acostado y solo, porque él así lo quiso, y aun que le cerrasen las puertas. Viéndose pues solo, comenzó á cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conoció, por las premisas mortales que en sí sentia, que se le iba acabando la vida, y así ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte : y comenzando á escribir, antes que acabase de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion, y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aun la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él, habiéndole llamado primero, y trabándole por la mano, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida, y finalmente, leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el cual contenia estas razones :

"Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren á los oidos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiciese ; y, pues yo fuí el fabricador de mi deshonra, no hay para qué...."

Hasta aquí escribió Anselmo ; por donde se echó de ver que en aquel punto, sin poder acabar la razon,

se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales ya sabian su desgracia, y el monasterio donde Camila estaba casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo, Dícese que, aunque se vió viuda, no quiso salir del monasterio, ni menos hacer profesion de monja, hasta que (no de allí á muchos dias) le vinieron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdova, en el reino de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo cual, sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.—

Bien, dijo el cura, me parece esta novela, pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan y una dama, pudiérase llevar; pero, entre marido y mujer, algo tiene de imposible; y, en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta."





CAPÍTULO XXXVI

QUE TRATA DE OTROS RAROS SUCESOS QUE EN LA VENTA SUCEDIERON

ESTANDO en esto, el ventero, que estaba á la puerta de la venta, dijo: "Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí, *gaudeamus* tenemos.—¿Qué gente es? dijo Cardenio.—Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la gineta, con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una mujer, vestida de blanco, en un sillon, ansimesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pié.—¿Vienen muy cerca? preguntó el cura.—Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan." Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quijote, y casi no habian tenido lugar para esto, cuando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho; y, apeándose los cuatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron á apear la mujer que

en el sillon venia, y tomándola uno de ellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo, ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna; solo que, al sentarse la mujer en la silla, dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada: los mozos de á pié llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el cura, deseoso de saber qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y á uno de ellos le preguntó lo que ya deseaba, el cual le respondió: "¡Pardiez, señor! yo no sabré deciros qué gente sea esta: solo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto; y esto dígolo, porque todos los demás le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de la que él ordena y manda.—Y la señora, ¿quién es? preguntó el cura.—Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno de ellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no há mas de dos dias que los acompañamos, porque, habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien.—Y ¿habeis oido nombrar á alguno dellos? preguntó el cura.—No, por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos

mueven á lástima, y sin duda tenemos creido que ella va forzada donde quiera que va ; y, segun se puede colegir por su hábito, ella es monja, ó va á serlo, que es lo mas cierto ; y, quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío, va triste, como parece.—Todo podria ser," dijo el cura ; y, dejándolos, se volvió adonde estaba Dorotea, la cual, como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion se llegó á ella, y le dijo : " ¿ Qué mal sentís, señora mia ? mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros." Á todo esto callaba la lastimada señora ; y, aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado, que dijo el mozo que los demás obedecian, y dijo á Dorotea : " No os canseis, señora, en ofrecer nada á esa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda, si no quereis oir alguna mentira de su boca.—Jamás la dije, dijo á esta sazon la que hasta allí habia estado callando ; antes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura ; y desto, vos mismo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso." Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de Don Quijote estaba en medio ; y, así como las oyó, dando una gran voz, dijo : " ¡ Válgame Dios ! ¿ qué es esto que oigo ? ¿ qué voz es esta que ha llegado á mis oidos ? " Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora, toda sobresaltada. y no viendo quién los daba, se levantó en pié,

y fuése á entrar en el aposento, lo cual visto por el caballero, la detuvo, sin dejarla mover un paso. Á ella, con la turbacion y desasosiego, se le cayó el tafetan con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco, que parecia persona fuera de juicio, cuyas señales, sin saber por qué las hacia, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y, por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo, que se le caia, como en efecto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que, el que abrazada ansimismo la tenia, era su esposo Don Fernando; y apenas le hubo conocido cuando, arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo ¡ay! se dejó caer de espaldas, desmayada; y á no hallarse allí junto el barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el cura á quitarle el embozo, para echarle agua en el rostro, y, así como la descubrió, la conoció Don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no porque dejase con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual habia conocido en el suspiro á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyó asimismo Cardenio el ¡ay! que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento, despavorido, y lo primero que vió fué á Don Fernando, que tenia abrazada á Luscinda. Tambien Don Fernando cono-

ció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos, y mirábanse todos: Dorotea á Don Fernando, Don Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio. Mas, quien primero rompió el silencio, fué Luscinda, hablando á Don Fernando desta manera: "Dejadme, señor Don Fernando, por lo que debeis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagais; dejadme llegar al muro de quien yo soy hiedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas ni vuestras dádivas: notad cómo el cielo, por desusados y á nosotros encubiertos caminos, me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabeis, por mil costosas experiencias, que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria: sean, pues, parte tan claros desengaños para que volvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida; que, como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá, con mi muerte, quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida." Habia en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y habia estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quién ella era; y viendo que Don Fernando aun no la dejaba de sus brazos, ni respondia á sus razones, esforzándose lo mas que pudo se levantó, y se fué á hincar de rodillas á sus piés, y, derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó á decir:

"Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que

en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que, la que á tus piés está arrodillada, es la sin ventura hasta que tú quieras, y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quien tú, por tu bondad ó por tu gusto, quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya: soy la que, encerrada en los límites de la honestidad, vivió vida contenta hasta que, á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato, y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de tí tan mal agradecida, cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á tí de la manera que te veo. Pero, con todo esto, no querria que cayese en tu imaginacion pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traido solo los del dolor y sentimiento de verme de tí olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera que, aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dejes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa, á la hermosura y nobleza por quien me dejas, la incomparable voluntad que te tengo: tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y mas fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que aborrece á que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste á mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad; no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño; y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme ventu-

rosa en los fines, como me hiciste en los principios? Y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quiéreme á lo menos y admíteme por tu esclava; que, como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas, con dejarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos en mi deshonra: no des tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que, como buenos vasallos, á los tuyos siempre han hecho; y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que, la que se toma de las mujeres, no es la que hace al caso en las ilustres descendencias: cuanto mas, que la verdadera nobleza consiste en la virtud; y si esta á tí te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con mas ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo es que, quieras ó no quieras, yo soy tu esposa; testigos son tus palabras, que no han ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello por que me desprecias; testigo será la firma que hiciste, y testigo el cielo, á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias; y, cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos." Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea, con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á Don Fernando, y cuantos presentes estaban, la acompañaron en ellas. Escuchóla Don Fernando, sin replicalle palabra, hasta que ella dió fin á las suyas y principio á tantos sollozos y

suspiros, que bien habia de ser corazon de bronce el que, con muestras de tanto dolor, no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinda, no menos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion y hermosura; y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de Don Fernando, que apretada la tenian; el cual, lleno de confusion y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dejando libre á Luscinda, dijo: "Venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas." Con el desmayo que Luscinda habia tenido, así como la dejó Don Fernando iba á caer en el suelo; mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de Don Fernando se habia puesto por que no le conociese, pospuesto todo temor y aventurado á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y, cogiéndola entre sus brazos, le dijo: "Si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás mas seguro que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron, cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia." Á estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido, y sin tener cuenta á ningun honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y, juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo: "Vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra cautiva, aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta." Extraño espec-

táculo fué este para Don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea que Don Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada, y, así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dejaba mover, y, sin cesar un punto de sus lágrimas, le decia: "¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus piés á tu esposa, y, la que quieres que lo sea, está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar á igualar á tí mismo á la que, pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño, no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan, sin impedimento tuyo, todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon que el apetito." En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de Don Fernando, con determinacion de que si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender como mejor pudiese á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida; pero á esta sazon acudieron los

amigos de Don Fernando, y el cura y el barbero, que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á Don Fernando suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedase defraudada de sus tan justas esperanzas; que considerase que no acaso, como parecia, sino con particular providencia del cielo, se habian todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba; y que advirtiese, dijo el cura, que sola la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio, y, aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte, y que en los casos inremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que, por sola su voluntad, los dos gozasen el bien que el cielo ya les habia concedido; que pusiese los ojos ansimismo en la beldad de Dorotea, y veria que pocas ó ninguna se podian igualar, cuanto mas hacerle ventaja, y que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia; y sobre todo, advirtiese que, si se preciaba de caballero y de cristiano, no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que, cumpliéndosela, cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza sin nota de menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo; y cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efecto,

á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de Don Fernando, en fin, como alimentado con ilustre sangre, se ablandó, y se dejó vencer de la verdad que él no pudiera negar, aunque quisiera; y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto, fué abajarse y abrazar á Dorotea, diciéndole: "Levantaos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis piés la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por órden del cielo, para que, viendo yo en vos la fe con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis: lo que os ruego es, que no me reprendais mi mal término y mi mucho descuido, pues la misma ocasion y fuerza que me movió para acetaros por mia, esta misma me impelió para procurar no ser vuestro; y que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallareis disculpa de todos mis yerros; y, pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo, de rodillas, rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea;" y diciendo esto, la tornó á abrazar y juntar su rostro con el suyo, con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ajeno, que no parecia sino que algun grave y mal caso á todos habia sucedido: hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dijo que no



Luscinda se vió en su poder, perdió todos los sentidos

lloraba él sino por ver que Dorotea no era, como él pensaba, la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos, y luego, Cardenio y Luscinda se fueron á poner de rodillas ante Don Fernando, dándole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que Don Fernando no sabia qué responderles, y así, los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía. Preguntó luego á Dorotea le dijese cómo habia venido á aquel lugar tan lejos del suyo. Ella, con breves y discretas razones, contó todo lo que antes habia contado á Cardenio ; de lo cual gustó tanto Don Fernando, y los que con él venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo : tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras ; y así como hubo acabado, dijo Don Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio, y no poderlo ser suya : dijo que la quiso matar, y lo hiciera si de sus padres no fuera impedido, y que así se salió de su casa despechado y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad ; y que otro dia supo cómo Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir dónde se habia ido ; y que, en resolucion, al cabo de algunos meses vino á saber cómo estaba en un monasterio, con voluntad de quedarse en él toda la vida si no la pudiese pasar con Cardenio ; y que, así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, á la cual no habia querido hablar, temeroso que, en sabiendo que él estaba allí, habia de haber mas guarda en el monasterio ; y así,

aguardando un dia á que la portería estuviese abierta, dejó á los dos á la guarda de la puerta, y él, con otro, habian entrado en el monasterio buscando á Luscinda, la cual hallaron en el cláustro, hablando con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habian venido con ella á un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella: todo lo cual habian podido hacer bien á su salvo, por estar el monasterio en el campo, buen trecho fuera del pueblo. Dijo que, así como Luscinda se vió en su poder, perdió todos los sentidos, y que, despues de vuelta en sí, no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna; y que así, acompañados de silencio y de lágrimas, habian llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.





CAPÍTULO XXXVII

DONDE SE PROSIGUE LA HISTORIA DE LA FAMOSA INFANTA MICOMICONA, CON OTRAS GRACIOSAS AVENTURAS

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desparecian é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en Don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto, bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseia ; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma ; y finalmente, cuantos en la venta estaban, estaban

contentos y gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el cura, como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero, quien mas jubilaba y se contentaba, era la ventera, por la promesa que Cardenio y el cura le habian hecho de pagalle todos los daños é intereses que por cuenta de Don Quijote le hubiesen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afiigido, el desventurado y el triste; y así, con malencónico semblante, entró á su amo, el cual acababa de despertar, á quien dijo: "Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere, sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la princesa su reino, que ya todo está hecho y concluido.—Eso creo yo bien, respondió Don Quijote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de un revés, ¡zas! le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrian por la tierra, como si fueran de agua.—¡Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor! respondió Sancho; porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre, seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanás.—Y ¿qué es lo que dices, loco? replicó Don Quijote; ¿estás en tu seso?—Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos qué pagar, y verá á la reina convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos que, si cae en ellos, le han de admirar.—No me maravillaria

de nada deso, replicó Don Quijote; porque, si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo cuanto aquí sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que ahora fuese lo mismo.—Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dese jaez; mas no lo fué, sino real y verdaderamente; y ví yo que, el ventero que aquí está hoy dia, tenia del un cabo de la manta, y me empujaba hácia el cielo con mucho donaire y brio, y con tanta risa como fuerza; y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura.—Ahora bien, Dios lo remediará, dijo Don Quijote; dame de vestir, y déjame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y trasformaciones que dices." Dióle de vestir Sancho, y, en el entretanto que se vestia, contó el cura á Don Fernando y á los demás que allí estaban las locuras de Don Quijote, y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles, lo que á todos parecia ser, el mas extraño género de locura que podia caber en pensamiento disparatado. Dijo mas el cura, que, pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedia pasar con su disignio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haria y representaria suficientemente la persona de Dorotea. "No, dijo Don Fernando, no ha de ser así; que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que, como

no sea muy lejos de aquí el lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio.—No está mas de dos jornadas de aquí.—Pues, aunque estuviera mas, gustara yo de caminallas á trueco de hacer tan buena obra." Salió en esto Don Quijote, armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela, y arrimado á su tronco ó lanzon. Suspendió á Don Fernando y á los demás la extraña presencia de Don Quijote, viendo su rostro, de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuvieron callando hasta ver lo que él decia, el cual, con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo :

" Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro sér se ha deshecho, porque, de reina y gran señora que solíades ser, os habeis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por órden del rey nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe de la misa media, y que fué poco versado en las historias caballerescas ; porque, si él las hubiera leido y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara á cada paso cómo otros caballeros de menor fama que la mia habian acabado cosas mas dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no há muchas horas que yo me ví con él, y.... quiero callar, por que no me digan que miento ; pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá cuando menos lo pensemos.—Vístesos vos con dos cueros, que no con un gigante," dijo á esta sazon el ventero, al cual mandó

Don Fernando que callase, y no interrumpiese la plática de Don Quijote en ninguna manera; y Don Quijote prosiguió, diciendo: "Digo, en fin, alta y desheredada señora, que si, por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual, poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias." No dijo mas Don Quijote, y esperó á que la princesa le respondiese; la cual, como ya sabia la determinacion de Don Fernando, de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á Don Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió: "Quien quiera que os dijo, valeroso caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi sér, no os dijo lo cierto, porque, la misma que ayer fuí, me soy hoy: verdad es, que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la que antes, y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso é invencible brazo, que siempre he tenido. Así que, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que, si por vos, señor, no fuera, jamás acertara á tener la ventura que tengo; y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos della los mas destos señores que están presentes: lo que resta es, que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se

podrá hacer poca jornada; y, en lo demás del buen suceso que espero, lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho." Esto dijo la discreta Dorotea; y, en oyéndolo Don Quijote, se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo, le dijo: "Ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: dime, ladron vagamundo, ¿no me acabaste de decir ahora que esta princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante era la puta que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamás he estado en todos los dias de mi vida? ¡Voto.... (y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en tí, que ponga sal en la mollera á todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes, de aquí adelante, en el mundo!—Vuestra merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la señora princesa Micomicona; pero, en lo que toca á la cabeza del gigante, ó á lo menos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, ¡vive Dios! porque los cueros allí están heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y si no, al freir de los huevos lo verá; quiero decir, que lo verá cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demás, de que la señora reina se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte como á cada hijo de vecino.—Ahora yo te digo, Sancho, dijo Don Quijote, que eres un mentecato, y perdóname, y basta.—Basta, dijo Don Fernando, y no se hable mas en esto; y, pues la

señora princesa dice que se camine mañana, porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al señor Don Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva.—Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros, respondió Don Quijote; y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinion que de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun mas, si mas costarme puede." Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre Don Quijote y Don Fernando; pero á todo puso silencio un pasajero que en aquella sazon entró en la venta, el cual, en su traje, mostraba ser cristiano recien venido de tierra de moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello; los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete de la misma color; traia unos borceguíes datilados, y un alfanje morisco puesto en un tahalí, que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él, encima de un jumento, una mujer á la morisca vestida, cubierto el rostro con una toca en la cabeza; traia un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa que desde los hombros á los piés la cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco mas de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes, y la barba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su apostura que, si estuviera bien vestido, le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió en entrando un aposento, y como le dijeron que en la venta no le habia, mostró recibir

pesadumbre ; y, llegándose á la que en el traje parecia mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritornes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto traje, rodearon á la mora ; y Dorotea, que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que, así ella como el que la traia, se congojaban por la falta del aposento, le dijo : "No os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aquí falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas ; pero, con todo esto, si gustáredes de posar con nosotras (señalando á Luscinda), quizá en el discurso deste camino habreis hallado otros no tan buenos acogimientos." No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia, y, puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debia de ser mora, y que no sabia hablar cristiano. Llegó en esto el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces habia estado, y viendo que todas tenian cercada á la que con él venia, y que ella á cuanto le decian callaba, dijo : "Señoras mias, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme á su tierra, y por esto no debe de haber respondido ni responde á lo que se le ha preguntado.—No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere, con la voluntad que obliga á servir á todos los extranjeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo mujer á quien se sirve.—Por ella y por mí, respondió el cautivo, os beso,

señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande.—Decidme, señor, dijo Dorotea; esta señora ¿es cristiana ó mora? porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querríamos que fuese.—Mora es en el traje y en el cuerpo; pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo.—Luego ¿no es bautizada? replicó Luscinda.—No ha habido lugar para ello, respondió el cautivo, despues que salió de Argel, su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase á bautizalla, sin que supiese primero todas las ceremonias que Nuestra Madre la Santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su hábito y el mio." Con estas razones puso gana en todos los que escuchándole estaban de saber quién fuese la mora y el cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entonces, por ver que aquella sazon era mas para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano, y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al cautivo, como si le preguntara le dijese lo que decian, y lo que ella haria. Él, en lengua arábiga, le dijo que le pedian se quitase el embozo, y que lo hiciese; y así, se lo quitó, y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por mas hermosa que á Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que á Dorotea, y todos los circunstantes conocieron que, si alguno se podria igualar al de las dos, era el de la mora, y aun hubo algunos que le

aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir y acariciar á la hermosa mora. Preguntó Don Fernando al cautivo cómo se llamaba la mora, el cual respondió que *Lela Zoraida;* y, así como esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al cristiano, y dijo con mucha priesa, llena de congoja y donaire: "No, no Zoraida; María, María," dando á entender que se llamaba *María,* y no *Zoraida.* Estas palabras, y el grande afecto con que la mora las dijo, hicieron derramar mas de una lágrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor, diciéndole: "Sí, sí, María, María;" á lo cual respondió la mora: "Sí, sí, María; Zoraida *macange,*" que quiere decir *no.* Ya en esto llegaba la noche, y, por órden de los que venian con Don Fernando, habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué posible. Llegada, pues, la hora, sentáronse todos á una larga mesa, como de tinelo, porque no la habia redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á Don Quijote, el cual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su aguardador. Luego se sentaron Luscinda y Zoraida, y frontero dellas Don Fernando y Cardenio, y luego el cautivo y los demás caballeros, y, al lado de las señoras, el cura y el barbero; y así, cenaron con mucho contento, y acrecentóseles mas viendo que, dejando de comer Don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir:

"Verdaderamente, si bien se considera, señores mios, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la órden de la andante caballería. Si no, ¿ cuál de los vivientes habrá en el mundo, que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos ? ¿ Quién podrá decir que esta señora que está á mi lado es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la Fama ? Ahora no hay qué dudar, sino que esta arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto mas se ha de tener en estima, cuanto á mas peligros está sujeto. Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen ; porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas de buenas fuerzas ; ó como si, en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento ; ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército, ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues ansí, que las armas requieren

espíritu como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero, trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que, á un fin tan sin fin como este, ninguno otro se le puede igualar), hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin, por cierto, generoso, y alto y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida; y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo, y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro dia, cuando cantaron en los aires: *Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad:* y la salutacion que el mejor Maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles que, cuando entrasen en alguna casa, dijesen: *Paz sea en esta casa;* y otras muchas veces les dijo: *Mi paz os doy, mi paz os dejo; paz sea con vosotros;* bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano; joya que, sin ella, en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas que guerra. Prosupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del

profesor de las armas, y véase cuáles son mayores." De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática Don Quijote, que obligó á que, por entonces, ninguno de los que escuchándole estaban le tuviesen por loco; antes, como todos los mas eran caballeros, á quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió, diciendo: "Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente, pobreza; no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser; y, en haber dicho que padece pobreza, me parece que no habia qué decir mas de su malaventura; porque, quien es pobre, no tiene cosa buena: esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero, con todo eso, no es tanta que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman *andar á la sopa*, y no les falta algun ajeno brasero ó chimenea que, si no calienta, á lo menos entibie su frio, y, en fin, la noche duermen muy bien debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alcanzado, á muchos hemos visto que, habiendo pasado por estas sirtes, y por estas *Scylas* y *Caribdis*, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde

una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y, su dormir en una estera, en reposar en holandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero, contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré."





CAPÍTULO XXXVIII

QUE TRATA DEL CURIOSO DISCURSO QUE HIZO DON QUIJOTE DE LAS ARMAS Y LAS LETRAS

PROSIGUIENDO Don Quijote, dijo: "Pues, comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y veremos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza; porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frio, contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama

que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los piés que quisiere, y revolverse en ella á su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese, pues, á todo esto, el dia y la hora de recibir el grado de su ejercicio; lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas, para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna; y, cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vénse raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello, cuán menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella. Sin duda habeis de responder, que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque, de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en qué entretenerse; así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder, que es mas fácil premiar á dos mil letrados que á treinta mil soldados; porque á aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia

de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega; y entre las que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. Á esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios; y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas; y es razon averiguada, que aquello que mas cuesta se estima y debe de estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas, llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que á el estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. Y ¿qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que, hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos están minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca la amenaza? Solo lo que puede hacer, es dar noticia á su capitan de lo

que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo y esperando cuándo improvisamente ha de subir á las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y, si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales, enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos piés de tabla del espolon, y, con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los piés iria á visitar los profundos senos de Neptuno, y, con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario; y, lo que mas es de admirar, que apenas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. ¡Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor, tengo para mí, que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que, sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada

bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos! Y así, considerando esto, estoy por decir, que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante, en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque, aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavía me pone rezelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos." Todo este largo preámbulo dijo Don Quijote, en tanto que los demás cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza que cenase, que despues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian, sobrevino nueva lástima, de ver que, hombre que al parecer tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienta caballería. El cura le dijo, que tenia mucha razon en todo cuanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y, en tanto que la ventera, su hija y Maritornes aderezaban el camaranchon de Don Quijote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mujeres solas en él se

recogiesen, Don Fernando rogó al cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podria ser sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar viniendo en compañía de Zoraida: á lo cual respondió el cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que solo temia que el cuento no habia de ser tal, que les diese el gusto que él deseaba; pero que, con todo eso, por no faltar en obedecelle, le contaria. El cura y todos los demás se lo agradecieron, y de nuevo se lo rogaron; y él, viéndose rogar de tantos, dijo que no eran menester ruegos adonde el mandar tenia tanta fuerza; "y así, estén vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegasen los mentirosos que, con curioso y pensado artificio, suelen componerse." Con esto que dijo, hizo que todos se acomodasen, y le prestasen un grande silencio; y él, viendo que ya callaban, y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada, comenzó á decir desta manera:





CAPÍTULO XXXIX

DONDE EL CAUTIVO CUENTA SU VIDA Y SUCESOS

"EN un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linaje, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque, en la estrecheza de aquellos pueblos, todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador, le procedió de haber sido soldado los años de su juventud; que es escuela, la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo; y, si algunos soldados se hallan miserables, son como mónstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado y que tiene hijos que le han de suceder

en el nombre y en el sér. Los que mi padre tenia, eran tres, todos varones, y todos de edad de poder elegir estado. Viendo, pues, mi padre que, segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho; y así, llamándonos un dia á todos tres, á solas en un aposento, nos dijo unas razones semejantes á las que ahora diré: Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos; y, para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda: pues, para que entendais desde aquí adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros, que há muchos dias que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó, á lo menos, de elegir ejercicio tal, que, cuando mayores, os honre y aproveche; y lo que he pensado es, hacer de mi hacienda cuatro partes: las tres os daré á vosotros, á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo, para vivir y sustentarme los dias que el cielo fuere servido de darme de vida; pero querria que, despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia, y, el que yo digo, dice: *Iglesia, ó mar, ó casa real;* como si mas claramente dijera: quien quisiere valer y ser rico, siga, ó la Iglesia, ó navegue

ejercitando el arte de la mercancía, ó entre á servir á los reyes en sus casas, porque dicen: *mas vale migaja de rey, que merced de señor.* Digo esto, porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servirle en su casa; que, ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo vereis por la obra. Decidme ahora, si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto: y mandándome á mí, por ser el mayor, que respondiese, despues de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él á Dios y á mi Rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y, á lo que yo creo, el mas discreto, dijo que queria seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Así como acabamos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó á todos, y, con la brevedad que dijo, puso por obra cuanto nos habia prometido; y, dando á cada uno su parte, que, á lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda, y la pagó de contado, por que no saliese del tronco de la casa, en un mismo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mismo, pareciéndome á mí ser inhumanidad que

mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él que, de mis tres mil, tomase los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi ejemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo, que á mi padre le quedaron cuatro mil ducados en dineros, y mas tres mil que, á lo que parece, valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raices. Digo, en fin, que nos despedimos dél y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber, todas las veces que hubiese comodidad para ello, de nuestros sucesos, prósperos ó adversos. Prometímoselo, y, abrazándonos y echándonos su bendicion, el uno tomó el viaje de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que habia una nave ginovesa que cargaba allí lana para Génova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél ni de mis hermanos nueva alguna ; y, lo que en este discurso de tiempo he pasado, lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante ; llegué con próspero viaje á Génova ; fuí desde allí á Milan, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte ; y, estando ya de camino para Alejandría de la Palla, tuve nuevas que el gran duque de Alba pasaba á Flandes. Mudé propósito ; fuíme con él ; servíle en las jornadas que hizo ; halléme en la muerte de los condes de Eguemon y de Hornos ; alcancé á ser alférez de un famoso capitan de Guadalajara, llamado Diego de Urbina, y, á cabo de algun tiempo que llegué á

Flandes, se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del Papa Pio V, de felice recordacion, habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el turco, el cual, en aquel mismo tiempo, habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de venecianos: pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto que venia por general desta liga el Serenísimo Don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey Don Felipe: divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacia, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y, aunque tenia barruntos y casi promesas ciertas de que, en la primera ocasion que se ofreciese, seria promovido á capitan, lo quise dejar todo y venirme, como me vine, á Italia; y quiso mi buena suerte, que el señor Don Juan de Austria acababa de llegar á Génova, que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo, en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada ya hecho capitan de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte mas que mis merecimientos; y aquel dia, que fué para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (porque mas ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron), yo solo fuí el desdichado, pues, en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me ví aquella noche que siguió á tan famoso dia con cadenas á los

piés y esposas á las manos, y fué desta suerte: que habiendo El Uchalí, rey de Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la capitana de Juan Andrea á socorrella, en la cual yo iba con mi compañía; y, haciendo lo que debia en ocasion semejante, salté en la galera contraria, la cual, desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir, por ser tantos; en fin, me rindieron, lleno de heridas, y, como ya habeis, señores, oido decir que El Uchalí se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fuí el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada. Lleváronme á Constantinopla, donde el gran turco Selin hizo general de la mar á mi amo, porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de 72, en Navarino, bogando en la capitana *de los tres fanales*. Ví y noté la ocasion que allí se perdió, de no coger en el puerto toda el armada turquesca, porque todos los levantes y genízaros que en ella venian tuvieron por cierto que les habian de embestir dentro del mismo puerto, y tenian á punto su ropa y *pasamaques*, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: ¡tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada! pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que á los nuestros regia, sino por los pecados

de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto, El Uchalí se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino, y, echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo hasta que el señor Don Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba *La Presa,* de quien era capitan un hijo de aquel famoso cosario Barbaroja. Tomóla la capitana de Nápoles, llamada *La Loba,* regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitan Don Álvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz; y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de *La Presa.* Era tan cruel el hijo de Barbaroja, y trataba tan mal á sus cautivos, que, así como los que venian al remo vieron que la galera *Loba* les iba entrando, y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos, y asieron de su capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y, pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados, que, á poco mas que pasó del árbol, ya habia pasado su ánima al infierno: ¡ tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenian! Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de 73, se supo en ella cómo el señor Don Juan habia ganado á Túnez, y quitado aquel reino á los turcos, y puesto en posesion dél á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenia Muley Hamida, el moro mas cruel y mas valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y, usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con venecianos, que mucho mas que él la deseaban, y el año siguiente de 74

acometió á la Goleta, y al fuerte que junto á Túnez habia dejado medio levantado el señor Don Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; á lo menos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse, en fin, la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo, de soldados turcos pagados, setenta y cinco mil, y de moros y alárabes de toda la África mas de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos, y á puñados de tierra, pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheras en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos varas, y así, con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y, tirándoles á caballero, ninguno podia parar ni asistir á la defensa. Fué comun opinion, que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero; y, los que esto dicen, hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes; porque, si en la Goleta y en el fuerte apenas habia siete mil soldados, ¿cómo podia tan poco número, aunque mas esforzados fuesen, salir á la campaña, y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? Y ¿cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y mas

cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su misma tierra? Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Cárlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse tambien el fuerte; pero fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron, en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano, de trescientos que quedaron vivos: señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del Estaño, á cargo de Don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á Don Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto le fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron ansimismo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellon, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagan de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condicion generoso, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano, el famoso Juan

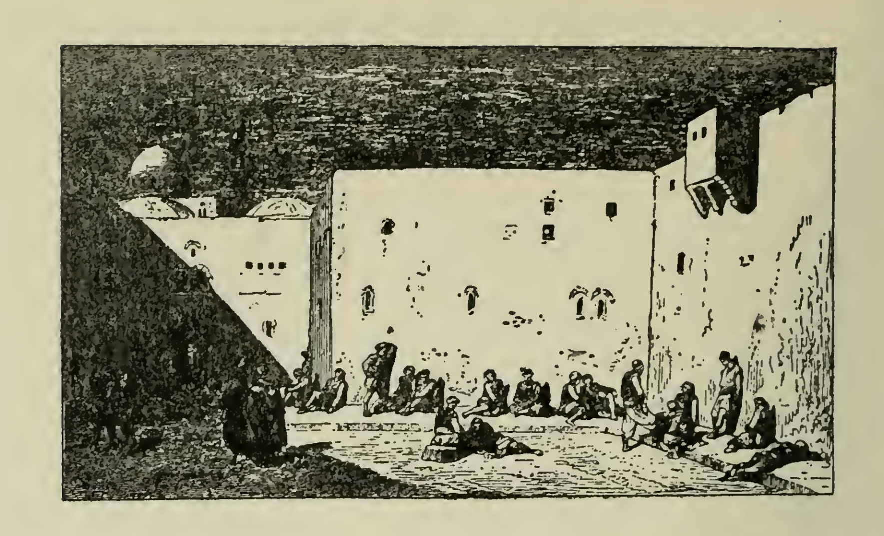
Andrea de Oria; y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fué haber muerto á mano de unos alárabes, de quien se fió viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los ginoveses que se ejercitan en la pesquería del coral, los cuales alárabes le cortaron la cabeza y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refran castellano, que, *aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece;* y así se dice, que mandó el general ahorcar á los que le trujeron el presente, porque no se le habian traido vivo. Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron, fué uno llamado Don Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar de Andalucía, el cual habia sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento; especialmente tenia particular gracia en lo que llaman *poesía.* Dígolo, porque su suerte le trujo á mi galera y á mi banco, y á ser esclavo de mi mismo patron; y, antes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno *A la Goleta*, y el otro *Al Fuerte;* y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que antes causarán gusto que pesadumbre." En el punto que el cautivo nombró á Don Pedro de Aguilar, Don Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonrieron; y, cuando llegó á decir de los sonetos, dijo el uno: "Antes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga qué se hizo ese Don Pedro de Aguilar que ha dicho.—Lo que sé es, respondió el cautivo, que, al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en traje de arnaute, con un griego espía, y no sé si vino en libertad, puesto que creo que sí. porque de



Los cuales alárabes le cortaron la cabeza y se la trujeron al general de la armada turquesca

allí á un año ví yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viaje.—Pues no fué, respondió el caballero, porque ese Don Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar, bueno y rico, casado, y con tres hijos.—¡ Gracias sean dadas á Dios, dijo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo ! porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida. —Y mas, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo.—Dígalos, pues, vuesa merced, dijo el cautivo, que los sabrá decir mejor que yo.— Que me place, respondió el caballero ; y el de la *Goleta* decia así :





CAPÍTULO XL

DONDE SE PROSIGUE LA HISTORIA DEL CAUTIVO

SONETO

Almas dichosas, que del mortal velo
Libres y exentas por el bien que obrastes,
Desde la baja tierra os levantastes
Á lo mas alto y lo mejor del cielo.
  Y ardiendo en ira y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerza ejercitastes,
Que en propia y sangre ajena colorastes
El mar vecino, y arenoso suelo.
  Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos llevan la vitoria :
  Y esta vuestra mortal triste caida,
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.—

Desa misma manera le sé yo, dijo el cautivo.—Pues el del *Fuerte*, si mal no me acuerdo, dijo el caballero, dice así :

SONETO

De entre esta tierra estéril derribada,
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivas á mejor morada:
Siendo primero en vano ejercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.
Y este es el suelo, que contínuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes:
Mas no mas justas de su duro seno
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.'

No parecieron mal los sonetos, y el cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron; y prosiguiendo su cuento, dijo: "Rendidos pues, la Goleta y el fuerte, los turcos dieron órden en desmantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal, que no hubo qué poner por tierra, y, para hacerlo con mas brevedad y menos trabajo, la minaron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas; y todo aquello que habia quedado en pié, de la fortificacion nueva que habia hecho *El Fratin*, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada volvió á Constantinopla, triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo El Uchalí, al cual llamaban *Uchalí Fartax*, que quiere decir en lengua turquesca *el renegado tiñoso*, porque lo era, y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, ó de alguna virtud que en ellos haya: y esto es, porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linajes que decienden de la casa otomana, y los demás,

como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo: y este tiñoso bogó al remo, siendo esclavo del Gran Señor, catorce años, y, á mas de los treinta y cuatro de su edad, renegó, de despecho de que un turco, estando al remo, le dió un bofeton, y, por poderse vengar, dejó su fe; y fué tanto su valor, que, sin subir por los torpes medios y caminos que los mas privados del Gran Turco suben, vino á ser rey de Argel, y despues á ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabrés de nacion, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales, despues de su muerte, se repartieron, como él lo dejó en su testamento, entre el Gran Señor (que tambien es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los mas hijos que deja el difunto) y entre sus renegados; y yo cupe á un renegado veneciano, que, siendo grumete de una nave, le cautivó El Uchalí, y le quiso tanto, que fué uno de los mas regalados garzones suyos; y él vino á ser el mas cruel renegado que jamás se ha visto. Llamábase Azanagá, y llegó á ser muy rico, y á ser rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla, algo contento, por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon ni ventura; y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamás me desamparó la esperanza de tener libertad; y, cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponia por obra no correspondia el suceso á la intencion,

luego, sin abandonarme, fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en una prision ó casa que los turcos llaman *baño,* donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del rey, como de algunos particulares, y los que llaman del *almacen,* que es como decir *cautivos del concejo,* que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace, y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que, como son del comun, y no tienen amo particular, no hay con quién tratar su rescate, aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demás chusma sino es cuando se tarda su rescate, que entonces, por hacerles que escriban por él con mas ahinco, les hacen trabajar y ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo. Yo, pues, era uno de los de rescate, que, como se supo que era capitan, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, mas por señal de rescate que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño, con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate ; y, aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oir y ver á cada paso las jamás vistas ni oidas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba el

suyo, empalaba á este, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano. Solo libró bien con él un soldado español, llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa, de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez ; y, si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo, pues, que, encima del patio de nuestra prision, caian las ventanas de la casa de un moro rico y principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció pues, que un dia, estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas, por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demás cristianos habian salido á trabajar), alcé acaso los ojos, y ví que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Miramos en ello, y, uno de los que conmigo estaban, fué á ponerse debajo de la caña, por ver si la soltaban ó lo que hacian ; pero, así como llegó, alzaron la caña y la movieron á los dos lados, como si dijeran *no* con la cabeza. Volvióse

el cristiano, y tornáronla á bajar y hacer los mismos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mismo que al primero. Finalmente, fué el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dejar de probar la suerte; y, así como llegué á ponerme debajo de la caña, la dejaron caer, y dió á mis piés dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el cual ví un nudo, y dentro dél venian diez *cianiis*, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo, no hay para qué decirlo; pues fué tanto el contento como la admiracion de pensar de dónde podia venirnos aquel bien, especialmente á mí; pues, las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y ví que por ella salia una muy blanca mano que la abrian y cerraban muy apriesa. Con eso entendimos ó imaginamos, que alguna mujer que en aquella casa vivia nos debia de haber hecho aquel beneficio; y, en señal de que lo agradecíamos, hicimos *zalemas*, á uso de moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo, y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la misma ventana una pequeña cruz, hecha de cañas, y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debia de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mujeres sus mismos amos, y aun

lo tienen á ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy lejos de la verdad del caso ; y así, todo nuestro entretenimiento, desde allí adelante, era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia aparecido la estrella de la caña ; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna ; y, aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna cristiana renegada, jamás hubo quién nos dijese otra cosa, sino que allí vivia un moro principal y rico, llamado Agimorato, alcaide que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad ; mas, cuando mas descuidados estábamos de que por allí habian de llover mas cianiis, vimos á deshora parecer la caña, y otro lienzo en ella, con otro nudo mas crecido ; y esto fué á tiempo que estaba el baño, como la vez pasada, solo y sin gente. Hicimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno primero que yo, de los mismos tres que estábamos ; pero á ninguno se rindió la caña sino á mí, porque, en llegando yo, la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles, y un papel escrito en arábigo, y, al cabo de lo escrito, hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos todos nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido ; y, como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quién lo leyese. En fin, yo me determiné de fiarme de un renegado, natural de Murcia,



En fin, yo me determiné de fiarme de un renegado, natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio

que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos que le obligaban á guardar el secreto que le encargase; porque suelen algunos renegados, cuando tienen intencion de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales en que dan fe, en la forma que pueden, cómo el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion; otros se sirven dellas acaso y de industria, que viniendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden ó los cautivan, sacan sus firmas, y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venian en corso con los demás turcos. Con esto, se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño, y, cuando ven la suya, se vuelven á Berbería á ser lo que antes eran. Otros hay que usan destos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de cristianos. Pues, uno de los renegados que he dicho, era este amigo, el cual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditábamos cuanto era posible; y, si los moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo. Supe que sabia muy bien arábigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero, antes que del todo me declarase con él, le dije que me leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole, murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendia; díjome que muy bien, y, que si queria que me lo declarase palabra

por palabra, que le diese tinta y pluma, por que mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedia, y él poco á poco lo fué traduciendo, y, en acabando, dijo: Todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco; y háse de advertir que, adonde dice *Lela Márien,* quiere decir *Nuestra Señora la Vírgen María.* Leimos el papel, y decia así:

"Cuando yo era niña, tenia mi padre una esclava, la cual, en mi lengua, me mostró la *zalá* cristianesca, y me dijo muchas cosas de Lela Márien. La cristiana murió, y yo sé que no fué al fuego, sino con Alá, porque despues la ví dos veces, y me dijo que me fuese á tierra de cristianos, á ver á Lela Márien, que me queria mucho. No sé yo cómo vaya: muchos cristianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros qué llevar conmigo: mira tú si puedes hacer cómo nos vamos, y serás allá mi marido, si quisieres; y, si no quisieres, no se me dará nada, que Lela Márien me dará con quién me case. Yo escribí esto; mira á quién lo das á leer; no te fies de ningun moro, porque son todos marfuces. Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras á nadie; porque, si mi padre lo sabe, me echará luego en un pozo, y me cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo; ata allí la respuesta; y, si no tienes quién te escriba arábigo, dímelo por señas, que Lela Márien hará que te entienda. Ella y Alá te guarde, y esa cruz que yo beso muchas veces, que así me lo mandó la cautiva."

Mirad, señores, si era razon que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen; y así, lo uno y lo otro fué de manera, que el renegado entendió que no acaso se habia hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se habia escrito; y así nos rogó que, si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos dél, y se lo dijésemos, que él aventuraria su vida por nuestra libertad; y, diciendo esto, sacó del pecho un Crucifijo de metal, y con muchas lágrimas juró, por el Dios que aquella imágen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien

y fielmente creia, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiésemos descubrirle, porque le parecia, y casi adevinaba, que, por medio de aquella que aquel papel habia escrito, habia él y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la Santa Iglesia su Madre, de quien, como miembro podrido, estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado. Con tantas lágrimas, y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el renegado, que todos, de un mismo parecer, consentimos y venimos en declararle la verdad del caso, y así, le dimos cuenta de todo sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecia la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quién en ella vivia. Acordamos ansimismo, que seria bien responder al billete de la mora ; y, como teníamos quién lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fuí notando, que puntualmente fueron las que diré, porque, de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efecto, lo que á la mora se le respondió, fué esto :

" El verdadero Alá te guarde, señora mia, y aquella bendita Márien, que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en corazon que te vayas á tierra de cristianos, porque te quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte á entender cómo podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, qui sí hará. De mi parte, y de la de todos estos cristianos que están conmigo, te ofrezco de hacer por tí todo lo que pudiéremos, hasta morir. No dejes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer, que yo te responderé siempre : que el Grande Alá nos ha dado un cristiano cautivo que sabe hablar y escribir tu lengua tan bien como lo verás por este papel. Así que,

sin tener miedo, nos puedes avisar de todo lo que quisieres. A lo que dices, que si fueres á tierra de cristianos, que has de ser mi mujer, yo te lo prometo, como buen cristiano: y sabe, que los cristianos cumplen lo que prometen mejor que los moros. Alá y Márien, su Madre, sean en tu guarda, señora mia."

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos dias á que estuviese el baño solo, como solia, y luego salí al paso acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Así como la ví, aunque no podia ver quién la ponia, mostré el papel como dando á entender que pusiesen el hilo; pero ya venia puesto en la caña, al cual até el papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejáronla caer, y alcéla yo, y hallé en el paño, en toda suerte de moneda de plata y de oro, mas de cincuenta escudos, los cuales, cincuenta veces mas doblaron nuestro contento y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro renegado, y nos dijo que habia sabido que en aquella casa vivia el mismo moro que á nosotros nos habian dicho, que se llamaba Agimorato, riquísimo por todo extremo, el cual tenia una sola hija, heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad ser la mas hermosa mujer de la Berbería, y que muchos de los vireyes que allí venian la habian pedido por mujer, y que ella nunca se habia querido casar, y que tambien supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo cual concertaba con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado, en qué órden se tendria para sacar á la mora, y venirnos todos á tierra de cristianos, y en fin, se acordó por entonces, que esperásemos al aviso segundo de Zoraida, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María;

porque bien vimos que ella, y no otra alguna, era la que habia de dar medio á todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto, dijo el renegado que no tuviésemos pena, que él perderia la vida, ó nos pondria en libertad. Cuatro dias estuvo el baño con gente, que fué ocasion que cuatro dias tardase en parecer la caña, al cabo de los cuales, en la acostumbrada soledad del baño, pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometia. Inclinóse á mí la caña y el lienzo; hallé en él otro papel, y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna. Estaba allí el renegado; dímosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que así decia:

"Yo no sé, mi señor, cómo dar órden que nos vamos á España, ni Lela Márien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá hacer es, que yo os daré por esta ventana muchísimos dineros de oro: rescataos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de cristianos, y compre allá una barca, y vuelva por los demás, y á mí me hallará en el jardin de mi padre, que está á la puerta de Babazon, junto á la marina, donde tengo de estar todo este verano, con mi padre y con mis criados: de allí, de noche, me podreis sacar sin miedo, y llevarme á la barca. Y mira, que has de ser mi marido; porque, si no, yo pediré á Márien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tú, y vé, que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y cristiano. Procura saber el jardin; y, cuando te pasees por ahí, sabré que está solo el baño, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mio."

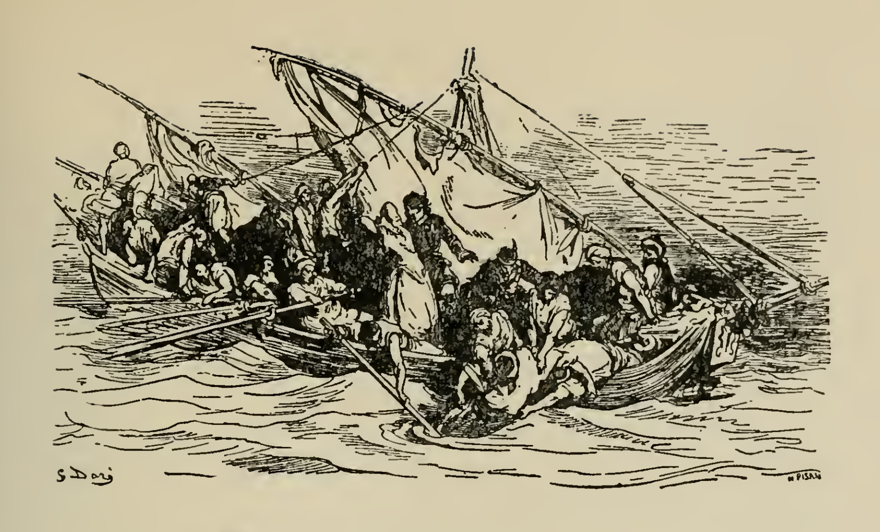
Esto decia y contenia el segundo papel; lo cual, visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecí á lo mismo: á todo lo cual se opuso el renegado, diciendo, que en ninguna manera consentiria que ninguno saliese de libertad hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le habia mostrado cuán mal cumplian los libres las

palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia ó Mallorca con dineros, para poder armar una barca y volver por los que le habian rescatado, y nunca habian vuelto, porque la libertad alcanzada, y el temor de no volver á perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y, en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contó brevemente un caso, que casi en aquella misma sazon habia acaecido á unos caballeros cristianos, el mas extraño que jamás sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto, él vino á decir, que lo que se podia y debia hacer era, que el dinero que se habia de dar para rescatar al cristiano, que se le diese á él para comprar allí en Argel una barca, con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa; y que, siendo él señor de la barca, fácilmente se daria traza para sacarlos del baño, y embarcarlos á todos. Cuanto mas, que si la mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que, estando libres, era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del dia, y que, la dificultad que se ofrecia mayor, era que los moros no consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, si no es bajel grande para ir en corso, porque se temen que, el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse á tierra de cristianos; pero que él facilitaria este inconveniente con hacer que un moro tagarino fuese á la parte con él, en la compañía de la barca y en la ganancia de las mercancías, y, con esta sombra, él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demás. Y, puesto que á mí y á mis

camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decia, no osamos contradecirle, temerosos que, si no hacíamos lo que él decia, nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todos las nuestras; y así, determinamos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado; y en aquel mismo punto se le respondió á Zoraida, diciéndole que haríamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien como si Lela Márien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio, ó ponello luego por obra. Ofrecímele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaeció á estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia que el primer *juma,* que es el viernes, se iba al jardin de su padre, y que antes que se fuese nos daria mas dinero; y, que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daria cuanto le pidiésemos, que su padre tenia tantos, que no lo echaria menos; cuanto mas, que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazon se hallaba en Argel, el cual me rescató del rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que, con el primer bajel que viniese de Valencia, pagaria mi rescate, porque, si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al rey que habia muchos dias que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader, por sus granjerías, lo habia callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El jueves antes del viernes que la hermosa

Zoraida se habia de ir al jardin, nos dió otros mil escudos, y nos avisó de su partida, rogándome que, si me rescatase, supiese luego el jardin de su padre, y que, en todo caso, buscase ocasion de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras, que así lo haria, y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Márien con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto, dieron órden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen, por facilitar la salida del baño, y por que, viéndome á mí rescatado, y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zoraida; que puesto que el ser ellos quien eran me podia asegurar de este temor, con todo eso, no quise poner el negocio en aventura, y así, los hice rescatar por la misma órden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza, al cual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que habia.





CAPÍTULO XLI

DONDE TODAVÍA PROSIGUE EL CAUTIVO SU SUCESO

No se pasaron quince dias, cuando ya nuestro renegado tenia comprada una muy buena barca, capaz de mas de treinta personas ; y, para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viaje á un lugar que se llama Sargel, que está veinte leguas de Argel, hácia la parte de Oran, en el cual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos ó tres veces hizo este viaje, en compañía del tagarino que habia dicho. *Tagarinos*, llaman en Berbería á los moros de Aragon, y, á los de Granada, *mudéjares ;* y en el reino de Fez llaman á los mudéjares, *elches ;* los cuales, son la gente de quien aquel rey mas se sirve en la guerra. Digo pues que, cada vez que pasaba con su barca, daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zoraida esperaba ; y allí, muy de propósito se ponia el renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó á como por ensayarse de

burlas, á lo que pensaba hacer de veras ; y así, se iba al jardin de Zoraida, y le pedia fruta, y su padre se la daba, sin conocelle ; y, aunque él quisiera hablar á Zoraida, como él despues me dijo, y decille que él era el que por órden mia, la habia de llevar á tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dejan ver de ningun moro ni turco, si no es que su marido ó su padre se lo manden : de cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar aun mas de aquello que seria razonable ; y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la alborotara viendo que su negocio andaba en boca de renegados ; pero Dios, que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro renegado tenia ; el cual, viendo cuán seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo cuando y como y adonde queria, y que el tagarino, su compañero, no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que solo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuáles queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viernes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce españoles, todos valientes, hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad ; y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso, y se habian llevado toda la gente de remo, y estos no se hallaran, si no fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso á acabar una galeota que tenia en astillero : á los cuales no les dije otra cosa sino que, el primer viernes en la tarde, se saliesen uno á uno disimulada-

mente, y se fuesen la vuelta del jardin de Agimorato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese. Á cada uno dí este aviso de por sí, con órden que, aunque allí viesen otros cristianos, no les dijesen sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que mas me convenia; y era, la de avisar á Zoraida en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercibida y sobre aviso, que no se sobresaltase, si de improviso la asaltásemos antes del tiempo que ella podia imaginar que la barca de cristianos podia volver; y así, determiné de ir al jardin, y ver si podria hablarla; y, con ocasion de coger algunas yerbas, un dia antes de mi partida, fuí allá, y, la primera persona con quien encontré, fué con su padre, el cual me dijo en lengua que en toda la Berbería, y aun en Constantinopla, se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca ni castellana, ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos; digo pues que, en esta manera de lenguaje, me preguntó que qué buscaba en aquel su jardin, y de quién era. Respondíle, que era esclavo de Arnaute Mamí; y esto, porque sabia yo por muy cierto que era un grandísimo amigo suyo; y que buscaba de todas yerbas, para hacer ensalada. Preguntóme, por el consiguiente, si era hombre de rescate ó no, y que cuánto pedia mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardin la bella Zoraida, la cual ya habia mucho que me habia visto; y, como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba; antes luego, cuando

su padre vió que venia, y de espacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa seria decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró á mis ojos: solo diré, que mas perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de los piés, que descubiertas á su usanza traia, traia dos carcajes (que así se llaman las manillas ó ajorcas de los piés en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo despues que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad, y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras es adornarse de ricas perlas y aljófar; y así, hay mas perlas y aljófar entre moros que entre todas las demás naciones, y el padre de Zoraida tenia fama de tener muchas y de las mejores que en Argel habia, y de tener asimismo mas de docientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos se podrá conjeturar cuál debia de ser en las prosperidades, porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para disminuirse ó acrecentarse; y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten ó bajen, puesto que las mas veces la destruyen. Digo, en fin, que entonces llegó en todo extremo aderezada, y en todo extremo hermosa, ó, á lo menos, á mí me pareció serlo la mas que hasta entonces habia visto; y con esto, viendo las obligaciones en que me habia puesto, me parecia que



Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y, viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenia

tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Así como ella llegó, le dijo su padre, en su lengua, cómo yo era cautivo de su amigo Arnaute Mamí, y que venia á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y, en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba. Yo le respondí que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habia dado por mí mil y quinientos zoltanis: á lo cual ella respondió: En verdad, que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros, cristianos, siempre mentís en cuanto decís, y os haceis pobres por engañar á los moros.—Bien podria ser eso, señora, le respondí; mas, en verdad, que yo la he tratado con mi amo, y la trato y la trataré con cuantas personas hay en el mundo.—Y ¿ cuándo te vas? dijo Zoraida.—Mañana, creo yo, dije, porque está aquí un bajel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él.—¿ No es mejor, replicó Zoraida, esperar á que vengan bajeles de España, y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos?—No, respondí yo; aunque si, como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es mas cierto el partirme mañana, porque, el deseo que tengo de verme en mi tierra y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dejará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea.—¿ Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zoraida, y por eso deseas ir á verte con tu mujer?—No soy, respondí yo, casado; mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá.—¿ Y es hermosa

la dama á quien se la diste? dijo Zoraida.—Tan hermosa es, respondí yo, que, para encarecella y decirte la verdad, se parece á tí mucho. Desto se rió muy de veras su padre, y dijo: Gualá, cristiano, que debe ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este reino: si no, mírala bien, y verás cómo te digo verdad. Servíanos de intérprete á las mas destas palabras y razones el padre de Zoraida, como mas ladino; que aunque ella hablaba la bastarda lengua que, como he dicho, allí se usa, mas declaraba su intencion por señas que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces, que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mismo hizo Zoraida, porque es comun y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo, pues, que dijo su padre á Zoraida: Hija, retírate á la casa, y enciérrate en tanto que yo voy á hablar á estos canes; y tú, cristiano, busca tus yerbas, y vete en buen hora, y llévete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos, dejándome solo con Zoraida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre le habia mandado; pero apenas él se encubrió con los árboles del jardin, cuando ella, volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: ¿*Tamejí*, cristiano, *tamejí?* que quiere decir: ¿vaste, cristiano, vaste? Yo la respondí: Señora, sí; pero no en ninguna manera sin tí: el primer juma me aguarda; y no te

sobresaltes cuando nos veas, que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos. Yo le dije esto de manera que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasamos, y, echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hácia la casa ; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala si el cielo no lo ordenara de otra manera, que, yendo los dos de la manera y postura que os he contado, con un brazo al cuello, su padre, que ya volvia de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto ; pero Zoraida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello ; antes se llegó mas á mí, y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo ansimismo dí á entender que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y, viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenia ; pero, como ella no le respondiese, dijo su padre : Sin duda alguna que, con el sobresalto de la entrada destos canes, se ha desmayado : y, quitándola del mio, la arrimó á su pecho ; y ella, dando un suspiro, y aun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir : *Amejí*, cristiano, *amejí :* vete, cristiano, vete. Á lo que su padre respondió : No importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos : no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre ; pues, como ya te he dicho, los turcos, á mi ruego, se volvieron por donde entraron.—Ellos, señor, la sobresaltaron, como has dicho, dije yo á su padre ; mas, pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre : quédate en paz, y con tu licencia volveré, si fuere

menester, por yerbas á este jardin, que, segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él.—Todas las que quisieres podrás volver, respondió Agimorato; que mi hija no dice esto porque tú ni ninguno de los cristianos la enojaban, sino que, por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas. Con esto, me despedí al punto de entrambos; y ella, arrancándosele el alma al parecer, se fué con su padre, y yo, con achaque de buscar las yerbas, rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin: miré bien las entradas y salidas y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y dí cuenta de cuanto habia pasado al renegado y á mis compañeros, y ya no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecia. En fin, el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado; y, siguiendo todos el órden y parecer que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque, el viernes que se siguió al dia que yo con Zoraida hablé en el jardin, el renegado, al anochecer, dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zoraida estaba. Ya los cristianos que habian de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados, aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenian; porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensaban que, á fuerza de brazos, habian de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues que, así como yo me



Y Zoraida, arrancándosele el alma al parecer, se fué con su padre

mostré y mis compañeros, todos los demás escondidos que nos vieron se vinieron llegando á nosotros. Esto era ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos dudamos, si seria mejor ir primero por Zoraida, ó rendir primero á los moros bagarinos que bogaban el remo en la barca ; y, estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro renegado, diciéndonos que en qué nos deteníamos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados, y los mas dellos durmiendo. Dijímosle en lo que reparábamos, y él dijo, que lo que mas importaba era rendir primero el bajel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Pareciónos bien á todos lo que decia, y así, sin detenernos mas, haciendo él la guia, llegamos al bajel, y, saltando él dentro primero, metió mano á un alfanje, y dijo en morisco : Ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arraez quedáronse espantados, y, sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ningunas tenian, se dejaron sin hablar alguna palabra maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros, que si alzaban por alguna via ó manera la voz, que luego al punto los pasarian todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos asimismo el renegado la guia, fuimos al jardin de Agimorato, y quiso la buena

suerte que, llegando á abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y así, con gran quietud y silencio, llegamos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos á una ventana, y, así como sintió gente, preguntó con voz baja si éramos *nizarani*, como si dijera ó preguntara si éramos cristianos. Yo le respondí, que sí, y que bajase. Cuando ella me conoció, no se detuvo un punto; porque, sin responderme palabra, bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la ví, le tomé una mano y la comencé á besar, y el renegado hizo lo mismo y mis dos camaradas, y, los demás que el caso no sabian, hicieron lo que vieron que nosotros hacíamos, que no parecia sino que le dábamos las gracias y la reconocíamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dijo, en lengua morisca, si estaba su padre en el jardin. Ella respondió que sí, y que dormia. Pues será menester despertalle, replicó el renegado, y llevárnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin.—No, dijo ella; á mi padre no se ha de tocar en ningun modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedeis ricos y contentos; y esperaos un poco, y lo vereis: y, diciendo esto, se volvió á entrar, diciendo que muy presto volveria, que nos estuviésemos quedos, sin hacer ningun ruido. Preguntéle al renegado lo que con ella habia pasado, el cual me lo contó, á quien yo dije que en ninguna cosa se habia de hacer mas de lo que Zoraida quisiese; la cual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos, que

apenas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el ínterin, y sintiese el ruido que andaba en el jardin; y, asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos; y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzó á decir en arábigo: ¡ Cristianos, cristianos! ¡ ladrones, ladrones! por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusion; pero el renegado, viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agimorato estaba, y, juntamente con él, fueron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar á Zoraida, que como desmayada se habia dejado caer en mis brazos. En resolucion, los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agimorato, trayéndole atadas las manos, y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole, que el hablarla le habia de costar la vida. Cuando su hija le vió, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuán de su voluntad se habia puesto en nuestras manos; mas entonces, siendo mas necesarios los piés, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya, los que en ella habian quedado, nos esperaban, temerosos de algun mal suceso nuestro. Apenas serian dos horas pasadas de la noche, cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle á decir el renegado que no hablase palabra, que le quitarian la vida. Él, como vió allí á su hija, comenzó á suspirar ternísimamente, y mas cuando vió que yo estrecha-

mente la tenia abrazada, y que ella, sin defenderse, ni quejarse, ni esquivarse, se estaba queda; pero, con todo esto, callaba, por que no pusiesen en efecto las muchas amenazas que el renegado le hacia. Viéndose, pues, Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demás moros que atados estaban, le dijo al renegado, que me dijese, le hiciese merced de soltar á aquellos moros, y dar libertad á su padre, porque antes se arrojaria en la mar que ver delante de sus ojos, y por causa suya, llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento; pero él respondió que no convenia, á causa que, si allí los dejaban, apellidarian luego la tierra y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesen á buscallos con algunas fragatas ligeras, y les tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podria hacer era, darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer venimos todos; y Zoraida, á quien se le dió cuenta con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo; y luego, con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos mas cerca; pero, á causa de soplar un poco el viento tramontana y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuénos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae no mas que sesenta millas de Argel, y asimismo



Sentia yo que iba Zoraida llamando a Lela Márien que nos ayudase

temíamos encontrar por aquel paraje alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancía de Tetuan, aunque cada uno por sí y por todos juntos presumíamos de que, si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andan en corso, que no solo no nos perderíamos, mas que tomaríamos bajel donde con mas seguridad pudiésemos acabar nuestro viaje. Iba Zoraida, en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Márien que nos ayudase. Bien habríamos navegado treinta millas, cuando nos amaneció como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese; pero, con todo eso, nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sosegada, y, habiendo entrado casi dos leguas, dióse órden que se bogase á cuarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban dijeron, que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose ansí, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á hacer luego vela y á dejar el remo, y enderezar á Oran, por no ser posible poder hacer otro viaje. Todo se hizo con mucha presteza, y así, á la vela, navegamos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno sino el de encontrar con bajel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros bagarinos, y el renegado les consoló diciéndoles, cómo no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se le dijo al padre de Zoraida, el cual respondió: Cualquiera otra cosa

pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, ¡ oh cristianos ! mas, el darme libertad, no me tengais por tan simple que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quién soy yo, y el interese que se os puede seguir de dármela ; el cual interese, si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes, por mí y por esa desdichada hija mia, ó, si no, por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto, comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zoraida que le mirase, la cual, viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis piés y fué á abrazar á su padre, y, juntando su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos le acompañamos en él. Pero, cuando su padre la vió adornada de fiesta, y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua : ¿ Qué es esto, hija, que ayer al anochecer, antes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te ví con tus ordinarios y caseros vestidos, y ahora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre de solemnizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte cuando nos fué la ventura mas favorable ? Respóndeme á esto, que me tiene mas suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el moro decia á su hija, nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondia palabra. Pero, cuando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el cual sabia él bien que le habia dejado en Argel, y no traídole al jardin, quedó

mas confuso, y preguntóle, que cómo aquel cofre habia venido á nuestras manos, y qué era lo que venia dentro. Á lo cual el renegado, sin aguardar que Zoraida le respondiese, le respondió: No te canses, señor, en preguntar á Zoraida tu hija tantas cosas, porque, con una que yo te responda, te satisfaré á todas; y así, quiero que sepas que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad, tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria.—¿Es verdad lo que éste dice, hija? dijo el moro.—Así es, respondió Zoraida.—¿Que en efecto, replicó el viejo, tú eres cristiana, y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? Á lo cual respondió Zoraida: La que es cristiana, yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dejarte ni á hacerte mal, sino á hacerme á mí bien.—Y ¿qué bien es el que te has hecho, hija? —Eso, respondió ella, pregúntaselo tú á Lela Márien, que ella te lo sabrá decir mejor que yo. Apenas hubo oido esto el moro, cuando, con una increible presteza, se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traia no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zoraida que le sacasen, y así acudimos luego todos, y, asiéndole de la almalafa, le sacamos medio ahogado y sin sentido, de que recibió tanta pena Zoraida, que, como si fuera ya muerto, hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvímosle boca abajo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las cuales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver

hácia tierra, y hacer fuerza de remos, por no embestir en ella ; mas quiso nuestra buena suerte que llegamos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio ó cabo, que de los moros es llamado *el de la Cava Rumia*, que, en nuestra lengua, quiere decir *la mala mujer cristiana ;* y es tradicion entre los moros, que en aquel lugar está enterrada La Cava, por quien se perdió España, porque *cava*, en su lengua, quiere decir *mujer mala*, y *rumia*, *cristiana ;* y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo, cuando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que, para nosotros, no fué abrigo de mala mujer, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dejamos jamás los remos de la mano : comimos de lo que el renegado habia proveido, y rogamos á Dios y á Nuestra Señora, de todo nuestro corazon, que nos ayudase y favoreciese, para que felizmente diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse órden, á suplicacion de Zoraida, cómo echásemos en tierra á su padre y á todos los demás moros que allí atados venian, porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado á su padre y aquellos de su tierra presos. Prometímosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dejallos en aquel lugar, que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones que no fuesen oidas del cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viaje. Viendo esto, desatamos á los moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados ; pero, llegando á de-



“Vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo perdono”

sembarcar al padre de Zoraida, que ya estaba en todo su acuerdo, dijo: ¿ Por qué pensais, cristianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? ¿ pensais que es por piedad que de mí tiene? No, por cierto; sino que lo hace por el estorbo que le dará mi presencia cuando quiera poner en ejecucion sus malos deseos; ni penseis que la ha movido á mudar religion, entender ella que la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra: y, volviéndose á Zoraida, teniéndole yo y otro cristiano de entrambos brazos asido, por que algun desatino no hiciese, le dijo: ¡ Oh infame moza, y mal aconsejada muchacha! ¿ adónde vas, ciega y desatinada, en poder destos perros, naturales enemigos nuestros? ¡ Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado! Pero, viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, dí priesa á ponelle en tierra, y desde allí, á voces, prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá que nos destruyese, confundiese y acabase; y cuando, por habernos hecho á la vela, no podimos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo: mas una vez esforzó la voz de tal manera, que podimos entender que decia: Vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo perdono; entrega á esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida, si tú le dejas. Todo lo cual escuchaba Zoraida, y todo lo sentia y lloraba, y no supo decirle ni respondelle palabra, sino: Plega á Alá, padre mio, que Lela Márien, que ha sido la causa

de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad ; pues, aunque quisiera no venir con ellos, y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priesa que me daba mi alma á poner por obra esta que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Esto dijo, á tiempo que ni su padre la oia, ni nosotros ya le veíamos ; y así, consolando yo á Zoraida, atendimos todos á nuestro viaje, el cual nos le facilitaba el propio viento, de tal manera, que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España ; mas, como pocas veces ó nunca viene el bien puro y sencillo sin ser acompañado ó seguido de algun mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quizá las maldiciones que el moro á su hija habia echado, que siempre se han de temer de cualquier padre que sean, quiso, digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna, que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un bajel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca, que nos fué forzoso amainar, por no embestirle, y ellos asimismo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habíanse puesto á bordo del bajel á preguntarnos quién éramos, y adónde navegábamos, y de dónde veníamos ; pero, por preguntarnos esto en lengua francesa, dijo nuestro renegado : Ninguno responda, porque estos, sin duda son cosarios franceses, que

hacen á toda ropa. Por este advertimiento, ninguno respondió palabra; y, habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y, á lo que parecia, ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar, y al momento, disparando otra pieza, vino á dar la bala en mitad de nuestra barca, de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero, como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzamos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del bajel que nos acogiesen, porque nos anegábamos. Amainaron entonces, y, echando el esquife ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses, bien armados, con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro; y, viendo cuán pocos éramos, y cómo el bajel se hundia, nos recogieron, diciendo que, por haber usado la descortesía de no respondelles, nos habia sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida, y dió con él en la mar, sin que ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolucion, todos pasamos con los franceses, los cuales, despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo cuanto teníamos, y á Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traia en los piés; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zoraida daban, como me le daba el temor que tenia de que habian de pasar, del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas, al quitar de la joya que mas valia y ella mas estimaba; pero los deseos de aquella gente no se extienden á mas que al dinero, y desto jamás se vé harta su codicia, la

cual entonces llegó á tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran, si de algun provecho les fueran ; y hubo parecer entre ellos, de que á todos nos arrojasen á la mar, envueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran bretones, y, si nos llevaban vivos, serian castigados siendo descubierto su hurto ; mas el capitan, que era el que habia despojado á mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino irse luego á camino y pasar el Estrecho de Gibraltar, de noche ó como pudiese, hasta la Rochela, de donde habia salido ; y así, tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navío, y todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia, ya á vista de tierra de España, con la cual vista y alegría, todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si propiamente no hubieran pasado por nosotros : ¡ tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida ! Cerca de medio dia podria ser, cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho ; y el capitan, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida, le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el bajel ; dímosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos mas agradecidos que quejosos : ellos se hicieron á lo largo, siguiendo la derrota del Estrecho ; nosotros, sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca, que bien

pudiéramos, á nuestro parecer, llegar antes que fuera muy de noche ; pero, por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el paraje en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y lejos de poblado, porque así aseguraríamos el temor, que de razon se debia tener, que por allí anduviesen bajeles de cosarios de Tetuan, los cuales anochecen en Berbería, y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas ; pero, de los contrarios pareceres, el que se tomó fué, que nos llegásemos poco á poco, y que, si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos. Hízose así, y, poco antes de la media noche seria, cuando llegamos al pié de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos todos á tierra, y besamos el suelo, y, con lágrimas de muy alegrísimo contento, dimos todos gracias á Dios Señor Nuestro por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viaje : sacamos de la barca los bastimentos que tenia, tirámosla en tierra, y subimos un grandísimo trecho en la montaña, porque aun allí estábamos, y aun no podíamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenia. Amaneció mas tarde, á mi parecer, de lo que quisiéramos : acabamos de subir toda la montaña, por ver si desde allí algun poblado se descubria, ó algunas cabañas de pastores ; pero, aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo

esto, determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser menos sino que presto descubriésemos quién nos diese noticia della ; pero lo que á mí mas me fatigaba era, el ver ir á pié á Zoraida por aquellas asperezas, que, puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas le cansaba á ella mi cansancio que la reposaba su reposo, y así, nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomase ; y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco menos de un cuarto de legua debíamos de haber andado, cuando llegó á nuestros oidos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado ; y, mirando todos con atencion si alguno se parecia, vimos al pié de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él, alzando la cabeza, se puso ligeramente en pié, y, á lo que despues supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron fueron el renegado y Zoraida ; y, como él los vió en hábito de moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y, metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo : ¡ Moros, moros hay en la tierra ! ¡ moros, moros ! ¡ arma, arma ! Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabíamos qué hacernos ; pero, considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordamos que el renegado se desnudase las ropas de turco, y se vistiese un gileco ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa ; y así, encomendándonos á Dios, fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando

siempre cuándo habia de dar sobre nosotros la caballería de la costa; y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habrian pasado dos horas cuando, habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros que con gran ligereza, corriendo á media rienda, á nosotros se venian; y, así como los vimos, nos estuvimos quedos, aguardándolos; pero como ellos llegaron, y vieron, en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno de ellos nos preguntó si éramos nosotros acaso la ocasion por que un pastor habia apellidado arma. Sí, dije yo: y, queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de dónde veníamos, y quién éramos, uno de los cristianos que con nosotros venian conoció al ginete que nos habia hecho la pregunta, y dijo, sin dejarme á mí decir mas palabra: ¡ Gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido! porque, si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quién somos, sois Pedro de Bustamante, tio mio. Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el ginete se arrojó del caballo, y vino á abrazar al mozo, diciéndole: ¡ Sobrino de mi alma y de mi vida! ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo, y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte: ya sabíamos que estabas en Argel, y, por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía, comprendo que habeis tenido milagrosa libertad.—Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego

que los ginetes entendieron que éramos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles dónde la habíamos dejado; otros nos subieron á las ancas, y Zoraida fué en las del caballo del tio del cristiano. Saliónos á recibir todo el pueblo, que ya, de alguno que se habia adelantado, sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazon estaba en su punto, ansí con el cansancio del camino como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de perderse, y esto le habia sacado al rostro tales colores, que, si no es que la aficion entonces me engañaba, osara decir que mas hermosa criatura no habia en el mundo, á lo menos que yo la hubiese visto. Fuimos derechos á la iglesia, á dar gracias á Dios por la merced recibida; y, así como en ella entró Zoraida, dijo que allí habia rostros que se parecian á los de Lela Márien. Dijímosle que eran imágenes suyas; y, como mejor se pudo, le dió el renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase como si verdaderamente fueran cada una de ellas la misma Lela Márien que la habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento, y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado, Zoraida y á mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros en



De improviso soltaron dos piezas de artillería

casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvimos en Vélez, al cabo de los cuales el renegado, hecha su informacion de cuanto le convenia, se fué á la ciudad de Granada á reducirse, por medio de la Santa Inquisicion, al gremio santísimo de la Iglesia : los demás cristianos libertados se fueron, cada uno donde mejor le pareció : solos quedamos Zoraida y yo, con solo los escudos que la cortesía del francés le dió á Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene ; y, sirviéndola yo hasta ahora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido mas próspera ventura que la mia, puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal, que me admira, y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que, el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algun rincon dónde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quién me conozca, si ellos faltan. No tengo mas, señores, qué deciros de mi historia, la cual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos ; que de mí sé decir, que quisiera habérosla contado mas brevemente, puesto que, el temor de enfadaros, mas de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua."



CAPÍTULO XLII

QUE TRATA DE LO QUE MAS SUCEDIÓ EN LA VENTA, Y DE OTRAS MUCHAS COSAS DIGNAS DE SABERSE

CALLÓ en diciendo esto el cautivo, á quien Don Fernando dijo: "Por cierto, señor capitan, el modo con que habeis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala á la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que, aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara:" y, en diciendo esto, Don Antonio y todos los demás se le ofrecieron, con todo lo á ellos posible, para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades; especialmente le ofreció Don Fernando, que si queria volverse con

él, que él haria que el marqués, su hermano, fuese padrino del bautismo de Zoraida, y que él, por su parte, le acomodaria de manera que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto, llegaba ya la noche, y, al cerrar della, llegó á la venta un coche, con algunos hombres de á caballo. Pidieron posada, á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. "Pues, aunque eso sea, dijo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor oidor que aquí viene." Á este nombre se turbó la huéspeda, y dijo: "Señor, lo que en ello hay es, que no tengo camas; si es que su merced del señor oidor la trae, que sí debe de traer, entre en buen hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar á su merced.—Sea en buen hora," dijo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre, que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga, con las mangas arrocadas, que vestia, mostraron ser oidor, como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista: de suerte que, á no haber visto á Dorotea y á Luscinda y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que, otra tal hermosura como la desta doncella, difícilmente pudiera hallarse. Hallóse Don Quijote al entrar del oidor y de la doncella, y, así como le vió, dijo: "Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que, aunque es estrecho y mal acomodado,

no hay estrecheza ni incomodidad en el mundo que no dé lugar á las armas y á las letras, y mas si las armas y letras traen por guia y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced, en esta fermosa doncella, á quien deben, no solo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abajarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraiso, que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo ; aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo." Admirado quedó el oidor del razonamiento de Don Quijote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no menos le admiraba su talle que sus palabras ; y, sin hallar ningunas con qué respondelle, se tornó á admirar de nuevo cuando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea y á Zoraida, que, á las nuevas de los nuevos huéspedes y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recebirla ; pero Don Fernando, Cardenio y el cura, le hicieron mas llanos y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor oidor entró confuso, así de lo que veia, como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bien llegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el oidor que era gente principal toda la que allí estaba ; pero el talle, visaje y la postura de Don Quijote, le desatinaba ; y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estaba ordenado, que todas las mujeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en su guarda ; y así fué contento el oidor, que su hija, que era la doncella, se fuese con

aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana; y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el oidor traia, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El cautivo, que, desde el punto que vió al oidor, le dió saltos el corazon y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venian, cómo se llamaba, y si sabia de qué tierra era. El criado le respondió, que se llamaba el licenciado Juan Perez de Viedma, y que habia oido decir, que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion, y con lo que él habia visto, se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las letras por consejo de su padre; y, alborotado y contento, llamando aparte á Don Fernando, á Cardenio y al cura, les contó lo que pasaba, certificándoles, que aquel oidor era su hermano. Habíale dicho tambien el criado, cómo iba proveido por oidor á las Indias, en la audiencia de Méjico: supo tambien, cómo aquella doncella era su hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo, qué modo tendria para descubrirse, ó para conocer primero si, despues de descubierto, su hermano, por verle pobre, se afrentaria, ó le recibiria con buenas entrañas. "Déjeseme á mí el hacer esa experiencia, dijo el cura, cuanto mas, que no hay pensar, sino que vos, señor capitan, sereis muy bien recebido, porque el valor y prudencia que, en su buen parecer, descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto.—Con todo eso, dijo el capitan, yo querria, no de improviso, sino por rodeos, dármele á

conocer.—Ya os digo, respondió el cura, que yo lo trazaré de modo, que todos quedemos satisfechos." Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron á la mesa, eceto el cautivo y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena, dijo el cura: " Del mismo nombre de vuestra merced, señor oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años; la cual camarada era uno de los valientes soldados y capitanes que habia en toda la infantería española; pero, tanto cuanto tenia de esforzado y valeroso, tenia de desdichado.—Y ¿ cómo se llamaba ese capitan, señor mio? preguntó el oidor.—Llamábase, respondió el cura, Rui Perez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon, el cual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que, á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja, de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego, porque me dijo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos, mejores que los de Caton; y sé yo decir que, el que él escogió de venir á la guerra, le habia sucedido tan bien, que en pocos años, por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser capitan de infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto maestre de campo; pero fuéle la fortuna contraria, pues, donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto: yo la perdí en la Goleta, y despues, por diferentes sucesos, nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel,

donde sé que le sucedió uno de los mas extraños casos que en el mundo han sucedido." De aquí fué prosiguiendo el cura, y, con brevedad sucinta, contó lo que con Zoraida á su hermano habia sucedido. Á todo lo cual estaba tan atento el oidor, que ninguna vez habia sido tan oidor como entonces. Solo llegó el cura al punto de cuando los franceses despojaron á los cristianos que en la barca venian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habian quedado; de los cuales no habia sabido en qué habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevádolos los franceses á Francia. Todo lo que el cura decia estaba escuchando, algo de allí desviado, el capitan, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia; el cual, viendo que ya el cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenándosele los ojos de agua, dijo: "¡Oh señor, si supiésedes las nuevas que me habeis contado, y cómo me tocan tan en parte, que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas que, contra toda mi discrecion y recato, me salen por los ojos! Ese capitan tan valeroso que decís, es mi mayor hermano, el cual, como mas fuerte y de mas altos pensamientos que yo ni otro hermano menor mio, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dijo vuestra camarada en la conseja que, á vuestro parecer, le oistes. Yo seguí el de las letras, en las cuales, Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pirú, tan rico, que, con lo que ha enviado á mi padre y á mí, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con qué poder hartar su liberalidad

natural ; y yo ansimismo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre, muriendo con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con contínuas oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida á los de su hijo ; del cual me maravillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos y aflicciones ó prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre, que, si él lo supiera, ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate ; pero, de lo que yo ahora me temo, es de pensar si aquellos franceses le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será que yo prosiga mi viaje, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡ Oh buen hermano mio, y quién supiera ahora dónde estás, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos, aunque fuera á costa de los mios ! ¡ Oh quién llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Berbería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mias ! ¡ Oh Zoraida hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste ! ¡ quién pudiera hallarse al renacer de tu alma, y á las bodas, que tanto gusto á todos nos dieran ! " Estas y otras semejantes palabras decia el oidor, lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lástima. Viendo, pues, el cura que tan bien habia salido con su intencion, y con lo que deseaba el capitan, no quiso tenerlos á

todos mas tiempo tristes, y así, se levantó de la mesa. y, entrando donde estaba Zoraida, la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda, Dorotea y la hija del oidor. Estaba esperando el capitan á ver lo que el cura queria hacer, que fué que, tomándole á él asimismo de la otra mano, con entrambos á dos se fué donde el oidor y los demás caballeros estaban, y dijo: "Cesen, señor oidor, vuestras lágrimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desearse, pues teneis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: este que aquí veis, es el capitan Viedma, y esta, la hermosa mora que tanto bien le hizo: los franceses que os dije, los pusieron en la estrecheza que veis, para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho." Acudió el capitan á abrazar á su hermano, y él le puso las manos en los pechos, por mirarle algo mas apartado; mas, cuando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas ágrimas de contento, que, los mas de los que presentes estaban, le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, cuanto mas escribirse. Allí, en breves razones, se dieron cuenta de sus sucesos; allí mostraron, puesta en su punto, la buena amistad de dos hermanos; allí abrazó el oidor á Zoraida, allí la ofreció su hacienda; allí hizo que la abrazase su hija; allí, la cristiana hermosa y la mora hermosísima, renovaron las lágrimas de todos. Allí, Don Quijote estaba atento, sin hablar palabra, considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertaron que el capitan y Zoraida se volviesen con su hermano a

Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que, como pudiese, viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por no le ser al oidor posible dejar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas que, de allí á un mes, partia flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viaje. En resolucion, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo; y, como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse, y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quijote se ofreció á hacer la guardia del castillo, por que de algun gigante ó otro malandante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y dieron al oidor cuenta del humor extraño de Don Quijote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá. Recogidas, pues, las damas en su estancia, y los demás acomodándose como menos mal pudieron, Don Quijote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo, como lo habia prometido. Sucedió pues que, faltando poco para venir el alba, llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea, que despierta estaba, á cuyo lado dormia Doña Clara de Viedma, que ansi se llamaba la hija del oidor. Nadie podia imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que can-

taban en el patio; otras, que en la caballeriza; y estando en esta confusion, muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio, y dijo: "Quien no duerme, escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta.—Ya lo oimos, señor," respondió Dorotea; y con esto se fué Cardenio; y Dorotea, poniendo toda la atencion posible, entendió que, lo que se cantaba, era esto:





CAPÍTULO XLIII

DONDE SE CUENTA LA AGRADABLE HISTORIA DEL MOZO DE MULAS, CON OTROS EXTRAÑOS ACAECIMIENTOS EN LA VENTA SUCEDIDOS

"MARINERO soy de amor,
y en su piélago profundo
navego, sin esperanza
de llegar á puerto alguno.
Siguiendo voy á una estrella
que desde lejos descubro,
mas bella y resplandeciente
que cuantas vió Palinuro.
Yo no sé adónde me guia,
y así navego confuso,
el alma á mirarla atenta,
cuidadosa y con descuido.
Recatos impertinentes,
honestidad contra el uso,
son nubes que me la encubren
cuando mas verla procuro.
¡Oh clara y luciente estrella,
en cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras,
será de mi muerte el punto."

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea que no seria bien que dejase Clara de oir una tan buena voz; y así, moviéndola á una y á otra parte,

la despertó, diciéndole: "Perdóname, niña, que te despierto, pues lo hago por que gustes de oir la mejor voz que quizá habrás oido en toda tu vida." Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia; y, volviéndoselo á preguntar, ella se lo volvió á decir, por lo cual estuvo atenta Clara; pero, apenas hubo oido dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan extraño, como si de algun grave accidente de cuartana estuviera enferma, y, abrazándose estrechamente con Dorotea, le dijo: "¡Ay señora de mi alma y de mi vida! ¿para qué me despertastes? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer, por ahora, era tenerme cerrados los ojos y los oidos, para no ver ni oir á ese desdichado músico.—¿Qué es lo que dices, niña? mira que dicen, que el que canta es un mozo de mulas.—No es sino señor de lugares, respondió Clara, y del que él tiene en mi alma con tanta seguridad, que, si él no quiere dejalle, no le será quitado eternamente." Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y así le dijo: "Hablais de modo, señora Clara, que no puedo entenderos: declaraos mas, y decidme qué es lo que decís de alma y de lugares, y deste músico, cuya voz tan inquieta os tiene. Pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder, por acudir á vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oir al que canta, que me parece que, con nuevos versos y nuevo tono, torna á su canto. —Sea en buen hora," respondió Clara; y, por no oille, se tapó con las manos entrambos oidos, de lo que tambien se admiró Dorotea; la cual, estando

atenta á lo que se cantaba, vió que proseguian en esta manera :

" Dulce esperanza mia,
Que, rompiendo imposibles y malezas,
Sigues firme la via
Que tú misma te finges y aderezas,
No te desmaye el verte
Á cada paso junto al de tu muerte.
No alcanzan perezosos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que, no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.
Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato justo
Pues no hay mas rica prenda
Que la que se quilata por su gusto ;
Y es cosa manifiesta,
Que no es de estima lo que poco cuesta.
Amorosas porfías,
Tal vez alcanzan imposibles cosas ;
Y ansí, aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por eso rezelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo."

Aquí dió fin la voz, y principio á nuevos sollozos Clara. Todo lo cual encendia el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro ; y así, le volvió á preguntar qué era lo que le queria decir denantes. Entonces Clara, temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea, puso su boca tan junto del oido de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otro sentida, y así le dijo : " Este que canta, señora mia, es un hijo de un caballero natural del

reino de Aragon, señor de dos lugares, el cual vivia frontero de la casa de mi padre, en la córte ; y, aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué ni lo que no, que este caballero, que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la iglesia ó en otra parte : finalmente, él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa, con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer, y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia, era una, de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaria conmigo ; y, aunque yo me holgaria mucho de que ansí fuera, como sola y sin madre, no sabia con quién comunicallo, y así lo dejé estar, sin dalle otro favor si no era, cuando estaba mi padre fuera de casa, y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo ó la celosía, y dejarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo, de pesadumbre, y así, el dia que nos partimos nunca pude verle, para despedirme dél siquiera con los ojos ; pero, á cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada, en un lugar una jornada de aquí, le ví á la puerta del meson, puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural que, si yo no le trujera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocíle, admiréme, y alegréme : él me miró, á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde cuando atraviesa por delante de mí, en los caminos y en las posadas do llegamos ; y, como yo sé quién es, y considero que por amor de mí viene

á pié y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y, adonde él pone los piés, pongo yo los ojos. No sé con qué intencion viene, ni cómo ha podido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y mas le sé decir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeza; que he oido decir, que es muy grande estudiante y poeta: y hay mas, que cada vez que le veo, ó le oigo cantar, tiemblo toda, y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca, y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra; y, con todo eso, le quiero de manera, que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste músico, cuya voz tanto os ha contentado, que, en sola ella, echareis bien de ver que no es mozo de mulas, como decís, sino señor de almas y lugares, como ya os he dicho.—No digais mas, señora Doña Clara, dijo á esta sazon Dorotea (y esto, besándola mil veces); no digais mas, digo, y esperad que venga el nuevo dia, que yo espero en Dios, de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen.—¡Ay señora! dijo Doña Clara; ¿qué fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá que aun yo no puedo ser criada de su hijo, cuanto mas esposa? Pues, casarme yo á hurto de mi padre, no lo haré por cuanto hay en el mundo: no querria sino que este mozo se volviese, y me dejase; quizá, con no velle, y con la gran distancia del camino que llevamos, se me aliviaria la pena que ahora llevo; aunque sé decir, que este remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco: no sé qué



foto Mansell

"TOMAD, SEÑORA, ESA MANO, Á QUIEN NO HA TOCADO OTRA DE MUJER ALGUNA"

Reproducción autorizada por la Comissión de la Oldham Municipal Art Gallery

diablos ha sido esto, ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad, que creo que somos de una edad misma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que, para el dia de San Miguel que vendrá, dice mi padre que los cumplo." No pudo dejar de reirse Dorotea, oyendo cuán como niña hablaba Doña Clara, á quien dijo: "Reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios, y medraremos, ó mal me andarán las manos." Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio: solamente no dormian la hija de la ventera, y Maritornes su criada, las cuales, como ya sabian el humor de que pecaba Don Quijote, y que estaba fuera de la venta, armado y á caballo, haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó, á lo menos, de pasar un poco el tiempo oyéndole sus disparates.

Es pues el caso, que en toda la venta no habia ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por defuera. Á este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que Don Quijote estaba á caballo, recostado sobre su lanzon, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma; y asimismo oyeron que decia, con voz blanda, regalada y amorosa: "¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y, ultimadamente, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo! y ¿qué fará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo

caballero, que á tantos peligros, por solo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas della, ¡oh luminaria de las tres caras! quizá, con envidia de la suya, la estás ahora mirando que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algun balcon, está considerando cómo, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazon padece; qué gloria ha de dar á mis penas, qué sosiego á mi cuidado, y, finalmente, qué vida á mi muerte, y qué premio á mis servicios. Y tú, sol, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos por madrugar y salir á ver á mi señora, así como la veas, suplícote que de mi parte la saludes; pero guárdate que, al verla y saludarla, no le des paz en el rostro, que tendré mas zelos de tí que tú los tuviste de aquella ligera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por dónde corriste entonces zeloso y enamorado." Á este punto llegaba entonces Don Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear, y á decirle: "Señor mio, lléguese acá la vuestra merced, si es servido." Á cuyas señas y voz volvió Don Quijote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, cómo le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta; y luego, en el instante, se le representó en su loca imaginacion que otra vez, como la pasada, la doncella fermosa hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor, tornaba á solicitarle; y, con este

pensamiento, por no mostrarse descortés y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y, así como vió á las dos mozas, dijo: " Lástima os tengo, fermosa señora, de que hayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que á aquella que, en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querais, con significarme mas vuestros deseos, que yo me muestre mas desagradecido; y si, del amor que me teneis, hallais en mí otra cosa con qué satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela, que yo os juro, por aquella ausente enemiga dulce mia, de dárosla en continente, si bien me pidiésedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mismos rayos del sol encerrados en una redoma.—No há menester nada deso mi señora, señor caballero, dijo á este punto Maritornes. —Pues ¿qué há menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió Don Quijote.—Sola una de vuestras hermosas manos, dijo Maritornes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traido, tan á peligro de su honor que, si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja.—Ya quisiera yo ver eso, respondió Don Quijote; pero él se guardará bien deso, si ya no quiere hacer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija." Parecióle á Mari-

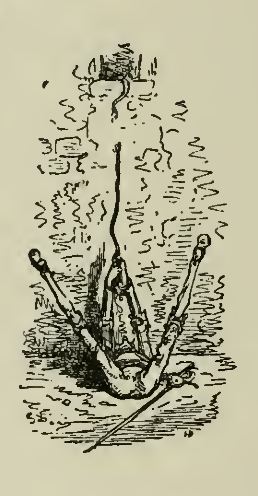
tornes que, sin duda, Don Quijote daria la mano que le habia pedido; y, proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer, se bajó del agujero, y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero, á tiempo que Don Quijote se habia puesto de piés sobre la silla de Rocinante por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella; y, al darle la mano, dijo: "Tomad, señora, esa mano, ó, por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseis, sino para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacareis qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.—Ahora lo veremos," dijo Maritornes; y, haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y, bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar, muy fuertemente. Don Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: "Mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que, quien quiere bien, no se venga tan mal." Pero todas estas razones de Don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque, así como Maritornes le ató, ella y la otra se fueron muertas de risa, y le dejaron asido de manera, que fué imposible soltarse. Estaba pues, como se ha dicho, de piés sobre Rocinante, metido todo el brazo

por el agujero, y atado de la muñeca y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que, si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro, habia de quedar colgado del brazo; y así, no osaba hacer movimiento alguno, puesto que, de la paciencia y quietud de Rocinante, bien se podia esperar que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose Don Quijote atado, y que ya las damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento, como la vez pasada cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro encantado del arriero, y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues, habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se habia aventurado á entrar en él la segunda; siendo advertimiento de caballeros andantes, que, cuando han probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así, no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto, tiraba de su brazo por ver si podia soltarse; mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad, que tiraba con tiento, por que Rocinante no se moviese; y, aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podia sino estar en pié, ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno; allí fué el maldecir de su fortuna; allí fué el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado, que, sin duda alguna, se habia creido que lo estaba; allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que, sepultado en sueño, y tendido sobre el

albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido ; allí llamó á los sábios Lirgandeo y Alquife, que le ayudasen ; allí invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriese ; y, finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el dia se remediaria su cuita, porque la tenia por eterna teniéndose por encantado ; y hacíale creer esto, ver que Rocinante poco ni mucho se movia, y creia que de aquella suerte, sin comer, ni beber, ni dormir, habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro mas sábio encantador le desencantase ; pero engañóse mucho en su creencia, porque, apenas comenzó á amanecer, cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aun estaba cerrada, con grandes golpes ; lo cual visto por Don Quijote, desde donde aun no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta, dijo : " ¡ Caballeros, ó escuderos, ó quien quiera que seais ! no teneis para qué llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo : desviaos afuera, y esperad que aclare el dia, y entonces veremos si será justo ó no que os abran.— ¿ Qué diablos de fortaleza ó castillo es este, dijo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias ? Si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras y pasar adelante, porque vamos de

priesa.—¿ Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió Don Quijote.—No sé de qué teneis talle, respondió el otro; pero sé que decís disparates en llamar castillo á esta venta.—Castillo es, replicó Don Quijote, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza.—Mejor fuera al revés, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decís; porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro.—Sabeis poco del mundo, replicó Don Quijote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante." Cansábanse los compañeros, que con el preguntante venian, del coloquio que con Don Quijote pasaba, y así, tornaron á llamar con grande furia, y fué de modo que el ventero despertó, y aun todos cuantos en la venta estaban, y así, se levantó á preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo, que una de las cabalgaduras en que venian los cuatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor; y como, en fin, era de carne, aunque parecia de leño, no pudo deiar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias; y así, no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos piés de Don Quijote, y, resbalando de la silla, dieran con él en el suelo á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor, que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba,

porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los piés besaba la tierra, que era en su perjuicio ; porque, como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podia por alcanzar al suelo : bien así como los que están en el tormento de la *garrucha*, puestos *á toca no toca*, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa que, con poco mas que se estiren, llegarán al suelo.





Se desviaron los juntos piés de Don Quijote, y, resbalando de la silla, dieran con él en el suelo á no quedar colgado del brazo



CAPÍTULO XLIV

DONDE SE PROSIGUEN LOS INAUDITOS SUCESOS DE LA VENTA

En efecto, fueron tantas las voces que Don Quijote dió, que, abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero, despavorido, á ver quién tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mismo. Maritornes, que ya habia despertado á las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar, y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que á Don Quijote sostenia, y él dió luego en el suelo, á vista del ventero y de los caminantes, que, llegándose á él, le preguntaron qué tenia, que tales voces daba. Él, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y, levantándose en pié, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y, tomando buena parte del campo, volvió á medio galope, diciendo: "Cualquiera que dijere que yo he sido con justo título

encantado, como mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafío á singular batalla." Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quijote; pero el ventero les quitó de aquella admiracion, diciéndoles que era Don Quijote, y que no habia que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero, si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho, de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mismas que traia el amante de Doña Clara. El ventero respondió, que habia tanta gente en la venta, que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero, habiendo visto uno dellos el coche donde habia venido el oidor, dijo: "Aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros á la puerta, y entren los demás á buscarle; y aun seria bien que uno de nosotros rodease toda la venta, por que no se fuese por las bardas de los corrales.—Así se hará," respondió uno dellos; y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta, y el otro se fué á rodear la venta: todo lo cual veia el ventero, y no sabia atinar para qué se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo, cuyas señas le habian dado. Ya á esta sazon aclaraba el dia, y, así por esto, como por el ruido que Don Quijote habia hecho, estaban todos despiertos, y se levantaban, especialmente Doña Clara y Dorotea, que, la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quijote, que vió que ninguno de los cuatro caminantes hacia caso de él, ni le respondian á su demanda, moria

y rabiaba de despecho y saña; y, si él hallara en las ordenanzas de su caballería, que lícitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder, mal de su grado; pero, por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner á Micomicona en su reino, hubo de callar, y estarse quedo, esperando á ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes: uno de los cuales halló al mancebo que buscaba durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie, ni le buscase, ni menos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo, y le dijo: "Por cierto, señor Don Luis, que responde bien, á quien vos sois, el hábito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os crió." Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró despacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su padre, de que recibió tal sobresalto, que no acertó ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio, y el criado prosiguió, diciendo: "Aquí no hay qué hacer otra cosa, señor Don Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo; porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia.—Pues ¿cómo supo mi padre, dijo Don Luis, que yo venia este camino, y en este traje?—Un estudiante, respondió el criado, á quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió, movido á lástima de las que vió que hacia vuestro padre, al punto que os echó menos; y así, despachó á cuatro

de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí á vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginar se puede, por el buen despacho con que tornaremos, llevándoos á los ojos que tanto os quieren.—Eso, será como yo quisiere, ó como el cielo ordenare, respondió Don Luis.—¿ Qué habeis de querer, ó qué ha de ordenar el cielo fuera de consentir en volveros? porque no ha de ser posible otra cosa." Todas estas razones que entre los dos pasaban, oyó el mozo de mulas junto á quien Don Luis estaba; y, levantándose de allí, fué á decir lo que pasaba á Don Fernando y á Cardenio, y á los demás que ya vestido se habian, á los cuales dijo cómo aquel hombre llamaba de *Don* á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y cómo le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria; y con esto, y con lo que dél sabian de la buena voz que el cielo le habia dado, vinieron todos en gran deseo de saber mas particularmente quién era, y aun de ayudarle si alguna fuerza le quisiesen hacer, y así, se fueron hácia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salió en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara, toda turbada; y, llamando Dorotea á Cardenio aparte, le contó en breves razones la historia del músico y de Doña Clara, á quien él tambien dijo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre, y no se lo dijo tan callando que lo dejase de oir Doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que, si Dorotea no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dijo á Dorotea, que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los cuatro que venian á buscar á Don Luis dentro de la venta, y rodeados dél, persuadiéndole

que luego, sin detenerse un punto, volviese á consolar á su padre. Él respondió, que en ninguna manera lo podia hacer hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretáronle entonces los criados, diciéndole que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian, quisiese ó no quisiese. "Esto no hareis vosotros, replicó Don Luis, si no es llevándome muerto ; aunque, de cualquiera manera que me lleveis, será llevarme sin vida." Ya á esta sazon habian acudido á la porfía todos los mas que en la venta estaban, especialmente Cardenio, Don Fernando, sus camaradas, el oidor, el cura, el barbero y Don Quijote, que ya le pareció que no habia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del mozo, preguntó, á los que llevarle querian, que qué les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho. "Muévenos, respondió uno de los cuatro, dar la vida á su padre, que, por la ausencia deste caballero, queda á peligro de perderla." Á esto dijo Don Luis : "No hay para qué se dé cuenta aquí de mis cosas : yo soy libre, y volveré si me diere gusto, y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza.—Harásela á vuestra merced la razon, respondió el hombre ; y, cuando ella no bastare con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos y lo que somos obligados.—Sepamos qué es esto de raiz," dijo á este tiempo el oidor ; pero el hombre, que le conoció como vecino de su casa, respondió : "¿No conoce vuestra merced, señor oidor, á este caballero, que es el hijo de su vecino, el cual se ha ausentado de casa de su padre en el hábito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver ?" Miróle entonces el oidor mas atenta-

mente, y conocióle, y, abrazándole, dijo: "¿Qué niñerías son estas, señor Don Luis, ó qué causas tan poderosas, que os hayan movido á venir de esta manera, y en este traje que dice tan mal con la calidad vuestra?" Al mozo se le vinieron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra al oidor, el cual dijo á los cuatro que se sosegasen, que todo se haria bien; y, tomando por la mano á Don Luis, le apartó á una parte, y le preguntó, qué venida habia sido aquella. Y, en tanto que le hacia esta y otras preguntas, oyeron grandes voces á la puerta de la venta; y era la causa dellas, que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habian intentado irse sin pagar lo que debian; mas el ventero, que atendia mas á su negocio que á los ajenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños; y así, le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron á otro mas desocupado, para poder socorrerle, que á Don Quijote, á quien la hija de la ventera dijo: "Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le están moliendo como á cibera." Á lo cual respondió Don Quijote, muy de espacio y con mucha flema: "Fermosa doncella, no há lugar por ahora vuestra peticion, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas, lo que yo podré hacer, por serviros, es lo que ahora diré: corred, y decid á vuestro padre que se entretenga

en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia á la princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita ; que, si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della.—¡ Pecadora de mí ! dijo á esto Maritornes, que estaba delante : primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo.—Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió Don Quijote ; que, como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré, á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó, por lo menos, os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedeis mas que medianamente satisfechas ;" y, sin decir mas, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La princesa se la dió de buen talante, y él luego, embrazando su adarga y poniendo mano á su espada, acudió á la puerta de la venta, adonde aun todavía traian los dos huéspedes á maltraer al ventero ; pero, así como llegó, embazó y se estuvo quedo, aunque Maritornes y la ventera le decian que en qué se detenia, que socorriese á su señor y marido.—Deténgome, dijo Don Quijote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderil ; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza." Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mojicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritornes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de

Don Quijote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre. Pero dejémosle aquí, que no faltará quién le socorra, ó, si no, sufra y calle el que se atreve á mas de á lo que sus fuerzas le prometen, y volvámonos atrás cincuenta pasos, á ver qué fué lo que Don Luis respondió al oidor, que le dejamos aparte preguntándole la causa de su venida á pié y de tan vil traje vestido ; á lo cual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y, derramando lágrimas en grande abundancia, le dijo : " Señor mio, yo no sé deciros otra cosa sino que, desde el punto que quiso el cielo, y facilitó nuestra vecindad, que yo viese á mi señora Doña Clara, hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad ; y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no lo impide, en este mismo dia ha de ser mi esposa. Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje, para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanco, ó como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos mas de lo que ha podido entender de algunas veces que, desde lejos, ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y cómo yo soy su único heredero : si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recibidme luego por vuestro hijo ; que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades." Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado, así de haber oido el modo y la discrecion con que Don Luis le habia descubierto

su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el qué poder tomar en tan repentino y no esperado negocio; y así, no respondió otra cosa sino que se sosegase por entonces, y entretuviese á sus criados, que por aquel dia no le volviesen, por que se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estuviese. Besóle las manos por fuerza Don Luis, y aun se las bañó con lágrimas, cosa que pudiera enternecer un corazon de mármol, no solo el del oidor, que, como discreto, ya habia conocido cuán bien le estaba á su hija aquel matrimonio; puesto que, si fuera posible, lo quisiera efectuar con voluntad del padre de Don Luis, del cual sabia, que pretendia hacer de título á su hijo. Ya, á esta sazon, estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues, por persuasion y buenas razones de Don Quijote, mas que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de Don Luis aguardaban el fin de la plática del oidor y la resolucion de su amo, cuando el demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entró en la venta el barbero á quien Don Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo; el cual barbero, llevando su jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza que estaba aderezando no sé qué de la albarda; y, así como la vió, la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho, diciendo: "¡Ah don ladron, que aquí os tengo! venga mi bacía y mi albarda, con todos mis aparejos que me robastes!" Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda, y con la otra dió un mojicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dejó el barbero la presa que tenia hecha en el albarda;

antes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decia : " ¡ Aquí del Rey y de la justicia ! que, sobre cobrar mi hacienda, me quiere matar este ladron salteador de caminos.—Mentís, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor Don Quijote estos despojos." Ya estaba Don Quijote delante, con mucho contento de ver cuán bien se defendia y ofendia su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazon de armarle caballero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que seria en él bien empleada la órden de la caballería. Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso de la pendencia, vino á decir : " Señores, así esta albarda es mia como la muerte que debo á Dios, y así la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir ; si no, pruébensela, y, si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame ; y hay mas, que el mismo dia que ella se me quitó, me quitaron tambien una bacía de azófar nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudo." Aquí no se pudo contener Don Quijote sin responder, y, poniéndose entre los dos, y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo : " Por que vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será el yelmo de Mambrino, el cual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legítima y lícita posesion : en lo del albarda no me entremeto, que, lo que en ello sabré decir, es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos

adornar el suyo: yo se la dí, y él los tomó; y, de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razon si no es la ordinaria, que, como esas trasformaciones, se ven en los sucesos de la caballería: para confirmacion de lo cual, corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía.—¡ Pardiez, señor! dijo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intencion que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino como el jaez de este buen hombre albarda.—Haz lo que te mando, replicó Don Quijote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento." Sancho fué á do estaba la bacía, y la trujo; y, así como Don Quijote la vió, la tomó en las manos, y dijo: " Miren vuestras mercedes, con qué cara podrá decir este escudero que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro, por la órden de caballería que profeso, que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna.—En eso no hay duda, dijo á esta sazon Sancho; porque, desde que mi señor le ganó, hasta ahora, no ha hecho con él mas de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados; y, si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.—





CAPÍTULO XLV

DONDE SE ACABA DE AVERIGUAR LA DUDA DEL YELMO DE MAMBRINO Y DE LA ALBARDA, Y OTRAS AVENTURAS SUCEDIDAS CON TODA VERDAD

¿ QUÉ les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bacía, sino yelmo ?— Y quien lo contrario dijere, dijo Don Quijote, le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y, si escudero, que remiente mil veces." Nuestro barbero, que á todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de Don Quijote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la burla, para que todos riesen ; y dijo, hablando con el otro barbero : " Señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas há de veinte años carta de exámen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la

barbería, sin que le falte uno, y ni mas ni menos fuí un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien qué es yelmo, y qué es morrion y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados ; y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo como está lejos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira : tambien digo que este, aunque es yelmo, no es yelmo entero.—No, por cierto, dijo Don Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera.—Así es," dijo el cura, que ya habia entendido la intencion de su amigo el barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, Don Fernando y sus camaradas ; y aun el oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de Don Luis, ayudara por su parte á la burla ; pero las veras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco ó nada atendia á aquellos donaires. " ¡ Válame Dios ! dijo á esta sazon el barbero burlado, ¡ que es posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía, sino yelmo ! cosa parece esta que puede poner en admiracion á toda una universidad, por discreta que sea. Basta ; si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho.—Á mí, albarda me parece, dijo Don Quijote ; pero ya he dicho, que en eso no me entremeto.—De que sea albarda ó jaez, dijo el cura, no está en mas de decirlo el señor Don Quijote, que, en estas cosas de la caballería, todos estos señores y yo le damos la ventaja.—¡ Por Dios, señores mios ! dijo Don Quijote ; que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos

veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que, acerca de lo que en él se contiene, se preguntare, porque imagino que, cuanto en él se trata, va por via de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces; y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber cómo ni cómo no vine á caer en aquella desgracia. Así que, ponerme yo ahora en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, será caer en juicio temerario: en lo que toca á lo que dicen, que esta es bacía, y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero, en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia difinitiva; solo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes: quizá, por no ser armados caballeros, como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos de este lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecian.—No hay duda, respondió á esto Don Fernando, sino que el señor Don Quijote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la difinicion deste caso; y, por que vaya con mas fundamento, yo tomaré en secreto los votos destos señores, y, de lo que resultare, daré entera y clara noticia." Para aquellos que la tenian del humor de Don Quijote, era todo esto materia de grandísima risa; pero, para los que la ignoraban, les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de Don Luis, y á Don Luis ni mas ni menos, y á otros tres pasajeros que acaso habian llegado á la venta, que tenian parecer de ser cuadrilleros, como en efecto lo eran; pero, el que

mas se desesperaba, era el barbero, cuya bacía, allí delante de sus ojos, se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le habia de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reian de ver cómo andaba Don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oido para que en secreto declarasen si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se habia peleado; y, despues que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quijote conocian, dijo en alta voz: "El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo, que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo; y así, habreis de tener paciencia, porque á vuestro pesar, y al de vuestro asno, este es jaez, y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte.—No la tenga yo en el cielo, dijo el pobre barbero, si todos vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios como ella me parece á mí albarda, y no jaez; pero allá van leyes . . . y no digo mas; y en verdad, que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no." No menos causaban risa las necedades que decia el barbero, que los disparates de Don Quijote, el cual, á esta sazon, dijo: "Aquí no hay mas qué hacer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y, á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga." Uno de los cuatro, dijo: "Si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son, ó parecen, todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar que esta no es bacía, ni

aquella albarda; mas, como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque ¡voto á tal! (y arrojóle redondo) que no me den á mí á entender, cuantos hoy viven en el mundo, al revés de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno.—Bien podria ser de borrica, dijo el cura.—Tanto monta, dijo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen." Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habian entrado, que habia oido la pendencia y cuestion, lleno de cólera y de enfado, dijo: "Tan albarda es como mi padre, y, el que otra cosa ha dicho, ó dijere, debe de estar hecho uva.—Mentís como bellaco villano," respondió Don Quijote; y, alzando el lanzon, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que, á no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demás cuadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de Don Luis rodearon á Don Luis, por que, con el alboroto, no se les fuese; el barbero, viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho; Don Quijote puso mano á su espada, y arremetió á los cuadrilleros; Don Luis daba voces á sus criados, que le dejasen á él, y acorriesen á Don Quijote, y á Cardenio, y á Don Fernando, que todos favorecian á Don Quijote; el cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligia,

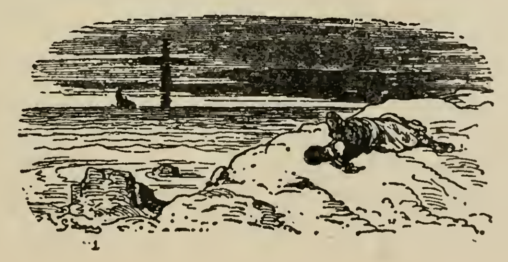
Maritornes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa, y Doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho; Sancho molia al barbero; Don Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo, por que no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre; el oidor le defendia; Don Fernando tenia debajo de sus piés á un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor; el ventero tornó á reforzar la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad; de modo, que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusion de sangre; y, en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á Don Quijote que se veia metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así, dijo con voz que atronaba la venta: "Ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida." Á cuya gran voz, todos se pararon, y él prosiguió, diciendo: "¿No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna region de demonios debe de habitar en él? En confirmacion de lo cual, quiero que veais por vuestros ojos cómo se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad cómo allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga, pues, vuestra merced, señor oidor, y vuestra merced, señor cura, y el uno sirva de rey Agramante, y el otro de rey Sobrino, y póngannos en paz; porque, ¡por Dios Todopoderoso! que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas

tan livianas." Los cuadrilleros, que no entendian el frasis de Don Quijote, y se veian malparados de Don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sosegarse; el barbero sí, porque, en la pendencia, tenia deshechas las barbas y el albarda; Sancho, á la mas mínima voz de su amo, obedeció como buen criado; los cuatro criados de Don Luis tambien se estuvieron quedos, viendo cuán poco les iba en no estarlo; solo el ventero porfiaba que se habian de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta; finalmente, el rumor se apaciguó por entonces; la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de Don Quijote. Puestos, pues, ya en sosiego, y hechos amigos todos, á persuasion del oidor y del cura, volvieron los criados de Don Luis á porfiarle que al momento se viniese con ellos; y, en tanto que él con ellos se avenia, el oidor comunicó con Don Fernando, Cardenio y el cura, qué debia hacer en aquel caso, contándoselo con las razones que Don Luis le habia dicho. En fin, fué acordado, que Don Fernando dijese á los criados de Don Luis, quién él era, y cómo era su gusto que Don Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el marqués seria estimado como el valor de Don Luis merecia, porque desta manera se sabia, de la intencion de Don Luis, que no volveria por aquella vez á los ojos de su padre, si le hiciesen pedazos. Entendida, pues, de los cuatro la calidad de Don Fernando, y la intencion de Don Luis, determinaron entre ellos, que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á Don Luis, y á no dejalle hasta que ellos volviesen por él, ó viese lo que su padre

les ordenaba. Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias, por la autoridad de Agramante y prudencia del rey Sobrino; pero, viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que habia granjeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano resucitando nuevas pendencias y desasosiegos. Es pues el caso, que los cuadrilleros se sosegaron por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiraron de la pendencia, por parecerles que, de cualquiera manera que sucediese, habian de llevar lo peor de la batalla; pero uno dellos, que fué el que fué molido y pateado por Don Fernando, le vino á la memoria que, entre algunos mandamientos que traia para prender algunos delincuentes, traia uno contra Don Quijote, á quien la Santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, y como Sancho, con mucha razon, habia temido. Imaginando, pues, esto, quiso certificarse si las señas que de Don Quijote traia, venian bien; y, sacando del seno un pergamino, topó con el que buscaba, y, poniéndosele á leer de espacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leia, ponia los ojos en Don Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quijote, y halló que, sin duda alguna, era el que el mandamiento rezaba; y apenas se hubo certificado, cuando, recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asió á Don Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decia: "¡ Favor á la Santa Hermandad! y, para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este

salteador de caminos." Tomó el mandamiento el cura, y vió cómo era verdad cuanto el cuadrillero decia, y cómo convenia con las señas con Don Quijote, el cual, viéndose tratar mal de aquel villano malandrin, puesta la cólera en su punto, y crujiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo él asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que, á no ser socorrido de sus compañeros, allí dejara la vida antes que Don Quijote la presa. El ventero, que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritornes y su hija pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban. Sancho dijo, viendo lo que pasaba: "¡Vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él!" Don Fernando despartió al cuadrillero y á Don Quijote, y, con gusto de entrambos, les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro, bien asidas tenian; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenia al servicio del Rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte, de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oir decir estas razones Don Quijote, y, con mucho sosiego, dijo: "Venid acá, gente soez y mal nacida: ¿saltear de caminos llamais al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caidos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna, por vuestro bajo y vil entendimiento, que el

cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra, cuanto mas la asistencia, de cualquier caballero andante! ¡ Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad! decidme: ¿ quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿ quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus premáticas su voluntad? ¿ quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿ Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿ qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿ qué castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar el escote? ¿ qué rey no le asentó á su mesa? ¿ qué doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y, finalmente, ¿ qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga brios para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?"





CAPÍTULO XLVI

DE LA NOTABLE AVENTURA DE LOS CUADRILLEROS, Y LA GRAN FEROCIDAD DE NUESTRO BUEN CABALLERO DON QUIJOTE

En tanto que Don Quijote esto decia, estaba persuadiendo el cura á los cuadrilleros cómo Don Quijote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para qué llevar aquel negocio adelante, pues, aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dejar por loco: á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de Don Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y, que una vez preso, siquiera le soltasen trecientas. "Con todo eso, dijo el cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dejará llevarse, á lo que yo entiendo." En efecto, tanto les supo el cura decir, y tantas locuras supo Don

Quijote hacer, que mas locos fueran, que no él, los cuadrilleros, si no conocieran la falta de Don Quijote; y así tuvieron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistian con gran rancor á su pendencia. Finalmente, ellos, como miembros de justicia, mediaron la causa, y fueron árbitros della de tal modo, que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, á lo menos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y, en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el cura, á socapa, y sin que Don Quijote lo entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entonces ni por siempre jamás amen. Sosegadas pues estas dos pendencias, que eran las mas principales y de mas tomo, restaba que los criados de Don Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde Don Fernando le queria llevar: y, como ya la buena suerte y mejor fortuna habia comenzado á romper lanzas, y á facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo y dar á todo felice suceso, porque los criados se contentaron de cuanto Don Luis queria, de que recibió tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella sazon la mirara el rostro, que no conociera el regocijo de su alma. Zoraida, aunque no entendia bien todos los sucesos que habia visto, se entristecia y alegraba á bulto, conforme veia y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su español, en quien tenia siempre puestos los ojos y traia colgada el alma. El ventero, á quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el cura habia hecho al barbero, pidió

el escote de Don Quijote, con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rocinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el cura, y lo pagó Don Fernando, puesto que el oidor, de muy buena voluntad, habia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quijote habia dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Otaviano: de todo lo cual fué comun opinion, que se debian dar las gracias á la buena intencion y mucha elocuencia del señor cura, y á la incomparable liberalidad de Don Fernando. Viéndose, pues, Don Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que seria bien seguir su comenzado viaje, y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido; y así, con resoluta determinacion, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él, por obedecella, se puso en pié, y le dijo: "Es comun proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura; y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia, que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la vitoria antes que el contrario se ponga en defensa: todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo, ya es sin provecho, y podria sernos de tanto daño, que lo echásemos de ver algun dia: porque ¿quién sabe



"¡Oh caballero de la Triste Figura! no te dé afincamiento la prision en que vas"

si, por ocultas espías y diligentes, habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante, de que yo voy á destruille, y, dándole lugar el tiempo, se fortificase en algun inexpugnable castillo ó fortaleza contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Así que, señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura, que no está mas de tenerla vuestra grandeza, como desea, de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario." Calló, y no dijo mas Don Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la fermosa infanta, la cual, con ademan señoril y acomodado al estilo de Don Quijote, le respondió desta manera: "Yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumpla, para que veais que hay agradecidas mujeres en el mundo; y en lo de mi partida, sea luego, que yo no tengo mas voluntad que la vuestra; disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante; que, la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare.—Á la mano de Dios, dijo Don Quijote; pues, así es, que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla, y ponella en su heredado trono: la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino; porque suele decirse, que *en la tardanza está el peligro;* y, pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, á Roci-

nante, y apareja tu jumento y el palafren de la reina, y despidámonos del castellano y destos señores, y vamos de aquí luego al punto." Sancho, que á todo estaba presente, dijo, meneando la cabeza á una parte y á otra: "¡Ay señor, señor, y cómo hay mas mal en el aldegüela que se suena! con perdon sea dicho de las tocas honradas.—¿Qué mal puede haber en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio, villano?—Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dejaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir á su señor. —Dí lo que quisieres, replicó Don Quijote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo; que, si tú le tienes, haces como quien eres, y, si yo no le tengo, hago como quien soy.—No es eso, ¡pecador fuí yo á Dios! respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora, que se dice ser reina del gran reino Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque, á ser lo que ella dice, no se anduviera hocicando con alguno de los que están en la rueda, á vuelta de cabeza y á cada traspuesta." Paróse colorada, con las razones de Sancho, Dorotea, porque era verdad que su esposo Don Fernando, alguna vez, á hurto de otros ojos, habia cogido con los labios parte del premio que merecian sus deseos; lo cual habia visto Sancho, y parecídole que aquella desenvoltura mas era de dama cortesana que de reina de tan gran reino, y no pudo ni quiso responder palabra á Sancho, sino dejóle proseguir en su plática, y él fué diciendo: "Esto digo, señor, porque si, al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores dias, ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que

se está holgando en esta venta, no hay para qué darme priesa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento y aderece el palafren, pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos." ¡ Oh, válame Dios, y cuán grande que fué el enojo que recibió Don Quijote oyendo las descompuestas palabras de su escudero ! Digo que fué tanto, que, con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo : "¡ Oh bellaco villano, malmirado, descompuesto é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente ! ¿ tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion ? ¡ Vete de mi presencia, mónstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las reales personas ! ¡ vete, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira ! " y diciendo esto, enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pié derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas : á cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus piés la tierra, y le tragara ; y no supo qué hacerse, sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de Don Quijote, dijo, para templarle la ira : "No os despecheis, señor caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasion, ni de su buen

entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie ; y así se ha de creer, sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos, señor caballero, decís, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho hubiese visto, por esta diabólica via, lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad.—Por el Omnipotente Dios juro, dijo á esta sazon Don Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie.—Así es, y así será, dijo Don Fernando ; por lo cual debe vuestra merced, señor Don Quijote, perdonalle, y reducille al gremio de su gracia, *sicut erat in principio*, antes que las tales visiones le sacasen de juicio." Don Quijote respondió, que él le perdonaba ; y el cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, y hincándose de rodillas pidió la mano á su amo, y él se la dió, y, despues de habérsela dejado besar, le echó la bendicion, diciendo : " Ahora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento.—Así lo creo yo, dijo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por via ordinaria. —No lo creas, respondió Don Quijote ; que, si así fuera, yo te vengara entonces, y aun ahora ; pero, ni entonces ni ahora, pude ni ví en quién tomar venganza de tu agravio." Desearon saber todos qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto

por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no menos se corriera Sancho si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamento, puesto que jamás llegó la sandez de Sancho á tanto que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creia y lo afirmaba. Dos dias eran ya pasados los que habia que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta; y, pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron órden para que, sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y Don Fernando con Don Quijote á su aldea, con la invencion de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el cura y el barbero llevársele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué, que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma: hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente Don Quijote; y luego, Don Fernando y sus camaradas, con los criados de Don Luis y los cuadrilleros, juntamente con el ventero, todos, por órden y parecer del cura, se cubrieron los rostros, y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que á Don Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormia, y, asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los piés, de modo que, cuando él despertó con sobresalto, no pudo

menearse ni hacer otra cosa mas que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visajes, y luego dió en la cuenta de lo que su contínua y desvariada imaginacion le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podia menear ni defender, todo á punto como habia pensado que sucederia el cura, trazador desta máquina. Solo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca hasta ver en qué paraba aquel asalto y prision de su amo, el cual tampoco hablaba palabra atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fué que, trayendo allí la jaula, le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente que no se pudieran romper á dos tirones. Tomáronle luego en hombros, y, al salir del aposento, se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el barbero, no el del albarda, sino el otro, que decia: "¡Oh caballero de la Triste Figura! no te dé afincamiento la prision en que vas, porque así conviene para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso; la cual se acabará cuando el furibundo leon manchego con la blanca paloma tobosina yacieren en uno, ya despues de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco: de cuyo inaudito consorcio saldrán á la luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre; y esto será antes que el seguidor de la fugitiva Ninfa faga dos vegadas la visita de las lucientes imágines con su

rápido y natural curso. Y tú, ¡ oh el mas noble y obediente escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro y olfato en las narices ! no te desmaye ni descontente ver llevar así, delante de tus ojos mismos, á la flor de la caballería andante ; que presto, si al Plasmador del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor ; y asegúrote, de parte de la sábia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra ; y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas donde pareis entrambos ; y, porque no me es lícito decir otra cosa, á Dios quedad, que yo me vuelvo adonde yo me sé ;" y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oian. Quedó Don Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpétua de la Mancha ; y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y, dando un gran suspiro, dijo : " ¡ Oh tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado ! ruégote que pidas de mi parte, al sábio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prision donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho ; que, como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro

campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso ; y, en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza, mi escudero, yo confío de su bondad y buen proceder que no me dejará en buena ni en mala suerte ; porque cuando no suceda, por la suya ó por mi corta ventura, el poderle yo dar la ínsula, ó otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse ; que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia." Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas las manos, porque la una no pudiera, por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.





CAPÍTULO XLVII

DEL EXTRAÑO MODO CON QUE FUÉ ENCANTADO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, CON OTROS FAMOSOS SUCESOS

Cuando Don Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro, dijo: "Muchas y muy graves historias he yo leido de caballeros andantes; pero jamás he leido, ni visto, ni oido, que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires, con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nube, ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipogrifo ó otra bestia semejante; pero, que me lleven á mí ahora sobre un carro de bueyes, ¡vive Dios! que me pone en confusion; pero quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos deben de seguir

otro camino que siguieron los antiguos; y tambien podria ser que, como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamentos, y otros modos de llevar á los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo?—No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leido como vuestra merced en las escrituras andantes; pero, con todo eso, osaria afirmar y jurar que estas visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas.—¡Católicas, mi padre! respondió Don Quijote; ¿cómo han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos, para venir á hacer esto y á ponerme en este estado? y, si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás cómo no tienen cuerpos sino de aire, y cómo no consisten mas de en la apariencia.—¡Par Dios, señor! replicó Sancho, ya yo los he tocado; y este diablo que aquí anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oido decir que tienen los demonios; porque, segun se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores; pero este huele á ámbar, de media legua." Decia esto Sancho, por Don Fernando, que, como tan señor, debia de oler á lo que Sancho decia. "No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió Don Quijote; porque te hago saber, que los diablos saben mucho; y, puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus; y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas; y la razon es que, como ellos, donde quiera que están, traen el infierno consigo, y no pueden recebir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que

deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena; y si á tí te parece que ese demonio que dices huele á ámbar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio." Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado; y, temiendo Don Fernando y Cardenio que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida; y, llamando aparte al ventero, le ordenaron que ensillase á Rocinante, y enalbardase el jumento de Sancho, el cual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto, el cura se habia concertado con los cuadrilleros que le acompañasen hasta su lugar, dándoles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante, del un cabo la adarga, y del otro la bacía; y, por señas, mandó á Sancho que subiese en su asno, y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á los dos cuadrilleros, con sus escopetas; pero, antes que se moviese el carro, salió la ventera, su hija y Maritornes, á despedirse de Don Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia, á quien Don Quijote dijo: "No lloreis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anejas á los que profesan lo que yo profeso; y, si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero andante; porque, á los caballeros de poco nombre y fama, nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: á los valerosos, sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes y á muchos otros caballeros que procuran por malas vias destruir á los buenos. Pero, con todo eso, la virtud es tan poderosa, que por sí sola, á pesar de toda

la nigromancia que supo su primer inventor Zoroastes, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo, como la da el sol en el cielo. Perdonadme, fermosas damas, si algun desaguisado, por descuido mio, os he fecho; que, de voluntad y á sabiendas, jamás le dí á nadie; y rogad á Dios me saque de estas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto; que, si dellas me veo libre, no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho, para gratificarlas, servillas y recompensallas como ellas merecen." En tanto que las damas del castillo esto pasaban con Don Quijote, el cura y el barbero se despidieron de Don Fernando y sus camaradas, y del capitan y de su hermano, y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron, y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo Don Fernando al cura dónde habia de escribirle, para avisarle en lo que paraba Don Quijote, asegurándole que no habria cosa que mas gusto le diese que saberlo; y que él, ansimismo, le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto, así de su casamiento, como del bautismo de Zoraida, y suceso de Don Luis, y vuelta de Luscinda á su casa. El cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba, con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al cura, y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un aforro de la maleta donde se halló la novela del *Curioso Impertinente;* y que, pues su dueño no habia vuelto mas por allí, que se los llevase todos, que, pues él no sabia leer, no los queria. El cura se lo agradeció, y, abriéndolos luego, vió que al principio del escrito

decia: *Novela de Rinconete y Cortadillo;* por donde entendió ser alguna novela, y coligió que, pues la del *Curioso Impertinente* habia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuesen todas de un mismo autor; y así, la guardó, con prosupuesto de leerla cuando tuviese comodidad. Subió á caballo, y tambien su amigo el barbero, con sus antifaces, por que no fuesen luego conocidos de Don Quijote, y pusiéronse á caminar tras el carro; y la órden que llevaban, era esta: iba primero el carro, guiándole su dueño; á los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas; seguia luego Sancho Panza, sobre su asno, llevando de rienda á Rocinante; detrás de todo esto, iban el cura y el barbero, sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando mas de lo que permitia el paso tardo de los bueyes. Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los piés, y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como si no fuera hombre de carne, sino estátua de piedra; y así, con aquel espacio y silencio, caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto á los bueyes; y, comunicándolo con el cura, fué de parecer el barbero que caminasen un poco mas, porque él sabia que, detrás de un recuesto que cerca de allí se mostraba, habia un valle de mas yerba y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del barbero, y así, tornaron á proseguir su camino. En esto volvió el cura el rostro, y vió que, á sus espaldas, venian hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales

fueron presto alcanzados, porque caminaban, no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos, y con deseo de llegar presto á sestear á la venta que menos de una legua de allí se parecia. Llegaron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cortesmente; y uno de los que venian, que, en resolucion, era canónigo de Toledo, y señor de los demás que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, cura y barbero, y mas á Don Quijote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera; aunque ya se habia dado á entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debia de ser algun facineroso salteador, ó otro delincuente cuyo castigo tocase á la Santa Hermandad. Uno de los cuadrilleros, á quien fué hecha la pregunta, respondió así: "Señor, lo que significa ir este caballero desta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos." Oyó Don Quijote la plática, y dijo: "Por dicha, vuestras mercedes, señores caballeros, ¿son versados y peritos en esto de la caballería andante? porque, si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias; y, si no, no hay para qué me canse en decirlas:" y, á este tiempo, habian ya llegado el cura y el barbero, viendo que los caminantes estaban en pláticas con Don Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio. El canónigo, á lo que Don Quijote dijo, respondió: "En verdad, hermano, que sé mas de libros de caballerías que de las *Súmulas* de Villalpando; así que, si no está mas que en esto, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisiéredes.—Á la mano de Dios, replicó Don Quijote: pues, así es,

quiero, señor caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula, por envidia y fraude de malos encantadores; que la virtud, mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos: caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamás la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que, á despecho y pesar de la misma envidia, y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas.—Dice verdad el señor Don Quijote de la Mancha, dijo á esta sazon el cura; que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada, y la valentía enoja. Este es, señor, el caballero de la Triste Figura, si ya le oistes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritas en bronces duros y en eternos mármoles, por mas que se canse la envidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos." Cuando el canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido, y en la misma admiracion cayeron todos los que con él venian. En esto, Sancho Panza, que se habia acercado á oir la plática, para adobarlo todo, dijo: "Ahora, señores, quiéranme bien ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso de ello es, que así va encantado mi señor Don Quijote como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demás

hombres, y como las hacia ayer, antes que le enjaulasen. Siendo esto así, ¿ cómo quieren hacerme á mí entender que va encantado ? pues yo he oido decir á muchas personas, que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan ; y mi amo, si no le van á la mano, hablará mas que treinta procuradores." Y, volviéndose á mirar al cura, prosiguió, diciendo : " ¡ Ah señor cura, señor cura ! ¿ pensará vuestra merced que no le conozco ? y ¿ pensará que yo no calo y adivino adónde se encaminan estos nuevos encantamentos ? pues sepa que le conozco, por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por mas que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni adonde hay escasez, la liberalidad. ¡ Mal haya el diablo ! que, si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde por lo menos, pues no se podia esperar otra cosa, así de la bondad de mi señor el de la Triste Figura, como de la grandeza de mis servicios ; pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda mas lista que una rueda de molino, y que, los que ayer estaban en pinganitos, hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi mujer me pesa ; pues, cuando podian y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho gobernador ó visorey de alguna ínsula ó reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es mas de por encarecer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor Don Quijote deja de hacer en este tiempo que



Don Quijote se vió de aquella manera enjaulado

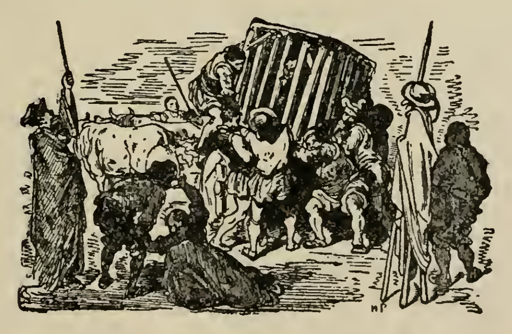
está preso.—¡ Adóbame esos candiles! dijo á este punto el barbero; tambien vos, Sancho, ¿ sois de la cofradía de vuestro amo? ¡ vive el Señor! que voy viendo que le habeis de tener compañía en la jaula, y que habeis de quedar tan encantado como él por lo que os toca de su humor y de su caballería. En mal punto os empreñastes de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseais.—Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dejaria empreñar del Rey que fuese; y, aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada á nadie; y si ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras; y, debajo de ser hombre, puedo venir á ser Papa, cuanto mas gobernador de una ínsula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quién darlas. Vuestra merced mire cómo habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Dígolo, porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso; y, en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédese aquí, porque es peor menearlo." No quiso responder el barbero á Sancho, por que no descubriese con sus simplicidades lo que él y el cura tanto procuraban encubrir, y, por este mismo temor, habia el cura dicho al canónigo que caminase un poco delante, que él le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto. Hízolo así el canónigo, y adelantóse con sus criados y con él: estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condicion, vida, locura y costumbres de Don Quijote, contándole brevemente el principio y causa de su desvarío, y todo el progreso de sus sucesos hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el designio que

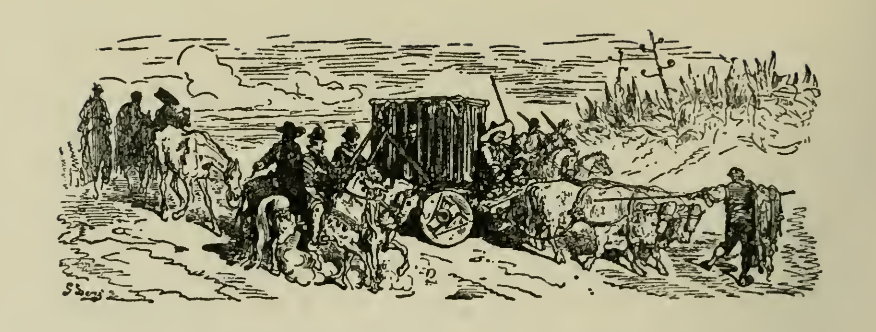
llevaban de llevarle á su tierra para ver si, por algun medio, hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el canónigo de oir la peregrina historia de Don Quijote, y, en acabándola de oir, dijo: "Verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leido, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los mas que hay impresos, jamás me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que, cuál mas, cuál menos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene mas este que aquel, ni estotro que el otro; y, segun á mí me parece, este género de escritura y composicion cae debajo de aquel de las fábulas que llaman *milesias*, que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente; y, puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirle yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que, el deleite que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginacion le ponen delante, y, toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, ó qué proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro ó fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades, como si fuera de alfeñique? Y ¿qué cuando nos quieren pintar una batalla, despues de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millon de combatientes?

Como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo. Pues ¿ qué diremos de la facilidad con que una reina ó emperatriz heredera se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero ? ¿ Qué ingenio, si no es del todo bárbaro é inculto, podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante, como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía, y mañana amanece en tierras del Preste Juan de las Indias, ó en otras que, ni las describió Ptolomeo, ni las vió Marco Polo ? Y si á esto se me respondiese, que, los que tales libros componen, los escriben como cosas de mentira, y que, así, no están obligados á mirar en delicadezas ni verdades, responderles hia yo, que tanto la mentira es mejor, cuanto mas parece verdadera, y tanto mas agrada, cuanto tiene mas de lo dudoso y posible. Hánse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que, facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mismo paso la admiracion y la alegría juntas ; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitacion, en quien consiste la perfeccion de lo que se escribe. No he visto ningun libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que mas parece que llevan intencion á formar una quimera ó un mónstruo, que á hacer una figura pro-

porcionada. Fuera desto, son en el estilo duros, en las hazañas increibles, en los amores lascivos, en las cortesías malmirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y finalmente, ajenos de todo discreto artificio, y, por esto, dignos de ser desterrados de la república cristiana, como gente inútil." El cura le estuvo escuchando con grande atencion, y parecióle hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en cuanto decia; y así le dijo, que, por ser él de su misma opinion, y tener ojeriza á los libros de caballerías, habia quemado todos los de Don Quijote, que eran muchos; y contóle el escrutinio que dellos habia hecho, y los que habia condenado al fuego y dejado con vida, de que no poco se rió el canónigo, y dijo que, con todo cuanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecian para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo por donde, sin empacho alguno, pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas; pintando un capitan valeroso, con todas las partes que para ser tal se requieren; mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y, elocuente orador, persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados; maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando, ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desaforado bárbaro fanfarron; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado; representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores; ya puede mostrarse

astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de Estado, y tal vez le vendrá ocasion de mostrarse nigromante, si quisiere; puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinon, la amistad de Euríalo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Caton, y, finalmente, todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varon ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos; y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invencion, que tire lo mas que fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lazos tejida, que, despues de acabada, tal perfeccion y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho, porque la escritura desatada destos libros da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria, que la épica tambien puede escrebirse en prosa como en verso.—





CAPÍTULO XLVIII

DONDE PROSIGUE EL CANÓNIGO LA MATERIA DE LOS LIBROS DE CABALLERÍAS, CON OTRAS COSAS DIGNAS DE SU INGENIO

Así es, como vuestra merced dice, señor canónigo, dijo el cura; y, por esta causa, son mas dignos de reprension los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina.— Yo, á lo menos, replicó el canónigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado: y, si he de confesar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas; y, para hacer la experiencia de si correspondian á mi estimacion, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes que solo atienden al gusto de oir disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion; pero, con todo esto, no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa ajena de mi profesion, como por ver que es mas el número de los simples que de los prudentes; y que, puesto que es mejor ser

loado de los pocos sábios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros. Pero, lo que mas me le quitó de las manos, y aun del pensamiento de acabarle, fué un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo : si estas que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia, todas ó las mas son conocidos disparates, y cosas que no llevan piés ni cabeza, y, con todo eso, el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo ; y los autores que las componen, y los autores que las representan, dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera ; y que, las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio ; y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos, deste modo vendrá á ser mi libro, al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del cantillo ; y aunque algunas veces he procurado persuadir á los autores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraerán, y mas fama cobrarán, representando comedias que sigan el arte, que no con las disparatadas, ya están tan asidos y encorporados en su parecer, que no hay razon ni evidencia que dél los saque. Acuérdome, que un dia dije á uno destos pertinaces : Decidme : ¿ no os acordais, que há pocos años que se representaron en España tres tragedias, que compuso un famoso poeta de estos reinos, las cuales fueron tales, que

admiraron, alegraron y suspendieron á todos cuantos las oyeron, así simples como prudentes, así del vulgo como de los escogidos, y dieron mas dineros á los representantes, ellas tres solas, que treinta de las mejores que despues acá se han hecho?—¿Sin duda, respondió el autor que digo, que debe de decir vuestra merced, por *La Isabela, La Filis* y *La Alejandra?*—Por esas digo, le repliqué yo; y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si, por guardarlos, dejaron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo: así que, no está la falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí, que no fué disparate *La Ingratitud vengada*, ni le tuvo *La Numancia*, ni se le halló en la del *Mercader amante*, ni menos en *La Enemiga favorable*, ni en otras algunas que de algunos entendidos poetas han sido compuestas, para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado: y otras cosas añadí á estas, con que, á mi parecer, le dejé algo confuso, pero no satisfecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento.—En materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo, dijo á esta sazon el cura, que ha despertado en mí un antiguo rancor que tengo con las comedias que ahora se usan, tal, que iguala al que tengo con los libros de caballerías; porque, habiendo de ser la comedia, segun le parece á Tulio, *espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres, é imágen de la verdad*, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades, é imágines de lascivia: porque ¿qué mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos, que salir un niño en mantillas, en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre

barbado ? Y ¿ qué mayor, que pintarnos un viejo valiente, y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapan, y una princesa fregona ? ¿ Qué diré, pues, de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden ó podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia, que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en África, y aun, si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acabara en América, y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo ? Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia, ¿ cómo es posible que satisfaga á ningun mediano entendimiento que, fingiendo una accion que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlo Magno, al mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el emperador Heraclio, que entró con la Cruz en Jerusalen, y el que ganó la Casa Santa, como Godofre de Bullon, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro ; y, fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sino con patentes errores, de todo punto inexcusables ? Y es lo malo, que hay ignorantes que digan que esto es lo perfeto, y que lo demás es buscar gullurías. Pues ¿ qué si venimos á las comedias divinas ? ¡ Qué de milagros fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un Santo los milagros de otro ! y aun en las humanas se atreven á hacer milagros, sin mas respeto ni consideracion que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire, y venga á la

comedia: que todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios españoles; porque los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes viendo los absurdos y disparates de las que hacemos; y no seria bastante disculpa desto, decir que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad; y que, pues este se consigue con cualquier comedia, buena ó mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan á que las hagan como debian hacerse, pues, como he dicho, con cualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. Á lo cual responderia yo, que este fin se conseguiria mucho mejor, sin comparacion alguna, con las comedias buenas que con las no tales, porque, de haber oido la comedia artificiosa y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea; y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tuviere, mucho mas que aquella que careciere dellas, como, por la mayor parte, carecen estas que de ordinario ahora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen,

porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero, como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarian si no fuesen de aquel jaez; y así, el poeta procura acomodarse con lo que el representante, que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad, véase por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y, finalmente, tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y, por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que, despues de representadas, tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes, y en deshonra de algunos linajes; y todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos mas, que no digo, con que hubiese en la córte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes que se representasen; no solo aquellas que se hiciesen en la córte, sino todas las que se quisiesen representar en España; sin la cual aprobacion, sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna; y desta manera, los comediantes tendrian cuidado de enviar las comedias á la córte, y con seguridad podrian representarlas, y aquellos que las componen mirarian con mas cuidado y estudio lo

que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso exámen de quien lo entiende ; y desta manera se harian buenas comedias, y se conseguiria felicísimamente lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interés y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigarlos : y, si se diese cargo á otro, ó á este mismo, que examinase los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los mas ocupados, pues no es posible que esté contínuo el arco armado, ni la condicion y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreacion." Á este punto de su coloquio llegaban el canónigo y el cura, cuando, adelantándose el barbero, llegó á ellos, y dijo al cura : "Aquí, señor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que, sesteando nosotros, tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto.—Así me lo parece á mí," respondió el cura ; y, diciéndole al canónigo lo que pensaba hacer, él tambien quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia ; y así por gozar dél, como de la conversacion del cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber mas por menudo las hazañas de Don Quijote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no lejos de allí estaba, y trujesen della lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde : á

lo cual, uno de sus criados respondió, que la acémila del repuesto, que ya debia de estar en la venta, traia recado bastante para no obligar á tomar de la venta mas que cebada. " Pues así es, dijo el canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver la acémila." En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo sin la contínua asistencia del cura y el barbero, que tenia por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba su amo, y le dijo : " Señor, para descargo de mi conciencia, le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento ; y es, que aquestos dos que vienen aquí, encubiertos los rostros, son el cura de nuestro lugar y el barbero, y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera, de pura envidia que tienen cómo vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaido y tonto. Para prueba de lo cual, le quiero preguntar una cosa ; y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y verá cómo no va encantado, sino trastornado el juicio.—Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho, respondió Don Quijote, que yo te satisfaré y responderé á toda tu voluntad ; y, en lo que dices que aquellos que allí van y vienen con nosotros, son el cura y el barbero, nuestros compatriotos y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos ; pero que lo sean realmente y en efecto, eso no lo creas en ninguna manera : lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que, los que me han encantado, habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las destos nuestros amigos,

para darte á tí ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél, aunque tuvieses la soga de Teseo; y tambien lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de dónde me viene este daño; porque si, por una parte, tú me dices que me acompañan el barbero y el cura de nuestro pueblo, y, por otra, yo me veo enjaulado, y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga ó piense, sino que la manera de mi encantamento excede á cuantas yo he leido en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Así, que bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque, así son ellos, como yo soy turco; y, en lo que toca á querer preguntarme algo, dí, que yo te responderé, aunque me preguntes de aquí á mañana.—¡Válame Nuestra Señora! respondió Sancho, dando una gran voz; y ¿es posible que sea vuestra merced tan duro de celebro y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgracia tiene mas parte la malicia que el encanto? Pero, pues así es, yo le quiero probar evidentemente cómo no va encantado: si no, dígame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando menos piense.—Acaba de conjurarme, dijo Don Quijote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad.—Eso pido, replicó Sancho; y lo que quiero saber es, que me diga, sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que pro-

fesan las armas, como vuestra merced las profesa, debajo de título de caballeros andantes.—Digo, que no mentiré en cosa alguna, respondió Don Quijote; acaba ya de preguntar, que en verdad, que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho. —Digo, que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo; y así, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento: ¿si acaso, despues que vuestra merced va enjaulado, y, á su parecer, encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse?—No entiendo eso de hacer aguas, Sancho; aclárate mas, si quieres que te responda derechamente.—¿Es posible que no entiende vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores? pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa, que quiero decir: ¿si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa?—Ya, ya te entiendo, Sancho; y muchas veces, y aun ahora, la tengo; sácame deste peligro, que no anda todo limpio.—





CAPÍTULO XLIX

DONDE SE TRATA DEL DISCRETO COLOQUIO QUE SANCHO PANZA TUVO CON SU SEÑOR DON QUIJOTE

¡ Ah ! dijo Sancho, cogido le tengo : esto es lo que yo deseaba saber, como al alma y como á la vida. Venga acá, señor : ¿ podria negar lo que comunmente suele decirse por ahí, cuando una persona está de mala voluntad :—no sé qué tiene Fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado ?—de donde se viene á sacar, que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados ; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan.—Verdad dices, Sancho, respondió Don Quijote ; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamentos,



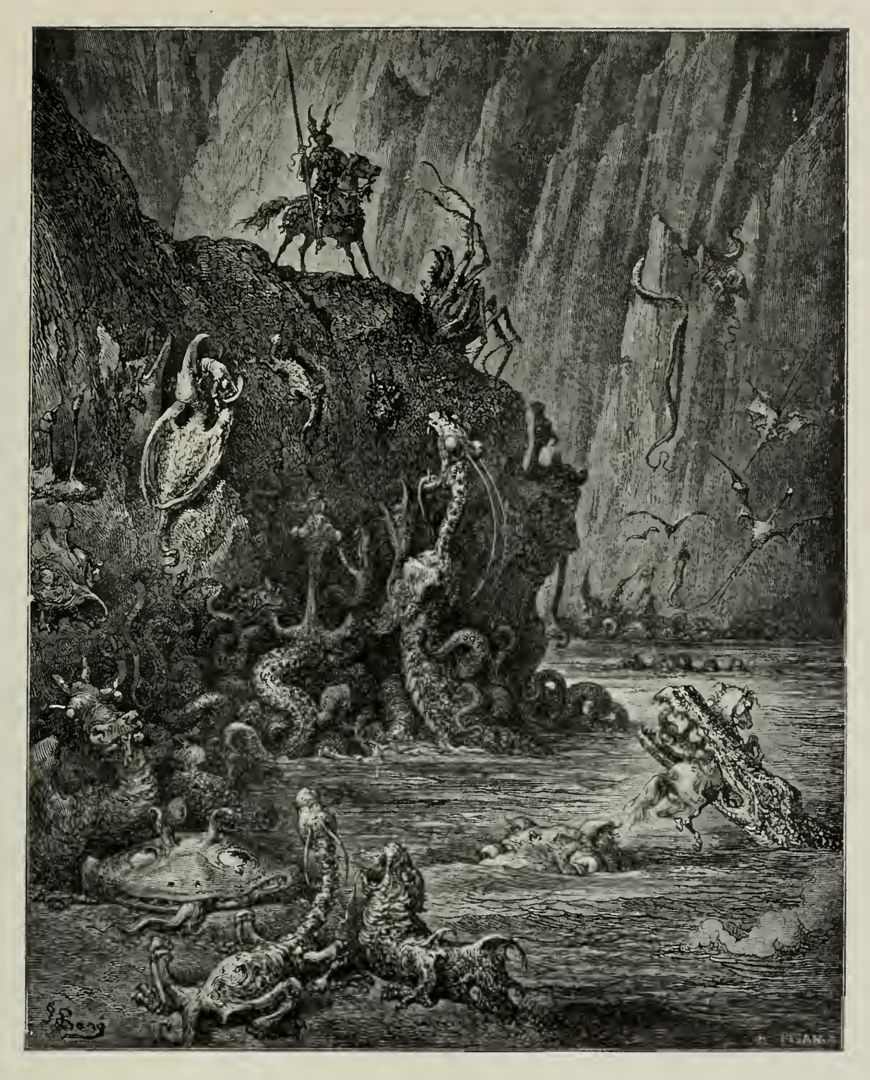
"Así es, como vuestra merced dice. señor canónigo," dijo el cura

y podria ser que, con el tiempo, se hubiesen mudado de unos en otros, y que ahora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacian ; de manera que, contra el uso de los tiempos, no hay qué argüir ni de qué hacer consecuencias : yo sé, y tengo para mí, que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula, perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterosos y necesitados que, de mi ayuda y amparo, deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad.—Pues, con todo eso, replicó Sancho, digo que, para mayor abundancia y satisfacion, seria bien que vuestra merced probase á salir desta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun sacarle della, y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va encantado, segun va de malencólico y triste ; y, hecho esto, probásemos otra vez la suerte de buscar mas aventuras ; y, si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula : en lo cual prometo, á la ley de buen y leal escudero, de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, ó yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo.—Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó Don Quijote ; y, cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo ; pero tú, Sancho, verás cómo te engañas en el conocimiento de mi desgracia." En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el malandante escudero, hasta que llegaron donde, ya apeados, los aguardaban el

cura, el canónigo y el barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como Don Quijote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero; el cual rogó al cura, que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque, si no le dejaban salir, no iria tan limpia aquella prision como requeria la decencia de un tal caballero como su amo. Entendióle el cura, y dijo que de muy buena gana haria lo que le pedia, si no temiera que, en viéndose su señor en libertad, habia de hacer de las suyas, y irse donde jamás gentes le viesen. "Yo le fio de la fuga, respondió Sancho.—Y yo y todo, dijo el canónigo, y mas si él me da la palabra, como caballero, de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad.—Sí doy, respondió Don Quijote, que todo lo estaba escuchando; cuanto mas que, el que está encantado como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere; porque, el que le encantó, le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos; y, si hubiere huido, le hará volver en volandas; y que, pues esto era así, bien podian soltarle, y mas siendo tan en provecho de todos; y, del no soltarle, les protestaba que no podia dejar de fatigarles el olfato si de allí no se desviaban." Tomóle la mano el canónigo, aunque las tenia atadas, y, debajo de su buena fe y palabra, le desenjaularon, de que él se alegró infinito y en grande manera de verse fuera de la jaula; y, lo primero que hizo, fué estirarse todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y, dándole dos palmadas en las ancas, dijo: "Aun espero en Dios y en su Bendita Madre, ¡flor y espejo de los

caballos! que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos: tú, con tu señor á cuestas, y yo encima de tí, ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo;" y, diciendo esto, Don Quijote se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado, y con mas deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase. Mirábalo el canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que, en cuanto hablaba y respondia, mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venia á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías; y así, movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerba, para esperar el repuesto del canónigo, le dijo: "¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa letura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio de modo, que venga á creer que va encantado, con otras cosas de este jaez, tan lejos de ser verdaderas, como lo está la misma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises, y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Félixmarte de Hircania, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes, y, finalmente, tantas y tan disparatadas cosas como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir,

que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento; pero, cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el fuego, si cerca ó presente le tuviera, bien como á merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasion que el vulgo ignorante venga á creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen; y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traido á términos que sea forzoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae ó lleva algun leon ó algun tigre de lugar en lugar, para ganar con él, dejando que le vean. ¡Ea, señor Don Quijote! duélase de sí mismo, y redúzgase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra letura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra; y si todavía, llevado de su natural inclinacion, quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la SACRA ESCRITURA el *De los Jueces*, que allí hallará verdades grandiosas, y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania; un César, Roma; un Aníbal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un conde Fernan Gonzalez, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernandez, Andalucía; un Diego García de Paredes, Extremadura; un Garci Perez de Vargas, Jerez; un Garcilaso,



Un gran lago de pez hirviendo a borbollones, en que andan nadando y cruzando muchos géneros de animales feroces y espantables

Toledo; un Don Manuel de Leon, Sevilla: cuya lecion de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar á los mas altos ingenios que los leyeren. Esta sí será letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor Don Quijote mio, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía; y, todo esto, para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do, segun he sabido, trae vuestra merced su principio y orígen." Atentísimamente estuvo Don Quijote escuchando las razones del canónigo; y, cuando vió que ya habia puesto fin á ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando, le dijo: "Paréceme, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme á entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores, é inútiles para la república, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, habiéndome puesto á seguir la durísima profesion de la caballería andante que ellos enseñan, negándome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas.—Todo es al pié de la letra, como vuestra merced lo va relatando," dijo á esta sazon el canónigo. Á lo cual respondió Don Quijote: "Añadió tambien vuestra merced, diciendo que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me seria mejor hacer la enmienda, y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleitan y enseñan.—Así es, dijo el canónigo.—

Pues yo, replicó Don Quijote, hallo por mi cuenta, que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recebida en el mundo, y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecia la misma pena que vuestra merced dice que da á los libros cuando los lee y le enfadan; porque, querer dar á entender á nadie que Amadis no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra, ni el hielo enfria, ni la tierra sustenta; porque ¿qué ingenio puede haber en el mundo, que pueda persuadir á otro que no fué verdad lo de la infanta Floripes y Güi de Borgoña, y lo de Fierabrás con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlo Magno? que ¡voto á tal! que es tanta verdad como es ahora de dia; y, si es mentira, tambien lo debe de ser que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los Doce Pares de Francia, ni el rey Artus de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reino por momentos; y tambien se atreverán á decir que es mentirosa la *Historia de Guarino Mezquino*, y la de la *Demanda del Santo Grial*, y que son apócrifos los amores de Don Tristan y la reina Iseo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañona, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña; y es esto tan así, que me acuerdo yo que me decia una mi agüela de parte de mi padre, cuando veia alguna dueña con tocas reverendas: Aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona: de donde arguyo yo, que la debió de conocer ella, ó, por lo menos,

debió de alcanzar á ver algun retrato suyo. Pues ¿ quién podrá negar no ser verdadera la *Historia de Pierres y la linda Magalona*, pues aun hasta hoy dia se vé, en la Armería de los Reyes, la clavija con que volvia el caballo de madera sobre quien iba el valiente Pierres por los aires, que es un poco mayor que un timon de carreta ? y, junto á la clavija, está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerpo de Roldan, tamaño como una grande viga ; de donde se infiere, que hubo Doce Pares, que hubo Pierres, que hubo Cides, y otros caballeros semejantes destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Si no, díganme tambien que no es verdad que fué caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Ras, con el famoso señor de Charny, llamado Mosen Pierres, y despues en la ciudad de Basilea, con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama ; y las aventuras y desafíos que tambien acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varon), venciendo á los hijos del conde de San Polo. Niéguenme asimismo, que no fué á buscar las aventuras á Alemania Don Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, del Paso ; las empresas de Mosen Luis de Falces contra Don Gonzalo de Guzman, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno á decir que, el que las negase, careceria de toda razon y buen discurso." Admirado quedó el

canónigo de oir la mezcla que Don Quijote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería ; y así, le respondió : " No puedo yo negar, señor Don Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles ; y asimismo quiero conceder, que hubo Doce Pares de Francia ; pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpin dellos describe : porque la verdad dello es, que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quien llamaron *Pares*, por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía : á lo menos, si no lo eran, era razon que lo fuesen, y era como una religion de las que ahora se usan, de Santiago ó de Calatrava, que se presupone que, los que la profesan, han de ser, ó deben ser, caballeros valerosos, valientes y bien nacidos ; y como ahora dicen *caballero de San Juan*, ó *de Alcántara*, decian en aquel tiempo *caballero de los Doce Pares*, porque fueron doce iguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que hubo Cid, no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio ; pero, de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra merced dice del conde Pierres, y que está junto á la silla de Babieca, en la Armería de los Reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante ó tan corto de vista, que, aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y mas siendo tan grande, como vuestra merced ha dicho.—Pues allí está sin duda alguna, replicó Don Quijote, y, por mas señas, dicen que está metida en una funda de vaqueta, por que no se tome de

moho.—Todo puede ser, respondió el canónigo ; pero, ¡ por las órdenes que recebí ! que no me acuerdo haberla visto ; mas, puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan ; ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.—





CAPÍTULO L

DE LAS DISCRETAS ALTERCACIONES QUE DON QUIJOTE Y EL CANÓNIGO TUVIERON, CON OTROS SUCESOS

¡ Bueno está eso ! respondió Don Quijote ; los libros que están impresos con licencia de los reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitieron, y que, con gusto general, son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, de todo género de personas, de cualquier estado y condicion que sean, ¿ habian de ser mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar, y las hazañas, punto por punto y dia por dia, que el tal caballero hizo, ó caballeros hicieron ? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame, que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto ; si no, léalos, y verá

el gusto que recibe de su leyenda. Si no, dígame: ¿ hay mayor contento que ver, como si dijésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que, del medio del lago, sale una voz tristísima, que dice :—¡ Tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando ! si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor ; porque, si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete fadas que debajo desta negregura yacen :— y que, apenas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa, cuando, sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y, cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa ? Allí le parece que el cielo es mas trasparente, y que el sol luce con claridad mas nueva ; ofrécesele á los ojos una apacible floresta, de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oidos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos que por los intricados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas

semejan. Acullá vé una artificiosa fuente, de jaspe variado y de liso mármol compuesta; acá vé otra, á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas, con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con órden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor; de manera que el arte, imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá, de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos; finalmente, él es de tan admirable compostura, que, con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura; y ¿hay mas qué ver, despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora á decirlos como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar, y tomar luego, la que parecia principal de todas, por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle, sin hablarle palabra, dentro del rico alcázar ó castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella, y echarle un manton sobre los hombros, que, por lo menos menos, dicen que suele valer una ciudad, y aun mas? ¿qué es ver, pues, cuando nos cuentan que, tras todo esto, le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿qué el



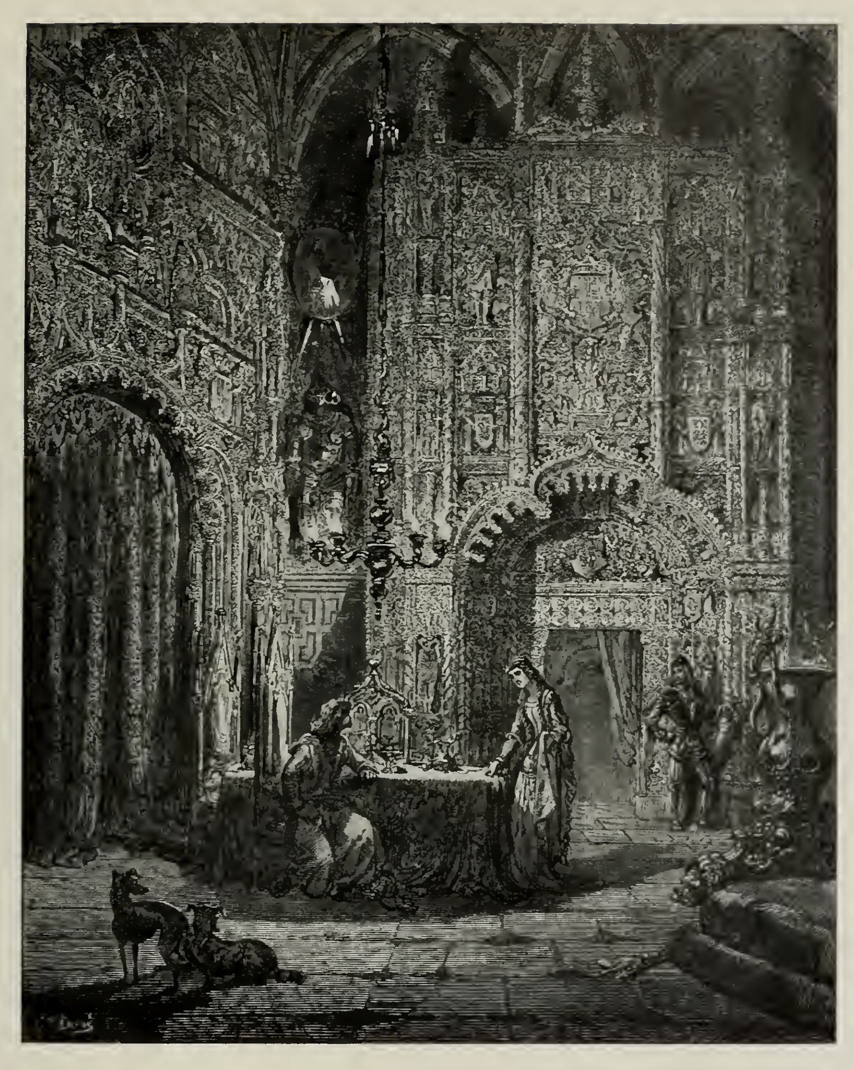
ALLÍ LE PARECE QUE EL CIELO ES MAS TRANSPARENTE, Y QUE EL SOL LUCE CON CLARIDAD MAS NUEVA

verle echar agua á manos, toda de ámbar, y de olorosas flores distilada? ¿qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿qué verle servir todas las doncellas, guardando un maravilloso silencio? ¿qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cuál deba de alargar la mano? ¿cuál será oir la música que, en tanto que come, suena, sin saberse quién la canta, ni adónde suena? ¿y, despues de la comida acabada, y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes, como es costumbre, entrar á deshora, por la puerta de la sala, otra mucho mas hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir que, cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante, ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere; y vuestra merced créame; y, como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condicion, si acaso la tiene mala. De mí sé decir que, despues que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y, aunque há tan poco que me ví encerrado en una jaula, como loco, pienso, por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme rey de algun reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho

encierra ; que mia fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y, el agradecimiento que solo consiste en el deseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion donde me hiciese emperador, por mostrar mi pecho haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un condado que le tengo muchos dias há prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su Estado." Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo : " Trabaje vuestra merced, señor Don Quijote, en darme ese condado, tan prometido de vuestra merced como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte á mí habilidad para gobernarle ; y, cuando me faltare, yo he oido decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los Estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa ; y así haré yo, y no repararé en tanto mas cuanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan. —Eso, hermano Sancho, dijo el canónigo, entiéndese en cuanto al gozar la renta ; empero, al administrar justicia, ha de entender el señor del Estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar ; que, si ésta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines ; y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto.—No sé esas

filosofías, respondió Sancho Panza; mas solo sé, que tan presto tuviese yo el condado como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan rey seria yo de mi Estado como cada uno del suyo, y siéndolo haria lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese haria mi gusto, y haciendo mi gusto estaria contento, y en estando uno contento no tiene mas qué desear, y no teniendo mas qué desear, acabóse, y el Estado venga, y á Dios, y veámonos, como dijo un ciego á otro.—No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho; pero, con todo eso, hay mucho qué decir sobre esta materia de condados." Á lo cual replicó Don Quijote: "Yo no sé qué haya mas qué decir; solo me guio por el ejemplo que me da el grande Amadis de Gaula, que hizo á su escudero conde de la Ínsula Firme, y así puedo yo, sin escrúpulo de conciencia, hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido." Admirado quedó el canónigo de los concertados disparates (si disparates sufren concierto) que Don Quijote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del caballero del lago, de la impresion que en él habian hecho las pensadas mentiras de los libros que habia leido, y, finalmente, le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del canónigo, que á la venta habian ido por la acémila del repuesto, y, haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí, por que el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho; y, estando comiendo, á deshora oyeron un recio estruendo y un

son de esquila que, por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban, sonaba, y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo: tras ella venia un cabrero, dándole voces, y diciéndole palabras á su uso, para que se detuviese, ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida, se vino á la gente, como á favorecerse della, y allí se detuvo. Llegó el cabrero, y, asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dijo: "¡Ah cerrera, cerrera, *Manchada, Manchada!* y ¿cómo andais vos estos dias de pié cojo? ¿qué lobos os espantan, hija? ¿no me direis qué es esto, hermosa? Mas ¿qué puede ser, sino que sois hembra, y no podeis estar sosegada, que mal haya vuestra condicion y la de todas aquellas á quien imitais? Volved, volved, amiga; que, si no tan contenta, á lo menos estareis segura en vuestro aprisco, ó con vuestras compañeras: que si vos, que las habeis de guardar y encaminar, andais tan sin guia y tan descaminada, ¿en qué podrán parar ellas?" Contento dieron las palabras del cabrero á los que las oyeron, especialmente al canónigo, que le dijo: "¡Por vida vuestra, hermano! que os sosegueis un poco, y no os acucieis en volver tan presto esa cabra á su rebaño: que, pues ella es hembra, como vos decís, ha de seguir su natural distinto, por mas que vos os pongais á estorbarlo. Tomad este bocado, y bebed una vez, con que templareis la cólera; y, en tanto, descansará la cabra;" y el decir esto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno. Tomólo y agradeciólo el cabrero;



Otra mucho mas hermosa doncella comenza á darle cuenta de qué castillo es aquel

bebió y sosegóse, y luego dijo: "No querria que, por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso, me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple; que en verdad, que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rústico soy, pero no tanto que no entienda cómo se ha de tratar con los hombres y con las bestias. —Eso creo yo muy bien, dijo el cura; que ya yo sé de experiencia, que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos.—Á lo menos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados; y, para que creais esta verdad, y la toqueis con la mano, aunque parezca que, sin ser rogado, me convido, si no os enfadais dello, y quereis, señores, un breve espacio prestarme oido atento, os contaré una verdad que acredite lo que ese señor (señalando al cura) ha dicho, y la mia." Á esto, respondió Don Quijote: "Por ver que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de caballería, yo, por mi parte, os oiré, hermano, de muy buena gana; y así lo harán todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad, pues, amigo, que todos escucharemos.—Saco la mia, dijo Sancho; que yo, á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oido decir á mi señor Don Quijote, que el escudero de caballero andante ha de comer cuando se le ofreciere hasta no poder mas, á causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intricada, que no aciertan á salir della en seis dias; y, si el hombre no va harto, ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se

queda, hecho carne momia.—Tú estás en lo cierto, Sancho, dijo Don Quijote; vete adonde quisieres, y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccion, como se la daré, escuchando el cuento deste buen hombre.—Así la daremos todos á las nuestras," dijo el canónigo; y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido habia. El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciéndole: "Recuéstate junto á mí, Manchada, que tiempo nos queda para volver á nuestro apero." Parece que lo entendió la cabra, porque, en sentándose su dueño, se tendió ella junto á él, con mucho sosiego, y, mirándole al rostro, daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el cual comenzó su historia desta manera:





CAPÍTULO LI

QUE TRATA DE LO QUE CONTÓ EL CABRERO Á TODOS LOS QUE LLEVABAN Á DON QUIJOTE

"TRES leguas deste valle está una aldea, que, aunque pequeña, es de las mas ricas que hay en todos estos contornos, en la cual habia un labrador muy honrado, y tanto que, aunque es anejo al ser rico el ser honrado, mas lo era él por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacia mas dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discrecion, donaire y virtud, que, el que la conocia y la miraba, se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña, fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosísima. La fama de su belleza se comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas; ¡qué digo yo por las circunvecinas no mas, si se

extendió á las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los reyes, y por los oidos de todo género de gente, que, como á cosa rara, ó como á imágen de milagros, de todas partes á verla venian! Guardábala su padre, y guardábase ella; que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden á una doncella, que las del recato propio. La riqueza del padre, y la belleza de la hija, movieron á muchos, así del pueblo como forasteros, á que por mujer se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso, sin saber determinarse á quién la entregaria, de los infinitos que le importunaban; y, entre los muchos que tan buen deseo tenian, fuí yo uno, á quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen suceso conocer que el padre conocia quién yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro del mismo pueblo, que fué causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia que, con cualquiera de nosotros, estaba su hija bien empleada; y, por salir desta confusion, determinó decírselo á Leandra (que así se llama la rica que en miseria me tiene puesto), advirtiendo que, pues los dos éramos iguales, era bien dejar á la voluntad de su querida hija el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que los dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y, de las buenas, que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; solo sé, que el padre nos entretuvo á entrambos con la poca edad de su hija, y con palabras



NO HABIA TIERRA EN TODO EL ORBE QUE NO HUBIESE VISTO, NI BATALLA DONDE NO SE HUBIESE HALLADO

generales, que ni le obligaban, ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor, Anselmo, y yo, Eugenio, por que vais con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun está pendiente; pero bien se deja entender que ha de ser desastrado. En esta sazon vino á nuestro pueblo un Vicente de la Roca, hijo de un pobre labrador del mismo lugar, el cual Vicente venia de las Italias, y de otras diversas partes, de ser soldado. Llevóle de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un capitan que con su compañía por allí acertó á pasar, y volvió el mozo, de allí á otros doce, vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponia una gala, y mañana otra, pero todas sutiles, pintadas, de poco peso, y menos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y, dándole el ocio lugar, es la misma malicia, lo notó, y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres, de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacia tantos guisados é invenciones dellas, que, si no se los contaran, hubiera quien jurara que habia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos, y de mas de veinte plumas; y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentábase en un poyo que, debajo de un gran álamo, está en nuestra plaza, y allí nos tenia á todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando. No habia tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado: habia muerto mas moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en mas singulares desafíos, segun él decia,

que Gante y Luna, Diego García de Paredes, y otros mil que nombraba, y de todos habia salido con vitoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte, mostraba señales de heridas que, aunque no se divisaban, nos hacia entender que eran arcabuzazos dados en diferentes reencuentros y faciones. Finalmente, con una no vista arrogancia llamaba de *vos* á sus iguales, y á los mismos que le conocian, y decia que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que, debajo de ser soldado, al mismo Rey no debia nada. Añadiósele á estas arrogancias, ser un poco músico, y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera, que decian algunos que la hacia hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que tambien la tenia de poeta, y así, de cada niñería que pasaba en el pueblo componia un romance de legua y media de escritura. Este soldado, pues, que aquí he pintado; este Vicente de la Roca; este bravo, este galan, este músico, este poeta, fué visto y mirado muchas veces de Leandra, desde una ventana de su casa que tenia la vista á la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trajes; encantáronla sus romances, que, de cada uno que componia, daba veinte traslados; llegaron á sus oidos las hazañas que él de sí mismo habia referido; y, finalmente, que así el diablo lo debia de tener ordenado, ella se vino á enamorar dél antes que en él naciese presuncion de solicitarla; y, como en los casos de amor no hay ninguno que con mas facilidad se cumpla que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente; y, primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella teníale cumplido habiendo dejado la casa de su querido y amado padre,

que madre no la tiene, y ausentádose de la aldea con el soldado, que salió con mas triunfo desta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso á toda la aldea, y aun á todos los que dél noticia tuvieron : yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solícita la justicia, los cuadrilleros listos : tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto habia, y, al cabo de tres dias, hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa habia sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre ; preguntáronle su desgracia ; confesó, sin apremio, que Vicente de la Roca la habia engañado, y, debajo de palabra de ser su esposo, la persuadió que dejase la casa de su padre, que él la llevaria á la mas rica y mas viciosa ciudad que habia en todo el universo mundo, que era Nápoles ; y que ella, mal advertida y peor engañada, le habia creido, y, robando á su padre, se le entregó la misma noche que habia faltado, y que él la llevó á un áspero monte, y la encerró en aquella cueva donde la habian hallado. Contó tambien, cómo el soldado, sin quitarle su honor, le robó cuanto tenia, y la dejó en aquella cueva, y se fué : suceso que de nuevo puso en admiracion á todos. Difícil, señor, se hizo de creer la continencia del mozo ; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habian dejado á su hija con la joya que, si una vez se pierde, no deja esperanza de que jamás se cobre. El mismo dia que pareció Leandra, la despareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un

monasterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, á lo menos con aquellos que no les iba algun interés en que ella fuese mala ó buena; pero, los que conocian su discrecion y mucho entendimiento, no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura, y á la natural inclinacion de las mujeres, que, por la mayor parte, suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, á lo menos sin tener cosa qué mirar que contento les diese; los mios en tinieblas sin luz, que á ninguna cosa de gusto les encaminase con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado, y abominábamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente, Anselmo y yo nos concertamos de dejar el aldea, y venirnos á este valle, donde, él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras, tambien mias, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos, y á solas comunicando con el cielo nuestras querellas. Á imitacion nuestra, otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes, usando el mismo ejercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está colmado de pastores y de apriscos, y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice, y la llama antojadiza, varia y deshonesta; aquel la condena por fácil y ligera; tal la absuelve y perdona, y tal la justifica y vitupera; uno



Al cabo de tres dias hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa

celebra su hermosura; otro reniega de su condicion; y, en fin, todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desden sin haberla jamás hablado, y aun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los zelos, que ella jamás dió á nadie, porque, como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni márgen de arroyo, ni sombra de árbol que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los aires cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse; ¡Leandra! resuenan los montes; ¡Leandra! murmuran los arroyos; y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza, y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos y mas juicio tiene, es mi competidor Anselmo, el cual, teniendo tantas otras cosas de qué quejarse, solo se queja de ausencia, y, al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja: yo sigo otro camino mas fácil, y, á mi parecer, el mas acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y, finalmente, del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones; y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra, cuando aquí llegué; que, por ser hembra, la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros: si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no menos á la vista que al gusto agradables."



CAPÍTULO LII

DE LA PENDENCIA QUE DON QUIJOTE TUVO CON EL CABRERO, CON LA RARA AVENTURA DE LOS DISCIPLINANTES, Á QUIEN DIÓ FELICE FIN Á COSTA DE SU SUDOR

General gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian; especialmente le recibió el canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan lejos de parecer rústico cabrero, cuan cerca de mostrarse discreto cortesano; y así, dijo que habia dicho muy bien el cura en decir, que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio; pero, el que mas se mostró liberal en esto, fué Don Quijote, que le dijo: "Por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino por que vos la tuviérades buena, que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar del abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hiciérades della á toda vuestra voluntad y talante; guardando, pero, las leyes de caballería, que mandan que á ninguna doncella se le sea fecho desaguisado alguno: aunque yo espero en Dios Nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado; y, para entonces, os prometo mi favor y ayuda, como me obliga

mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos." Miróle el cabrero, y, como vió á Don Quijote de tan mal pelaje y catadura, admiróse, y preguntó al barbero, que cerca de sí tenia: " Señor, ¿ quién es este hombre, que tal talle tiene, y de tal manera habla ?—¿ Quién ha de ser, respondió el barbero, sino el famoso Don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes, y el vencedor de las batallas ?—Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacian todo eso que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo, ó que vuestra merced se burla, ó que este gentil hombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza. —Sois un grandísimo bellaco, dijo á esta sazon Don Quijote, y vos sois el vacío y el menguado; que yo estoy mas lleno que jamás lo estuvo la muy hi de puta, puta que os parió:" y, diciendo y haciendo, arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro, con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con cuántas veras le maltrataban, sin tener respeto á la alhombra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre Don Quijote, y, asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogarle si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. Don Quijote, que se vió libre, acudió á subirse sobre el cabrero, el cual, lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á

gatas algun cuchillo de la mesa, para hacer alguna sanguinolenta venganza ; pero estorbáronselo el canónigo y el cura ; mas el barbero hizo de suerte, que el cabrero cogió debajo de sí á Don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones, que del rostro del pobre caballero llovia tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros, como hacen á los perros cuando en pendencia están trabados : solo Sancho Panza se desesperaba porque no se podia desasir de un criado del canónigo, que le estorbaba que á su amo no ayudase. En resolucion, estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de una trompeta, tan triste, que los hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba : pero, el que mas se alborotó de oirle, fué Don Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero, harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dijo : " ¡ Hermano demonio, que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias ! ruégote que hagamos treguas, no mas de por una hora, porque, el doloroso son de aquella trompeta que á nuestros oidos llega, me parece que á alguna nueva aventura me llama." El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego, y Don Quijote se puso en pié, volviendo asimismo el rostro adonde el son se oia, y vió á deshora que, por un recuesto, bajaban muchos hombres vestidos de blanco, á modo de diciplinantes. Era el caso, que aquel año habian las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y diciplinas, pidiendo á Dios abriese las



Solo Sancho Panza se desesperaba porque no se podia desasir de un criado que le estorbaba que á su amo no ayudase

manos de su misericordia, y les lloviese; y, para este efecto, la gente de una aldea que allí junto estaba, venia en procesion á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. Don Quijote, que vió los extraños trajes de los diciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba, como á caballero andante, el acometerla; y confirmóle mas esta imaginacion, pensar que una imágen que traian, cubierta de luto, fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines; y, como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante, que paciendo andaba, quitándole del arzon el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y, pidiendo á Sancho su espada, subió sobre Rocinante, y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban: "Ahora, valerosa compañía, veredes cuánto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la órden de la andante caballería: ahora, digo, que veredes, en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes:" y en diciendo esto, apretó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamás la diese Rocinante) se fué á encontrar con los diciplinantes; bien que fueron el cura, y el canónigo y barbero, á detenerle, mas no les fué posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo: "¿Adónde va, señor Don Quijote? ¿qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fe católica? advierta, ¡mal haya yo! que aquella es

procesion de diciplinantes, y que, aquella señora que llevan sobre la peana, es la imágen benditísima de la Vírgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace, que, por esta vez, se puede decir que no es lo que sabe." Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados, y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra; y, aunque la oyera, no volviera si el Rey se lo mandara. Llegó, pues, á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y, con turbada y ronca voz, dijo: "¡Vosotros, que, quizá por no ser buenos, os encubrís los rostros! atended y escuchad lo que deciros quiero." Los primeros que se detuvieron, fueron los que la imágen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las letanías, viendo la extraña catadura de Don Quijote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en Don Quijote, le respondió, diciendo: "Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon, que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga.—En una lo diré, replicó Don Quijote; y es esta: que luego al punto dejeis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le habedes fecho; y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darle la deseada libertad que merece." En estas razones, cayeron todos los que las oyeron que Don Quijote debia de ser algun hombre loco, y tomáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera

de Don Quijote; porque, sin decir mas palabra, sacando la espada, arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros, salió al encuentro de Don Quijote enarbolando una horquilla ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y, recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quijote, con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano dió tal golpe á Don Quijote encima de un hombro, por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza, que el pobre Don Quijote vino al suelo muy malparado. Sancho Panza, que, jadeando, le iba á los alcances, viéndole caido, dió voces á su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas, lo que detuvo al villano, no fueron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quijote no bullia pié ni mano; y así, creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña, como un gamo. Ya en esto llegaron, todos los de la compañía de Don Quijote, adonde él estaba; mas los de la procesion, que los vieron venir corriendo, y, con ellos, los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hiciéronse todos un remolino alrededor de la imágen, y alzados los capirotes, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto, con determinacion de defenderse, y aun ofender, si pudiesen, á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el mas doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El cura fué

conocido de otro cura que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo, en dos razones, cuenta de quién era Don Quijote, y así él, como toda la turba de los diciplinantes, fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza, con lágrimas en los ojos, decia: "¡Oh flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el cual, faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡oh liberal sobre todos los Alejandros; pues, por solos ocho meses de servicio, me tenias dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡oh humilde con los soberbios, y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin, caballero andante, que es todo lo que decir se puede!" Con las voces y gemidos de Sancho, revivió Don Quijote; y la primera palabra que dijo, fué: "El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos.—Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho; y volvamos á mi aldea, en compañía destos señores, que su bien desean, y allí daremos órden de hacer otra salida que nos sea de mas provecho y fama.—Bien dices, Sancho, respondió Don Quijote; y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las



Con las voces y gemidos de Sancho, revivió Don Quijote

estrellas que ahora corre." El canónigo, y el cura y barbero, le dijeron que haria muy bien en hacer lo que decia ; y así, habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á Don Quijote en el carro, como antes venia ; la procesion volvió á ordenarse, y á proseguir su camino ; el cabrero se despidió de todos ; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el cura les pagó lo que se les debia ; el canónigo pidió al cura le avisase el suceso de Don Quijote, si sanaba de su locura, ó si proseguia en ella ; y, con esto, tomó licencia para seguir su viaje. En fin, todos se dividieron y apartaron, quedando solos el cura y barbero, Don Quijote y Panza, y el bueno de Rocinante, que, á todo lo que habia visto, estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes, y acomodó á Don Quijote sobre un haz de heno, y, con su acostumbrada flema, siguió el camino que el cura quiso, y á cabo de seis dias llegaron á la aldea de Don Quijote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de Don Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venia ; y, cuando conocieron á su compatrioto, quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas, á su ama y á su sobrina, de que su tio y su señor venia flaco y amarillo, y tendido sobre un monton de heno, y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oir los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á Don Quijote por sus puertas. Á las nuevas de esta venida de Don Quijote, acudió

la mujer de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él, sirviéndole de escudero ; y, así como vió á Sancho, lo primero que le preguntó fué, que si venia bueno el asno ; Sancho respondió, que venia mejor que su amo. " ¡ Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho ! pero contadme ahora, amigo : ¿ qué bien habeis sacado de vuestras escuderías ? ¿ qué saboyana me traeis á mí ? ¿ qué zapaticos á vuestros hijos ?—No traigo nada deso, dijo Sancho, mujer mia, aunque traigo otras cosas de mas momento y consideracion.—Deso recibo yo mucho gusto, respondió la mujer : mostradme esas cosas de mas consideracion y mas momento, amigo mio, que las quiero ver para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.—En casa os las mostraré, mujer, dijo Panza ; y, por ahora estad contenta, que, siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje á buscar aventuras, vos me vereis presto conde, ó gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse.—Quiéralo así el cielo, marido mio, que bien lo habemos menester. Mas, decidme : ¿ qué es eso de ínsulas, que no lo entiendo ?—No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho : á su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oirte llamar *señoría* de todos tus vasallos.—¿ Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos ? " respondió Juana Panza, que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos. " No te acucies, Juana, por saber todo esto tan apriesa ; basta que te digo verdad, y cose la boca : solo te sabré decir, así de paso, que no hay cosa mas gustosa en el mundo,

que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que, las mas que se hallan, no salen tan á gusto como el hombre querria ; porque, de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado, y de otras, molido ; pero, con todo eso, es linda cosa esperar los sucesos, atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion, sin pagar, ofrecido sea al diablo, el maravedí." Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Juana Panza, su mujer, en tanto que el ama y sobrina de Don Quijote le recibieron, y le desnudaron y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El cura encargó á la sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tio, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que habia sido menester para traelle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo ; allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías ; allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas y temerosas de que se habian de ver sin su amo y tio en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué, como ellas se lo imaginaron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que Don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos, á lo menos por escrituras auténticas ; solo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha, que Don Quijote, la tercera vez que salió de su casa, fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad

se hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera, si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenia en su poder una caja de plomo, que, segun él dijo, se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habian hallado unos pergaminos, escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mismo Don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres; y, los que se pudieron leer y sacar en limpio, fueron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jamás vista historia. El cual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos, por sacarla á luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los discretos á los libros de caballerías que tan validos andan en el mundo; que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, á lo menos de tanta invencion y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo, eran estas:

LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA,
LUGAR DE LA MANCHA,
EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA
HOC SCRIPSERUNT.

EL MONICONGO

ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA

Á LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE

EPITAFIO

El calvatrueno que adornó á la Mancha
De mas despojos que Jason de Creta;
El juicio que tuvo la veleta
Aguda, donde fuera mejor ancha;
El brazo que su fuerza tanto ensancha,
Que llegó del Catay hasta Gaeta;
La musa mas horrenda y mas discreta
Que grabó versos en broncínea plancha;
El que á cola dejó los Amadises,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bizarría;
El que hizo callar los Belianises;
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debajo desta losa fria.

DEL PANIAGUADO

ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA

IN LAUDEM DULCINEÆ DEL TOBOSO

SONETO

Esta que veis, de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brioso,
Es Dulcinea, reina del Toboso,
De quien fué el gran Quijote aficionado.
Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el herboso
Llano de Aranjuez, á pié y cansado:
Culpa de Rocinante. ¡Oh dura estrella!
Que esta manchega dama, y este invito
Andante caballero, en tiernos años
Ella dejó, muriendo, de ser bella,
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

DEL CAPRICHOSO

DISCRETÍSIMO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA

EN LOOR DE ROCINANTE, CABALLO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA

SONETO

En el soberbio tronco diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
Frenético el manchego, su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino:
Cuelga las armas y el acero fino,
Con que destroza, asuela, raja y parte:
¡ Nuevas proezas ! pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.
Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces y su fama ensancha,
Hoy á Quijote le corona el áula
Do Belona preside, y dél se precia
Mas que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca sus glorias el olvido mancha,
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
Excede á Brilladoro y á Bayardo.

DEL BURLADOR

ACADÉMICO ARGAMASILLESCO

Á SANCHO PANZA

SONETO

Sancho Panza es aqueste, en cuerpo chico,
Pero grande en valor. ¡ Milagro extraño !
Escudero el mas simple y sin engaño
Que tuvo el mundo, os juro y certifico.
De ser conde no estuvo en un tantico,
Si no se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan á un borrico.

Sobre él anduvo (con perdon se miente)
Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante, y tras su dueño.
¡Oh vanas esperanzas de la gente,
Cómo pasais con prometer descanso,
Y al fin parais en sombra, en humo, en sueño!

DEL CACHIDIABLO

ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA

EN LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE

EPITAFIO

Aquí yace el caballero
bien molido y mal andante,
á quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero.
Sancho Panza el majadero
yace tambien junto á él,
escudero el mas fiel
que vió el trato de escudero.

DEL TIQUITOC

ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA

EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO

EPITAFIO

Reposa aquí Dulcinea,
y aunque de carnes rolliza,
la volvió en polvo y ceniza
la muerte espantable y fea:
Fué de castiza ralea,
y tuvo asomos de dama;
del gran Quijote fué llama,
y fué gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer: los demás, por estar carcomida la letra, se entregaron á un académico para que, por conjeturas, los declarase. Tiénese noticia, que lo ha hecho á costa de muchas vigilias y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos á luz, con esperanza de la tercera salida de Don Quijote.

FORSI ALTRO CANTERÁ CON MIGLIOR PLECTRO.



FIN DE LA PARTE PRIMERA

